

*El filibustero
y otras historias de piratas...*

JUSTO SIERRA O'REILLY

FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

EL FILIBUSTERO
y otras historias de piratas,
caballeros y nobles damas

FICCIÓN

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo

Rector

Ricardo Corzo Ramírez

Secretario Académico

Victor Aguilar Pizarro

Secretario de Administración y Finanzas

Celia del Palacio

Directora General Editorial

Justo Sierra O'Reilly

**EL FILIBUSTERO Y OTRAS
HISTORIAS DE PIRATAS,
CABALLEROS Y NOBLES DAMAS**

Recopilación, edición e introducción de
Manuel Sol

FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Diseño de portada: David Medina

Clasificación LC: PQ7297 S48 F5 2006
Clasif. Dewey: M863.2
Autor personal: Sierra O'Reilly, Justo, 1814-1861.
Título: El filibustero y otras historias de piratas, caballeros y nobles
damas / Justo Sierra O'Reilly ; recopilación, edición e introduc-
ción de Manuel Sol.
Edición: 1a ed.
Pie de imprenta: Xalapa, Ver., : Universidad Veracruzana, 2007.
Descripción física: 170 p. ; 21 cm.
Serie: (Ficción)
Nota bibliografía: Incluye notas bibliográficas.
ISBN: 9688347612
Materias: Novela Mexicana--Siglo XIX.
Leyendas mexicanas--Yucatán.
Autor secundario: Sol, Manuel.
Autor corporativo: Universidad Veracruzana

DGBUV 2006/22

Primera edición, enero de 2007

© Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Apartado postal 97
Xalapa, Ver., 91000, México

ISBN: 968-834-761-2

Impreso en México
Printed in Mexico

Introducción

Justo Sierra O'Reilly (1814-1861) es conocido en la literatura mexicana, antes que nada, por sus novelas Un año en el hospital de San Lázaro (1845-1849) y La hija del judío (1848-1849). Su labor como ensayista, biógrafo, historiador, traductor, editor, periodista y promotor de la cultura, sin contar su vida como jurista, legislador y político, han quedado en un discreto segundo término, pese a que, en su tiempo, cada una de estas ocupaciones corrían casi a la par y fueron las que le dieron fama dentro y fuera de Yucatán. Pero fue sobre todo en la península yucateca en donde más se dejó sentir su influencia. Así lo han reconocido, directa o indirectamente, entre sus contemporáneos, escritores como Vicente Calero Quintana, Rafael Carvajal, Gerónimo Castillo, José Antonio Cisneros, Ramón Aldana, Crescencio Carrillo y Ancona, Manuel Sánchez Mármol, Eligio Ancona e incluso el dramaturgo y poeta español Antonio García Gutiérrez; y entre los que han venido después, novelistas, historiadores o críticos literarios como Carlos R. Menéndez, Gabriel Ferrer Mendiola, Carlos J. Sierra, José Esquivel Pren, Ermilo Abreu Gómez, Agustín Yáñez, etcétera.

Eligio Ancona en su monumental Historia de Yucatán, refiriéndose a El Museo Yucateco y a El Registro Yucateco, ambas revistas fundadas por Sierra O'Reilly, a mediados del siglo XIX, dice que “de estas dos publicaciones arranca el origen de nuestra literatura”, ya que a partir de ellas empezó a cultivarse la novela, la leyenda, la historia, la biografía y la crítica.¹

¹ Eligio Ancona, *Historia de Yucatán*, t. IV, Manuel Heredia Argüelles, Barcelona, 1889, p. 392.

*La apreciación de Carrillo y Ancona es muy clara. No dice —como lo han interpretado algunos historiadores—² que antes de la aparición de Sierra O'Reilly no haya habido literatura, sino que a partir de su ejemplo y magisterio las letras alcanzaron un auge hasta entonces insospechado. Más adelante agrega que “Don Justo Sierra ha sido llamado con mucha razón el padre de la literatura yucateca, no porque se deben a él las primeras publicaciones puramente literarias que aparecieron en el país, sino porque apenas hubo género que no cultivase.”³ Y en efecto, difundió en innumerables ensayos aspectos desconocidos de la historia antigua de Yucatán tanto de la época prehispánica como colonial; redactó las biografías de Pedro Sáinz de Baranda, del doctor José Nicolás de Lara, de don Lorenzo de Zavala, así como las de los obispos que gobernaron la diócesis de Yucatán como fray Diego de Landa, doctor Marcos Torres de Rueda, fray Luis de Cifuentes y Sotomayor, doctor Juan Ignacio de Castorena y Urzúa y doctor Pedro Agustín de Estévez y Ugarte; estudió los orígenes, la situación y las posibles soluciones del problema indígena en Yucatán, en numerosas entregas que después se recogieron parcialmente bajo el título *Los indios de Yucatán*, consideraciones históricas sobre la influencia del elemento indígena en la organización social del país;⁴ tradujo *Incidents of Travel in Yucatan de John L. Stephens*, con el título de *Viaje a Yucatán a fines de 1811 y principios de 1842...*;⁵ editó la *Historia de Yucatán de fray Diego López Cogolludo*;⁶ y escribió diversos artículos tanto en *El Fénix* como en *La**

² Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán desde la independencia de España hasta la época actual*, 1, Talleres Gráficos de “La Revista de Yucatán”, Mérida, 1921, pp. 308-309.

³ *Ibid.*, p. 393.

⁴ *Los indios de Yucatán, consideraciones históricas sobre la influencia del elemento indígena en la organización social del país*, J. M. Peralta, Campeche, 1857. Existe una edición reciente y mucho más completa: *Los indios de Yucatán*, 2 vols., Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 1994.

⁵ John L. Stephens, *Viaje a Yucatán a fines de 1811 y principios de 1842*, t. 1, Campeche, 1848; t. II, 1850.

⁶ *Los tres siglos de la dominación española en Yucatán, o sea historia de esta provincia desde la Conquista hasta la Independencia. Escribióla el R. P. Fr. Diego López Cogolludo, provincial que fue de la orden franciscana; y la continúa un yucateco*, t. 1, José María Peralta, Campeche, 1842; t. II, Imprenta de Castillo y Compañía, Mérida, 1845.

Unión Liberal *sobre la situación política y social en el país y la península; escribió además algunos artículos costumbristas como “El jueves santo”, “Las diligencias y la feria de Izamal”, “Xtacumbilcunaan”, etc. Resultado de su quehacer profesional, fueron las Lecciones de Derecho Marítimo Internacional⁷ y el Proyecto de Código Civil Mexicano,⁸ que redactó en los últimos meses de su vida por encargo del gobierno liberal cuando éste se encontraba en Veracruz con motivo de la Guerra de Reforma. Finalmente no habría que olvidar sus Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá,⁹ y las versiones del Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos¹⁰ y el Segundo libro del Diario de mi viaje a los Estados Unidos,¹¹ mutiladas en innumerables partes, ya sea porque se referían a asuntos familiares o porque los manuscritos presentaban algunas dificultades en su lectura.*

En 1841, después de haber terminado sus estudios de abogado en el Antiguo y Nacional Colegio de San Ildefonso de la Ciudad de México y de haber obtenido el doctorado en Derecho en la Universidad Nacional Pontificia del Estado, en Mérida, fundó su primera revista con el nombre de El Museo Yucateco. En su “Introducción” quedaba bastante claro que su finalidad consistía en animar a la juventud en el cultivo y estudio de las letras, ya que éstas –decía– siempre han sido un síntoma inequívoco del progreso espiritual de un pueblo. Ahora bien, letras para él, como en la acepción clásica, no sólo eran la literatura sino también

⁷ *Lecciones de Derecho Marítimo Internacional*, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1854-1856.

⁸ *Proyecto de Código Civil Mexicano*, Imprenta de Vicente G. Torres, México, 1861.

⁹ *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, tomos I y II, Gregorio Buenfil, Campeche, 1850; tomos III y IV, Pedro Méndez Echazarreta, Campeche, 1851.

¹⁰ *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos (La pretendida anexión de Yucatán)*, Prólogo y notas de Héctor Pérez Martínez, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, México, 1938 (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, núm. 12).

¹¹ *Segundo libro del Diario de mi viaje a los Estados Unidos. La pretendida cesión de la Península de Yucatán a un gobierno extranjero*, Prólogo y notas de Marte R. Gómez, Librería de Manuel Porrúa, México, 1953.

la historia y, en general, las humanidades; de allí que incluya en su revista no sólo colaboraciones estrictamente literarias como podrían ser la narrativa y la poesía, sino también ensayos y artículos de carácter histórico, arqueológico y moral.

Si tuviéramos oportunidad de revisar cronológicamente la obra histórica y literaria de Justo Sierra O'Reilly, observaríamos —lo cual es perfectamente explicable y natural— que en sus años mozos se limitó a divulgar algunos de los pasajes más amenos e interesantes de la historia de Yucatán, así, por ejemplo, selecciona y publica con algunos comentarios varias de las páginas de la Historia de Yucatán de fray Diego López Cogolludo. Es después, cuando ha tenido oportunidad de recopilar más datos y de meditar en la interpretación de los hechos, cuando se dispone a escribir sobre el pasado histórico de la península o sobre la biografía de algunos personajes yucatecos. Lo mismo ocurre con sus obras narrativas. No es de ninguna manera casual que “La tía Mariana”, “Los anteojos verdes”, “Doña Felipa de Zanabria”, “Antes que te cases, mira lo que haces”, “El filibustero” y “Los bandos de Valladolid”, hayan aparecido en El Museo Yucateco (1841-1842) y “El secreto del ajusticiado” en El Registro Yucateco (1845-1849), su segunda revista, apenas tres años después. Pareciera como si sus primeras narraciones las hubiera considerado simplemente como piedras de toque para lanzarse a la creación de sus obras mayores, como Los filibusteros del siglo XIX, de la que sólo llegó a escribir Un año en el hospital de San Lázaro (El Registro Yucateco), y su obra maestra, La hija del judío, que apareció como folletín en su periódico El Fénix, entre el 1° de noviembre de 1848 y el 25 de diciembre de 1849, y que es ciertamente a la que debe su fama en las letras mexicanas.

No es que sus leyendas, novelas cortas o cuentos carezcan de interés. Si así fuera, justo hubiera sido dejarlos en el olvido. La prueba más contundente de su valor es que en muchas ocasiones algunas de estas obras, “El filibustero” o “El secreto de ajusticiado”, por ejemplo, han sido reimpresas, aunque no con la frecuencia deseada. Por otra parte, no se trata de comparar el cuento con la novela. Ya se ha dicho una y mil veces. El cuento y la novela obedecen a una técnica

y voluntad de estilo completamente distintas. Sierra O'Reilly conocía ciertamente esas diferencias, según construye la trama de "La tía Mariana", "Doña Felipa de Zanabria", "El secreto del ajusticiado" o La hija del judío. En todas ellas existe una perfecta unidad, pero mientras en las primeras no se permite digresiones y todo apunta hacia el desenlace; en La hija del judío distrae momentáneamente al lector, ya aludiendo a alguna anécdota o apuntando alguna descripción, o bien narrándola en cada una de sus partes o describiéndola con todo lujo de detalles, seguro que de una u otra manera servirá, por ejemplo, para conocer cómo era la vida que llevaban en Yucatán sus gobernadores. Las alusiones o narraciones de la forma de gobernar de don Carlos de Luna y Arellano, del Marqués de Santo Floro o de don Esteban de Azcárraga de algún modo sirven para trazarle a don Luis de Zubiaur, el joven pretendiente de María Álvarez de Monsreal, la hija del judío, la historia de Yucatán o bien de comparar su conducta con la de don García de Valdez Osorio, Conde de Peñalva, uno de los villanos en la novela. La descripción de las transformaciones del palacio de los gobernadores, que se encuentra al principio de la Tercera Parte, además de un interés histórico, sirve también para conformar la personalidad de algunos de ellos. Sin embargo esta variedad no se contrapone a la unidad de la novela, pues todo confluye a crear la rivalidad ya apuntada desde los primeros capítulos de la novela, entre el Comisario de la Santa Inquisición, don Gaspar Gómez y Güemez, aliado del Conde de Peñalva, y el Preósito de la Casa Profesa de San Javier, protector de "la hija del judío" y de don Luis de Zubiaur.

Como puede verse, tanto en las narraciones publicadas en El Museo Yucateco como en La hija del judío, Sierra O'Reilly parte de la historia colonial yucateca, pero la utilización que hace de sus fuentes es muy distinta.

La predilección que sentía por las narraciones breves, en particular de las leyendas, también queda manifiesta cuando publica "El Visitador" en El Museo Yucateco, sobre el que decía:

Esta elegante y bella composición, aunque no aparece suscrita, creemos fundadamente que pertenece al joven literato D. Ignacio Rodríguez [Galván],

*tan conocido en México. Sobre el mismo asunto del “Visitador”, escribió un hermoso drama que vimos representar en 1838 sobre el teatro principal de aquella capital, y que se repitió muchas veces con general aplauso.*¹²

Por otra parte, también sabemos que admiraba la obra de José Joaquín Pesado, del que seleccionó varios de sus poemas, y no sería raro que hubiera leído El Inquisidor de México, publicado en El año nuevo de 1838,¹³ precisamente en el año que dice haber visto representado Muñoz. El Visitador de México de Ignacio Rodríguez Galván.¹⁴ Sus años de estudio en la Ciudad de México lo pusieron en contacto con la literatura del momento y sería muy difícil imaginar a un hombre de su talento y sensibilidad, ajeno a las publicaciones literarias y al ambiente cultural que le ofrecía la capital del país. De aquí que cuando regresa a la península, después de completar sus estudios en el Antiguo y Nacional Colegio de San Ildefonso de la Ciudad de México y de haber obtenido el doctorado en Derecho en la Universidad Pontificia del Estado, se dé a la tarea de editar en Campeche El Museo Yucateco, y un poco después, en Mérida, El Registro Yucateco, en el que aparecieron algunas narraciones, escritas por algunos de sus amigos o discípulos: Vicente Calero Quintana (“Gerónimo de Aguilar”; “Agravio y venganza”; “La carta misteriosa” y “Misterios de una almohada”), Rafael Carvajal, cuyo pseudónimo era Adolfo Ecarrea de Bollra (“Un clavo saca otro clavo”; “María, la hija del sublevado”; “Un sacerdote y un filibustero del siglo XVII” y “El ánima en pena”), Gerónimo Castillo (“Un pacto y un pleito”).

La fuente para sus narraciones la encontraron, tanto Sierra O’Reilly como los otros colaboradores de El Registro Yucateco, en la historia colonial yucateca, entre otras razones –independientemente del ejemplo dado por otros románticos, que en Europa acudían a la

¹² *El Museo Yucateco*, 1, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 348-349.

¹³ *El año nuevo de 1838*, Librería de Galván, México, pp. 99-137.

¹⁴ Un año antes, en *El año nuevo de 1837*, Librería de Galván, México, pp. 73-94, había aparecido *La hija del oidor* de Ignacio Rodríguez Galván.

Edad Media, y en Hispanoamérica a la Colonia y al pasado indígena—, porque la sociedad de la península yucateca se encontraba íntimamente unida, a diferencia de lo que ocurría en otras regiones de México, a su pasado colonial. Y sin negar la presencia de la tradición oral, tan rica en la península, habría que reconocer que la fuente principal de la literatura de tema colonial en Yucatán tenía en su mayoría un origen culto o erudito, esto es, procedía de obras históricas o de documentos que se encontraban en los archivos académicos, gubernamentales o parroquiales.

Sierra O'Reilly en su ensayo sobre la Historia de Yucatán de Diego López Cogolludo decía que si, por una parte, a esta obra se le ha tachado de ser una apología de la orden franciscana, o bien de dar cabida a "relaciones fabulosas de milagros ridículos", por otra, su autor aprovechó todos los documentos que pudo reunir sobre los hechos, incluso más insignificantes, de la historia de Yucatán, lo que la convierte en "una mina inagotable, que puede explotar el poeta y el romancero, el historiador y el filósofo".¹⁵ De igual manera los Manuscritos inéditos del doctor José Nicolás de Lara, ya de suyo novelescos tanto por su narración anecdótica como por su estilo y acotaciones de carácter humorístico y moral —que Sierra O'Reilly publicó en varias entregas de El Museo Yucateco—,¹⁶ han sido una fuente muy socorrida para los historiadores, poetas, dramaturgos y novelistas. De ambas obras, innumerables pasajes le sirvieron a Sierra O'Reilly para ambientar La hija del judío¹⁷ o de punto de partida

¹⁵ *El Registro Yucateco*, III, Imprenta de Castillo y Compañía, Mérida, pp. 243-244.

¹⁶ José Nicolás de Lara, "Manuscritos inéditos", en *El Museo Yucateco*, I, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 57-60, 101-103, 135-147, 182-185, 225-238, 262-[264], 296-306, 342-348, 378-384, 425-436.

¹⁷ Antonio Mediz Bolio decía que *La hija del judío* —aunque no sea sólo eso, porque por su estructura debe mucho más a la novela histórica de Walter Scott o a la de folletín a la manera de Eugenio Sue— era "un brillante juego de tradiciones coloniales engarzadas ágilmente, una con otra, y que a su vez constituye un almácigo de temas para los escritores aficionados a este género, que desde esos años se sigue cultivando con amor y con entusiasmo." ("Las leyendas yucatecas. Comentario inicial", prólogo a *Leyendas y tradiciones yucatecas*, selección de Gabriel Antonio Menéndez Reyes, Distribuidora de Libros Yucatecos, Mérida, 1970, p. 9).

para escribir sus novelas, leyendas o cuentos como “El Filibustero”, “Los bandos de Valladolid” o “El secreto del ajusticiado”.

Al iniciar la publicación de El Museo Yucateco, bajo el título “Antiguallas de Yucatán”, empezó a publicar algunos relatos tomados de la obra de Cogolludo, entre ellos el que narra la toma de la villa de Campeche a mediados de agosto de 1633.

Cuenta Cogolludo que el 11 de agosto de 1633 aparecieron en la bahía de Campeche diez navíos, tres grandes y siete de mediano porte. Al verlos, algunos campechanos decían que eran fragatas del puerto y otros, naos extranjeras. Al día siguiente, desembarcaron por la parte de San Román, “que cae al occidente de Campeche”, más de quinientos piratas de las más diversas nacionalidades (holandeses, ingleses, franceses, portugueses) al frente de quienes venía Diego el Mulato, conocido corsario y “criollo de La Habana”, que les servía como guía, aunque el capitán era Pie de Palo.¹⁸ Al encontrar la primera trinchera abandonada, se siguieron de largo hasta hallarse frente a la que estaba defendida por el capitán Domingo Galván Romero:

Llegó a tiro el enemigo, y a un mismo tiempo se correspondieron la opugnación y la defensa, porque de la trinchera le dispararon las piezas gruesas y arcabucería a un tiempo con que mataron sobre veinte y cinco enemigos, y en esta rociada no se dice peligro alguno de los nuestros. Hizo alto el escuadrón, y luego como que se retiraba, y fue por si salía de la trinchera, donde conocidamente peligraban. Incauto el capitán Galván salió con la infantería en su seguimiento, y a poco trecho, volvió el enemigo a hacer cara, como vio tan pocos españoles que le seguían, y de la primera rociada que alcanzó, mataron al capitán Galván, y otros diez o doce de sus soldados.

Y viendo Diego el Mulato al capitán Galván muerto, mostró “gran sentimiento, porque había sido su padrino cuando le bautizaron.” “Por la parte de la mar —precisa más adelante— venían las lanchas

¹⁸ El verdadero nombre de Pie de Palo era Kornelius Jols, de origen holandés; murió poco después del asalto a Campeche en un naufragio cerca de las costas de Cuba. (Juan de D. Pérez Galaz, *Diccionario geográfico e histórico de Campeche*, Talleres Linotipográficos del Estado de Campeche, Campeche, 1944, p. 234.)

de los navíos, haciendo escolta a su escuadrón” hasta que llegaron a la plaza principal. En la defensa que hicieron los campechanos de las diversas entradas de la villa, murieron “el capitán Juan Pita y un sobrino suyo llamado Baniverde, el capitán Pedro de Mantilla, el capitán Pedro Deza, el alférez Hernando Díaz, y salido herido de un balazo de cadena el capitán Domingo Rodríguez Calvo.” Al verse derrotados, los campechanos se refugiaron en el convento de San Francisco, y los filibusteros se regresaron a la villa, llevándose como rehén al capitán Lozada, al que pronto le dispararon con una pistola, pues por “estar cansado y ser hombre tan grueso” no podía seguirlos al paso que ellos querían. “Como señores ya de la villa hicieron un gran festejo, y bebieron largamente del vino que en las bodegas hallaron, con que los más quedaron embriagados.” Saquearon varios días el puerto de Campeche y al no conseguir la cantidad de cuarenta mil pesos que exigían y ante el temor que llegaran refuerzos de Mérida, optaron por retirarse. “Mientras duró el combate, dicen que había buscado Diego el Mulato con gran diligencia al capitán Domingo Rodríguez Calvo, diciendo que si le hallaba le había de cortar las orejas y narices y matarle, dejándole así en venganza de una bofetada que injustamente le había dado estando en Campeche, antes que se alzase y fuera con los enemigos.”¹⁹

Esta sumaria relación —aunque la acción de la novela se extiende por unos años más— muestra claramente cómo muchos de los elementos con los que Sierra O’Reilly construyó “El filibustero” se encontraban presentes en la obra de Cogolludo: la fecha (mediados de agosto de 1633), el escenario (el barrio de San Román, la plaza de Campeche, el convento de San Francisco), los personajes (Diego el Mulato, el capitán Domingo Galván Romero, Pedro Mantilla, Juan Baniverde, el capitán Domingo Rodríguez Calvo, el capitán Lozada, etc.), las descripciones y acciones (la flota pirata en lontananza, los combates, la huida a San Francisco, etc.) e incluso detalles que no se explican en la novela pero que se encuentran presentes en la relación histórica como

¹⁹ Cfr. *El Museo Yucateco*, 1, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 24-27.

aquel insulto que había recibido Diego el Mulato de manos del capitán Domingo Rodríguez Calvo. Ciertamente no se encuentra presente la parte que podríamos considerar novelesca, esto es, Conchita la heroína enamorada a primera vista de Diego el Mulato, al que ennoblece Sierra O'Reilly convirtiéndolo en un personaje osado, valiente, apuesto, capaz de inspirar un amor apasionado con sólo la mirada; ni tampoco el Pescador Brujo, padre de Diego el Mulato, gracias al cual se desatan algunas incógnitas para los demás personajes; ni el primo y enamorado de Conchita, don Fernando García Gutiérrez. Sin embargo se justifican plenamente sus palabras cuando dice en una nota al pie de página: "Esta leyenda es toda histórica, casi hasta en sus más insignificantes circunstancias."

La parte histórica de "Los bandos de Valladolid" puede documentarse, en gran medida, en los Manuscritos inéditos del doctor José Nicolás de Lara, cuando se hace la relación de los gobiernos de don Martín de Urzúa y Arizmendi y de don Álvaro de Rivaguda,²⁰ y en aquella acta fechada el 24 de marzo de 1688 mediante la que el rey Carlos II nombra al capitán Francisco Pérez de Sarmiento Alguacil mayor de la villa de Valladolid y que el mismo narrador transcribe en la "Tercera Parte" de su novela. Pero, como el caso de "El filibustero", la parte novelesca pertenece a la inventiva de Sierra O'Reilly. "El secreto del ajusticiado" también procede en parte de los mismos pasajes que dieron origen a "Los bandos de Valladolid", pues el "ajusticiado" no es otro que don Miguel Ruiz de Ayuso, quien conservaba atada al cuello una pequeña bolsa que contenía la correspondencia con el gobernador Martín de Urzúa y Arizmendi, prueba irrecusable de que éste había sido el autor intelectual de los asesinatos de los alcaldes de Valladolid, don Fernando de Osorno y don Gabriel de Covarrubias. Pero lo que era en los Manuscritos inéditos del doctor José Nicolás de Lara simple relato histórico, se enriquece en "El secreto del ajusticiado" con la presencia de otros personajes que intrigan merced a otros intereses y cuyo principal triunfo consiste en la elec-

²⁰ *El Museo Yucateco*, 1, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 296-306.

ción del nuevo provincial del convento de San Francisco, cuyo edificio —que según refiere Sierra O'Reilly en La hija del Judío, a mediados del siglo XIX no era más que ruinas— se describe con lujo de detalles.

Finalmente, por qué leyendas y no cuentos. La respuesta es clara y sencilla. Porque simple y llanamente en aquella época no existía la palabra cuento con la acepción que le damos ahora. Don Juan Valera, en 1888, cuando escribe su carta-prólogo sobre Azul de Rubén Darío, dice: “En el libro hay cuentos en prosa y seis composiciones en verso.”²¹ Era necesario precisar “Cuentos en prosa”, ya que, por lo general, los cuentos estaban escritos en verso. Así no era nada extraño que a El Estudiante de Salamanca, que redactaba Espronceda hacia 1836, se le conociera con el nombre de “cuento”.

Sierra O'Reilly en algunas ocasiones se refiere a estas obras como “cuentos”, pero es obvio que no emplea la palabra como término literario, sino como palabra emparentada con el verbo contar. Hoy indistintamente a algunas de estas narraciones que Sierra O'Reilly titulaba “leyendas” podrían llamarse “cuentos”, y en el caso de “El filibustero” y “El secreto de ajusticiado”, quizá el término más adecuado sea el de “novelas cortas”.

*

Incluimos en esta obra, bajo el título EL FILIBUSTERO Y OTRAS HISTORIAS DE PIRATAS, CABALLEROS Y NOBLES DAMAS, “La tía Mariana”, “Los anteojos verdes”, “Doña Felipa de Zanabria”, “Antes que te cases, mira lo que haces”, “El filibustero” y “Los bandos de Valladolid”, todas ellas firmadas con los pseudónimos José Turrisa o J. Tomás Isurre y Ara, que utilizaba Justo Sierra O'Reilly. De “Los bandos de Valladolid” sólo publicó tres partes. En una de las libretas autógrafas, que conserva la Biblioteca del estado de Campeche, se encuentran los originales de todas estas narraciones; pero en el caso

²¹ Juan Valera, “Cartas americanas”, *Obras Completas*, I, Aguilar, Madrid, 1942, p. 1734.

de la Cuarta Parte de “Los bandos de Valladolid” solamente se puede observar el título, más el correspondiente epígrafe de Bretón de los Herreros, todo ello encerrado en una especie de semicírculo; pero el texto corresponde a las primeras páginas del borrador de Un año en el hospital de San Lázaro, que en aquella etapa se llamaba simplemente El Lazarino. Ignoro por qué no la concluyó, ya que pudo haber sido una de sus mejores novelas. Todo era realmente perfecto: la historia de suyo interesante, el conflicto entre las autoridades de Valladolid hábilmente planteado, la caracterización de personajes hecha con unos cuantos rasgos (el tío Juan del Diablo, Frasquito, el alférez don Juan de Salazar y O’Reilly, Juan de Hinestrosa, don Rodrigo de Jiménez, etc.). En ascuas nos quedamos todos sus lectores por saber cómo explicaría su perjurio la prometida de Frasquito, doña Perfecta Sánchez de Aguilar, ahora esposa del alférez. Que se trataba de una historia por la que su autor sentía particular predilección, lo demuestra el hecho de que por aquellas fechas, cuando el poeta y dramaturgo español don Antonio García Gutiérrez visitó por primera vez la ciudad de Mérida, Sierra O’Reilly no dudó en ofrecerle la historia; historia con la que el dramaturgo español escribió su obra de teatro titulada precisamente Los bandos de Valladolid, que se estrenó con gran éxito en el teatro San Carlos el 31 de agosto de 1845. Sobre esta obra, Gerónimo Castillo escribió una reseña, en la que resumía el contenido del drama y hacía notar aquellos pasajes en los que García Gutiérrez se apartaba de la tradición y de las relaciones históricas, “pero ya se sabe el ensanche de que gozan las reglas de la poesía, principalmente en nuestros tiempos en que el romanticismo lo ha invadido todo.”²² ¿Por qué Sierra O’Reilly la dejó inconclusa? ¿Quizá para no herir la susceptibilidad de los vallisoletanos que, según una nota del mismo autor, se sintieron agredidos cuando habló de su sentido del honor y de que se consideraban los patriarcas de la nobleza yucateca? ¿Se habrá trata-

²² Gerónimo Castillo, “Los bandos de Valladolid”, *El Registro Yucateco*, II, Mérida, 1845, p. 196.

do de un gesto de modestia al no querer competir con el autor de El Trovador y Venganza Catalana? ¿O a lo mejor pensó ocuparse de obras más ambiciosas, pues hacia esas mismas fechas empezó a redactar lo que muy pronto sería la primera novela de un ingente ciclo novelesco que como él mismo nos lo dice, en una nota final de Un año en el hospital de San Lázaro, se llamaría Los filibusteros del siglo XIX? Nunca lo sabremos. Con todo, aún inconclusa, creemos que merece ser conocida, y dada la casi imposibilidad de conseguir El Museo Yucateco, hemos considerado conveniente incluirla en la presente obra.

“El secreto del ajusticiado” apareció en El Registro Yucateco, donde además publicó las biografías de los obispos de Yucatán, Un año en el Hospital de San Lázaro e innumerables notas sobre la historia de Yucatán y los edificios de Mérida.

“Don Pablo de Vergara” y “Don Juan de Escobar” también se publicaron en El Museo Yucateco, pero sin ninguna indicación de su autoría. Carlos J. Sierra,²³ José Esquivel Pren,²⁴ Antonio Magaña Esquivel,²⁵ y algunos otros historiadores y críticos de la literatura yucateca las consideran obras de Sierra O’Reilly. José Esquivel Pren al respecto dice que “tienen su inconfundible estilo, a más de que por entonces, él era el único escritor de novelas en Yucatán.”²⁶ Ciertamente, “Don Pablo de Vergara” transcurre en Mérida, a mediados del siglo XVII, hacia los mismos años en que se sitúa parte de la acción de La hija del judío; el sacerdote que celebra el casamiento de don Pablo de Vergara con doña Leonor de Ordoñez es el obispo fray Domingo de Villa-Escusa Ramírez de Arellano, y entre los asistentes

²³ Carlos J. Sierra, “Aportación para una bibliografía de don Justo Sierra O’Reilly”, *Suplemento del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, (15 de septiembre de 1958), núm. 141, México, pp. 2-3.

²⁴ José Esquivel Pren, *Historia de la literatura en Yucatán*, t. VIII, Ediciones de la Universidad de Yucatán, México, D. F., 1975, p. 17.

²⁵ Antonio Magaña Esquivel, “Justo Sierra O’Reilly y la novela histórico-romántica”, *El Nacional*, México (8 de octubre de 1964), p. 3.

²⁶ *Idem*.

se encontraba don García de Valdez Osorio, Conde de Peñalva. Sin embargo, a pesar de la época, de los personajes y de su “estilo”, no hay pruebas suficientes para acreditar su autoría. Y un dato más: esta narración no se encuentra, ni Sierra O’Reilly hace mención de ella, en ninguna de las libretas autógrafas de sus manuscritos que se encuentran en la Biblioteca del estado de Campeche. Lo mismo sucede con “Don Juan de Escobar”, que narra la historia de amor y el final trágico de un soldado insurgente que en la defensa del pueblo de Coscomatepec, en Veracruz, cae prisionero del ejército realista y es condenado tiempo después a muerte, en la ciudad de Puebla.

Mientras no contemos con más elementos para justificar que son obras de Sierra O’Reilly, creo que lo más prudente es considerarlas como anónimas o, en todo caso, como atribuibles. Muy bien podrían ser obra de algún otro de los redactores de El Museo Yucateco, cuya forma de narrar y estilo eran muy semejantes, sobre todo tratándose de “leyendas”. Mientras tanto, se incluyen en la presente edición.

Dentro de las narraciones cortas de Sierra O’Reilly, se ha mencionado también El duende de Valladolid y El Lazarino. La primera, que se publicó en El Museo Yucateco, procede literalmente de la Historia de Yucatán de López Cogolludo y éste, a su vez, la tomó de la obra del doctor Pedro Sánchez de Aguilar titulada Contra idolorum cultores. El mismo Sierra O’Reilly es muy claro y después de cerrar la comillas, dice: “Tal es al pie de la letra la relación que hace de este famoso duende el Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar en su informe contra los indios idólatras de esta tierra.”²⁷ En cuanto a El Lazarino, José Esquivel Pren afirma: “El Fénix contiene sus novelillas: El Lazarino, «episodio de los piratas de estas aguas en el presente siglo».”²⁸ He buscado esta narración en dos colecciones de El Fénix y no he podido hallarla, quizá se haya

²⁷ “El duende de Valladolid”, *El Museo Yucateco*, 1, José María Peralta, Campeche, 1841, p. 32.

²⁸ José Esquivel Pren, *op. cit.*, p. 18.

incluido en el folletín del periódico, en muchas ocasiones, mutilado. Sin embargo, en los manuscritos de Sierra O'Reilly se encuentra con este título la introducción a Un año en el hospital de San Lázaro, que, como se sabe, anteriormente se llamaba El Lazarino, y efectivamente ahí se anuncia la novela como una historia de los piratas de este siglo.

Finalmente doy las fuentes de cada una de estas narraciones:

- “La tía Mariana”, El Museo Yucateco, I, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 65-68.*
- “Los anteojos verdes”, El Museo Yucateco, I, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 99-100.*
- “Doña Felipa de Zanabria”, El Museo Yucateco, I, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 109-116.*
- “Antes que te cases, mira lo que haces”, El Museo Yucateco, I, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 132-135. Una segunda versión corregida se publicó en El Registro Yucateco, II, Imprenta de Castillo y Compañía, Mérida, 1845, pp. 382-389. (Esta es en la que hemos basado nuestra edición.)*
- “El filibustero”, El Museo Yucateco, I, José María Peralta, Campeche, 1841, Primera parte, pp. 187-193; Segunda parte, pp. 235-240; Tercera parte, pp. 310-317.*
- “Los bandos de Valladolid”, El Museo Yucateco, I, José María Peralta, Campeche, 1841, Primera Parte, pp. 391-398; Segunda Parte, El Museo Yucateco, II, José María Peralta, Campeche, 1842, pp. 61-67; Tercera Parte, El Museo Yucateco, II, Campeche, 1842, pp. 153-160.*
- “El secreto del ajusticiado”, El Registro Yucateco, II, Imprenta de Castillo y Compañía, Mérida, 1845, pp. 10-29.*
- “Don Pablo de Vergara”, El Museo Yucateco, I, José María Peralta, Campeche, 1841, pp. 152-166.*
- “Don Juan de Escobar”, El Museo Yucateco, II, José María Peralta, Campeche, 1842, pp. 414-424.*

La tía Mariana

Entró en Campeche de madrugada: la villa estaba sin murallas; y pudo el malvado llegar hasta la iglesia del Jesús, y a la de San Juan de Dios en la que dio muerte a un religioso. En el Jesús, tocó las campanas, como para llamar a misa; concurrió mucha gente, y al verlo una vieja a quien había asustado en otra ocasión por la playa de San Román, cayó muerta de espanto.

Tradiciones populares sobre las excursiones de Lorencillo el pirata.

I

Muchos años ha que desapareció enteramente del atrio de la Iglesia del Jesús una cruz de cedro que, también por muchos, había permanecido a la espectación pública. Las personas piadosas jamás pasaban cerca de ella sin rezar un *pater noster* y dirigir al cielo una plegaria por el descanso de la *tía Mariana*. Pero el tiempo ha hecho olvidar a esta buena mujer, y en Campeche es muy raro el que conserva alguna confusa noticia sobre la catástrofe de su muerte. Vaya pues la siguiente conseja, y no pase de tal si se quiere.

La anciana *tía* de que vamos hablando, era natural de la Palma, una de las islas Canarias. Señora viuda de mediana educación, estaba encargada de gobernar la casa y familia del capitán español don Juan Antonio Calvo Romeo, rico negociante que había perdido a su joven esposa, cuando ésta dio a

luz a la linda doña Rita, encanto y delicia de su padre. La isleña (que así llamaban comúnmente a la ama de llaves) profesaba un amor entrañable a la señorita, cuya educación dirigía con singular esmero y cariño, cual su propia madre podría hacerlo. Jamás a la niña ocurrió cosa alguna razonable, sin que al punto no fuera complacida; y siempre se las veía juntas en las iglesias, en las *vías sacras*, y en las pocas visitas que antaño estilaban nuestros mayores.

Doña Rita crecía en gracias y virtudes, y su aya parecía cada vez más satisfecha de sí misma, al contemplar los adelantos de su joven educanda. Cuando ésta tuvo catorce años, su sonrisa era un rápido ensayo de la felicidad; su voz, una armonía celeste, y sus miradas, de una intensidad viva y suave a la vez. La belleza angelical de su figura, y el puro e inocente candor de su alma, la hacían pasar con razón por una de las criaturas más hechiceras de Campeche.

Al verla, era preciso amarla, adorarla. ¡Quién no habría de adorar a doña Rita!

En cada viernes del año se visita el santuario del señor de San Román. Antigüamente era más solemne, pública y general esta romería, y doña Rita y su aya jamás dejaban de concurrir a ella por las tardes. Sucedió pues, que en una de tantas, se estuviesen por más tiempo que el ordinario. Todos los devotos se habían gradualmente retirado: el sol ya no aparecía sobre el horizonte, y hacía media hora que estaba oculta su rubia faz dentro de las ondas: la brisa refrescaba con una fuerza extraordinaria, silbando con violencia al penetrar por las rendijas de la puerta del norte, que entonces daba inmediatamente a la mar, pues no se habían edificado las casas que hoy interceptan su vista. Mientras la isleña se hallaba engolfada en el rezo, la cuitada niña dirigía sus azorados ojos con demasiada frecuencia hacia la puerta del poniente, única que estaba abierta. Allí observaba una cosa, que sin poder comprender precisamente lo que era, la aterraba en términos de helarle la sangre en las venas e impedirle toda explicación con el aya. Poco a poco aquel objeto fue tomando la forma de una per-

sona embozada en un gran capote rojo; muy luego salvó el umbral, y con pasos medidos comenzó a introducirse en la capilla, hasta ponerse a una muy pequeña distancia de la niña a quien había inspirado un horror indefinible. Un par de relucientes ojos siniestramente brutales, se fijaron en aquel momento sobre doña Rita, que cayó súbitamente desmayada, sin poder emitir sino un gemido ahogado. Tan extraño movimiento sacó de su éxtasis a la *tía Mariana*, y ya se inclinaba a socorrer a la niña, cuando sintió detenerse por un nervudo y poderoso brazo, como de hierro. Atónita y horrorizada, vuelve la vista, y a la pálida claridad que esparcía la trémula luz de las pocas bujías que ardían en presencia del Señor, descubrió a un hombre de estatura regular, color ceniciento, ojos relumbrosos, señalada la cara con varios machetazos y cubierta la boca bajo de dos descomunales y sucios mostachos. Con el ademán que el incógnito hiciera para detener a la vieja, presentó a los ojos de la despavorida aya un traje burdo de marinero, pendiendo de su lado un corvo sable, y portando en el cinturón de gacela dos puñales, una daga, un par de pistolas pequeñas y otro de gruesos trabucos. Servíale de apoyo un fuerte chuzo de hierro, y de sombrero una enorme gorra de lana amarilla pintarrajeada de encarnado; y el conjunto de esta figura sólo podía compararse con la de Satanás, si es que Satanás tiene figura. La *tía Mariana* que pudo hacer esta observación con sólo una rápida y pavorosa ojeada, dejó escapar un grito de horror...

—¡Chiz...! ¡Miserable! otra vez gritar... y la muerte —dijo el hombre sacudiendo con fuerza el brazo que tenía asido.

Al momento pudo incorporarse doña Rita, y al ver el próximo peligro que la amenazaba, o por un impulso puramente maquinal, hizo ademán de huir dirigiéndose a la sacristía. No bien lo intentara, cuando ya estaba en los robustos brazos del marinero, que abandonando su primera víctima, sólo pensó en escaparse con su nueva presa.

Y lo consiguiera sin duda, si los esfuerzos de la vieja para arrancar a la niña de los brazos de su raptor, si sus gritos implor-

rando auxilio; y más que todo, si la silenciosa aproximación de algunos vecinos que misteriosamente examinaban una lancha desconocida, que tripulada con cuatro colosales negros, estaba en la playa, no lo hubieran impedido desde luego. Ocurrieron todos a la novedad, y encontraron luchando a la *tía Mariana* y al pirata, que tal era el marinero, y no otro que el famoso *Lorencillo*. Éste al verse casi cogido en manos de sus implacables enemigos, dejó libre a doña Rita, mal hirió a la isleña, disparó sus pistolas y tomó precipitadamente la lancha, alejándose al momento de la playa. Lo cual, si más lo demorara, podría haberle atraído un mal paso con los de la villa, que acudieron a las armas sin pérdida de tiempo, siendo el primero entre todos el capitán don Juan Antonio Calvo Romeo, a cuya noticia llegara el suceso.

II

La *tía Mariana* se curó pronto de la herida; pero la catadura y ademanes de *Lorencillo* le hicieron una impresión tan profunda, que continuamente se la vio despavorida y lanzando inciertas y fatídicas miradas en torno. El solo nombre del pirata la causaba convulsiones violentas, y más de una vez perdió totalmente el sentido al oír a los del puerto manifestar sus temores de algún nuevo desembarco de *Lorencillo* sobre nuestras playas. ¡Tan funesta y aterradora era la idea que atormentaba a la buena señora! Doña Rita por su lado, aunque habían sufrido mucho en el día del suceso y se horrorizaba a menudo recordando el inminente riesgo a que habían estado expuestos su pudor e inocencia virginal; con todo, la juventud, un nuevo mundo que de momento a momento se desarrollaba ante sus ojos, acaso una imaginación menos exaltada que la de su aya, o todo junto, fue gradualmente tranquilizándola, y muy pronto estuvo en aptitud de ofrecer sus consuelos a la segunda mamá. Continuamente se la veía a su lado, procurando consolarla y haciendo inútiles esfuerzos para alejar de su memoria aquella imagen ominosa.

—¡Imposible, hija mía, imposible! —exclamaba la vieja *Mariana*—. Aquí le veo y me horrorizo. ¡Dios mío! No me deis el terrible castigo de encontrar con los míos los ojos de ese monstruo sacrílego. Perdonadme ¡Dios mío! yo prefiero la muerte mil veces.

Tales y tan enérgicas eran las continuas plegarias de la *tía Mariana*, y su agitado espíritu sólo hallaba descanso en los rezos y demás prácticas piadosas. Desde la hora del alba se dedicaba a visitar los templos cercanos, evitando siempre la ocasión de sufrir otra sorpresa como la pasada.

Dos años y medio habían transcurrido desde el suceso de San Román: poco se hablaba de *Lorencillo*, y no había motivo para sospechar que después de las depredaciones, robos e incendios que había perpetrado en la Laguna de Términos y en Veracruz, intentase este feroz *filibustero* alguna nueva excursión sobre la villa de Campeche. Por lo menos nadie lo esperaba, ni había el menor preparativo de defensa: las fragatas del puerto entraban y salían sin tropiezo; no había noticia alguna funesta.

Pero en un domingo a las cuatro de la mañana, las campanas de la iglesia del Jesús hicieron señal de misa: los vecinos acudieron al momento y la *tía Mariana* y su educanda fueron de las primeras. El toque de la misa remata... sale el padre...

—¡Misericordia! —gritó la vieja exhalando el alma en el mismo instante.

Lorencillo se había presentado a su vista... Sobre el sepulcro de la *tía Mariana* se puso una cruz... Ésta es la que antiguamente se vio en el atrio de aquella iglesia.

III

El día 24 de febrero de 1731 falleció en México la Reverenda Madre Sor Rita de San Miguel Calvo Romeo, y fue sepultada en su convento de Santa Clara.

Los anteojos verdes

¿Son anteojos, Mr.?

Una hermosa y plácida mañana del mes de abril de 1790 estaba reunida en el muelle de Campeche una turba de curiosos, que había atraído la extraña novedad de haber fondeado en el puerto un bergantín de guerra de los Estados Unidos. El buque saludó a la plaza, y la plaza correspondió al saludo con una salva equívoca de artillería. El teniente de rey vacilaba un poco; pero convencido en fin de las razones que le opuso el jefe del apostadero, permitió que el comandante del bergantín viniese a tierra con parte de la tripulación; y él mismo era uno de los muchos curiosos que en el muelle esperaban la aproximación de una espléndida lancha, que a toda vela y remo se dirigía al punto de la reunión.

—¡Qué hermosos colores tiene la bandera!

—¿Y esa águila con escudo...? y estrellas... a ver... una, dos, tres, cuatro... ¡Jesús! más de una docena.

Las mujeres del pueblo y los muchachos hacían esfuerzos para colocarse mejor.

—¡Silencio! Ya están aquí... y son herejes, ¡cuidado!, ¡herejes!

—Y ¿cómo son los herejes?, mamá. Quiero ver a los herejes —gritaba un rapaz y la pobre madre no sabía qué decir al majadero.

—Santígüense, hijos míos —dijo el padre Rosado, que también había acudido a la novedad—, santígüense, que el caso no es para

menos. Felizmente el comandante, los oficiales y tripulación eran todos jóvenes, muy apuestos y galanes, en términos que fueron cortés y hospitalariamente recibidos. Aquí hubiera terminado el cuento, si no ocurre la maldita fatalidad de haber traído el comandante a un diabólico hombrecillo que tenía... ¡un par de anteojos verdes...! La primera impresión que causó en los muchachos aquel extraordinario fenómeno, aquel *contra sentido*, fue de un horror inexplicable... después perdieron el miedo, y aquel maldito nosequé tan azogado que les bulle al ver una cosa extraña y ridícula, vino por fin a estallar y producir una horrible explosión.

—¿*Son anteojos, Mr.?*—gritó una voz de tiple.

Y ¡aquí fue Troya! El pobre hombre se vio acometido en todas direcciones, y sin saber cómo, ni cómo no, se ve separado de la comitiva del comandante, y rodeado de una inmensa multitud de *nenes* a cual más endiablados.

—¿*Son anteojos, Mr.?*

—¿*Son anteojos, Mr.?*—gritaban sin concierto ni compás, en todos tonos, desde el grave hasta el agudísimo.

—¿*Son anteojos, Mr.?*—en breves, semibreves, mínimas, semimínimas, corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas.

—¿*Son anteojos, Mr.?*

—¿Dios mío, qué será esto?—decía para sí todo acongojado el pobre hombre—. ¿Estoy en el valle de Josafat? ¿Es incendio, conjuración, pronunciamiento, asonada, asesinato?

—¿*Son anteojos, Mr...?*

—*El Mr. de los anteojos* toma como puede la puerta del muelle, sigue derecho, y a la cuadra y media, todo confuso y con un sudor frío que le bañaba los miembros, se cuela en una tienda y *hospite insalutato* echa mano de botellas, frascos, benequenes de sal, nueces, avellanas, palos, piedras, etcétera, y envía una descarga cerrada de todos estos artículos sobre la bulliciosa turba, cuyo furor se redobla al ver un acto tan hostil.

—¿*Mr., son anteojos?*

—¡Afuera el de los anteojos!—gritaba ya de una manera que ponía miedo.

—¡Cómo, el insolente hereje! —exclamaba un marimacho, mujerona de cuarenta años que parecía un sargento de granaderos—. Venirse así, así como caído del cielo, meterse en mi tienda y causarme semejante destrozo —decía esto amagando al de los *anteojos* con un tosco garrote que le paseaba por las narices.

—¿*Son anteojos, Mr.?*

—¡San Jorge! *to me: ¡friends of mine! to me: ¡Auxilio, amigos míos! ¡Auxilio!* —gritaba desgañitándose el desventurado... logra desenredarse de los brazos del marimacho que ya le había echado el guante... sale a toda prisa, no corre sino vuela, y ¡zaz!, se sopla en la Tercera Orden en tiempo que estaba cantando la misa de renovación el padre comisario; introduce con su estrambótica presencia la consternación y angustia entre todos los devotos y devotas. A tan extraño ruido vuelve la cara el comisario, y se encuentra con un hombre; pero ¡qué hombre, Dios mío! Un hombre que tenía *anteojos verdes*.

—¡Jesucristo me valga! —gritó el bendito padre—, ¡qué es esto por mis pecados!

—¡*You are a candid man! ¡You are a candid man! ¡I am like a candid man!*

— ¡San Diego de Alcalá! ¡Qué dice este desventurado! ¡Afuera el hereje!

—¿*Son anteojos, Mr.?*

—¿*Son anteojos, Mr.?*

Felizmente un hombre compasivo hizo el cuento al capitán de llaves; éste dio parte al oficial de guardia del principal; el oficial de guardia del principal se lo comunicó al ayudante de plaza, en muchísima confianza; el ayudante de plaza lo participó al sargento mayor; el sargento mayor fue de visita a casa del teniente de rey y pasó el rato distrayendo a la señora con referirle la ocurrencia; la señora lo puso en conocimiento del señor, y el señor, desde luego dictó las más prontas y enérgicas providencias para cortar aquel desorden, tanto que a las cinco de la tarde, ya pudo extraerse del sagrado al Mr. de los anteojos, y dispersar la tropa de muchachos, que gritaban todavía.

—¿*Mr., son anteojos?*

¡Qué muchachos tan infernales! Así hubiera ocurrido una desgracia a aquel buen caballero, y Su Majestad Católica se hubiera visto en la necesidad de dar una satisfacción al gabinete de Washington. *¡Cuidado pues, con los anteojos verdes!*

—Y ¿quién era alcalde ese año?, Mr. de los anteojos —preguntó entonces un curioso, a quien hacía esta narración.

—Señor mío —respondíle—, hasta tanto no puedo decir a usted, porque el archivo del ayuntamiento está totalmente perdido, y no parecen los libros de actas, posesiones, ni maldita la cosa. Usted haga forma de averiguarlo por otras vías, que no sean las ordinarias.

Supé posteriormente que el pobre de mi amigo andaba muy empeñado en averiguar este punto, y que le fue imposible aclarar la verdad ni en la oficina del cabildo ni en ninguna otra.

¿No es una lástima que hayamos perdido todos nuestros archivos? ¿No sería bueno poner remedio a este inconveniente?

Doña Felipa de Zanabria

....Cuando la jura de este Sr. Rey (D. Felipe IV) era alferez real el maestre de campo Alonso Zanabria, y el dicho Zanabria, como vos sabéis, fue muy infeliz dentro de su casa, por querer casar.... Hija.... de México...

Fragmentos de un antiguo M. S.
sin rubro y sin fecha.

I

La jura del rey

El tablado, formando un hermoso cuadrilongo, se había elevado en medio de la plaza grande: los regidores, canónigos y lo más apuesto y lucido de los fijodalgos esperaban un día solemne: el 8 de agosto de 1621, que iba a alterar por unas cuantas horas el monótono transcurso de los años. En él, la ciudad de Mérida alzaría pendones por el rey don Felipe IV el *Grande*, y esto era un *acontecimiento* en la historia de nuestro pueblo.

Soberbios y costosos preparativos se habían hecho para las fiestas reales, de que la muy noble y muy leal ciudad de Mérida de Yucatán iba a ser el teatro, como cabeza de provincia. La respetable matrona arreglaba el tontillo bordado de oro, y el corpiño de gala; las lindas y cándidas doncellas estrenarán una mantilla de terciopelo verde, azul o encarnado, porque mañana es la jura del Rey. Todo era bullicio, todo movimiento y acción. La mezclada raza de *Nachicom* y *Montejo*, de *Tutul Xiu* y *Alonso Rosado* saludará a un rey de Castilla... a un rey de Yucatán. ¡Sea Dios loado!

En medio del general regocijo; cuando todos manifestaban su entusiasmo, su grata satisfacción, sólo el principal director de aquella fiesta, el Maestre de Campo Alonso de Zanabria aparecía triste, taciturno, a veces colérico y airado. Don Alonso de Zanabria tenía graves pesares domésticos; pesares que no podían someterse al examen de los curiosos. ¿Qué cuitas aquejarán al maestre? —se preguntaban algunos.

—Ea ¡silencio! —parecía decirles con sus severas miradas—. Tenéis una curiosidad importuna.

La víspera de aquel día solemne, los jóvenes hijos de los encomenderos corrieron parejas airosamente en la plaza grande, que terminaron con un lindo y vistoso juego de cañas, distinguiéndose en lo bizarro y galán dos hijos del capitán Miguel de Argáiz Cienfuegos, y uno del capitán Diego Solís de Osorio. En el balcón principal del palacio del obispo, Su Señoría Ilustrísima, el gobernador y demás personajes se solazaban con aquel espectáculo, mientras que las matronas meridanas con sus hijas estaban distribuidas en los demás balcones, porque el señor don fray Gonzalo de Salazar había convenido en que esta parte de la fiesta se tuviese en las casas episcopales. Allí estaba doña Andrea Lanuza, la del rubio cabello; doña Leocadia Ancona, la del tímido mirar; doña Margarita Solís; doña Ana Silva, tan lindas como inocentes; doña Rita y doña Perfecta Rosado; doña Catalina y doña Concepción Valdés; doña Ángela Manrique; doña Encarnación Lobera y otras cien jóvenes celebradas por su discreción, amabilidad de trato, dulzura de sus modales, y por su pura y rígida educación española. En aquella fugaz y transitoria tarde, ¡cuántas veces se encontraron los vivos y enamorados ojos del joven, que caballero sobre un alazán ricamente enjaezado corría en la plaza haciendo alarde de su persona y destreza, con los plácidos y serenos de la noble doncella! ¡Ah!, nuestros abuelos, no hay duda, paladearon en luengos tragos un placer más puro, más inocente y verdadero, que el que acibara los cortos días de sus nietos.

Pero hacía falta a aquel brillante y lucido cuadro de damas, su más bello y notable ornamento. ¿Por qué no se ve en las fiestas

reales a la linda, a la encantadora doña Felipa de Zanabria? ¿Su ausencia tendrá alguna relación con los pesares del maestro don Alonso? Eso era lo que por entonces muy pocos podrían adivinar. Sin embargo, la inquietud de su padre, sus miradas frecuentemente dirigidas a la plaza del Jesús, frente de cuya iglesia estaba situada la casa de su habitación; sus distracciones; sus respuestas incoherentes, su turbación cuando se le preguntaba de su hija; todo daba a entender claramente que su espíritu sufría mucho, y que sufría por causa de doña Felipa.

—Maestro don Alonso, estáis desempeñando con mucha habilidad y con muy buen gusto la comisión que os ha conferido el cabildo —decía el deán don Pedro Sánchez de Aguilar, dirigiéndose a don Alonso.

—Sí, es preciso, y en ello tengo mucha satisfacción.

—Cuando Su Majestad era aún príncipe de Asturias, y tuve el honor de besar su mano en Madrid, de veras que no creí tener el gusto de ver las fiestas de su coronación.

—Y sin embargo, señor deán, vos las miráis ahora.

—Sí, es verdad, y os repito que están muy lucidas.

—Gracias: se ha hecho lo posible para que de alguna manera correspondan a su objeto.

—El señor conde gobernador me ha asegurado también, que el baile que hoy se dará en las casas de gobierno será magnífico.

—Puede ser.

—¡Oh!, que sí lo será —dijo entonces el gobernador, conde de Taboada y Lozada, que había escuchado la conversación.

—Sí maestro, el baile como lo habéis dispuesto, espero que será de todo gusto; pero ¡cuidado, querido maestro!, la primera zarabanda habré de bailarla con vuestra hija.

—¿Con mi hija, señor?

—Sí, maestro, con vuestra hija ¿y por qué no?

—¡Bravo...! —gritó en este momento la bulliciosa turba. El hijo del capitán Diego Solís de Osorio acababa de ensartar una sortija con admirable destreza. El maestro desapareció en aquel movimiento general.

El baile no desdijo en nada de las fiestas de aquel día. Pero ni don Alonso, ni doña Felipa concurren, pretextando indisposición en la salud.

Amaneció por fin el día 8, y en aquella mañana había de celebrarse la jura del rey. Así se hizo, en efecto. El gobernador juró en manos del alférez real, que lo era el repetido Zanabria, y en manos del gobernador lo hicieron el obispo, los capitulares de ambos cabildos, ministros de la real hacienda, capitanes a guerra, encomenderos y demás personas caracterizadas. Concluida la ceremonia, salieron todos de las casas consistoriales, y en forma de procesión, se dirigieron al tablado de la plaza, en el cual había formado un magnífico trono, y sobre él se veía el retrato del nuevo monarca, con una ostentación magnífica.

Colocados en el tablado, el maestre don Alonso de Zanabria, alférez real, dijo en alta voz por tres ocasiones: “Mérida, oíd, escuchad, atended. La ciudad de Mérida alza hoy pendones por el rey don Felipe IV el *Grande*, que Dios guarde.”

—¡Viva...!—contestó aquel numerosísimo pueblo, e inmediatamente todas las iglesias, parroquias y conventos correspondieron un repique general, mientras que la artillería y arcabucería hacían una estrepitosa salva, frente de las casas de gobierno.

La comitiva se dirigió en seguida a la catedral: todos habían tomado sus respectivos asientos... estaba ya para comenzar la misa de gracias, cuando un ligero ruido de rozagantes vestidos llamó la atención de los circunstantes sobre la esbelta y arrogante figura de una niña de diecinueve abriles floridos, que con pasos breves y majestuosos se hacía lugar junto al coro de los canónigos. La gallardía de su majestuoso talle, sus negros y vivaces ojos, lo brillante y sonrosado de su tez, la hermosa proporción de sus contornos, sus graciosas mejillas, sus labios de púrpura, y todos los caracteres de la belleza prodigados de una manera marcada sobre aquel perfecto conjunto, sobre aquella obra acabada de la naturaleza, dieron a conocer desde luego que doña Felipa de Zanabria, la meridana más hechicera del siglo XVII, se presentaba también en el templo a dar gracias por la inauguración del rey.

Traía un costoso vestido de terciopelo negro con franjas y cuchillas de oro; hermosas trenzas de perlas orientales se entrelazaban con sus blandos cabellos de ébano, formando cofias y graciosos bucles y pendientes al gusto de su tiempo; gruesos brazaletes de oro y tumbaga guarnecidos de brillantes y topacios ceñían sus medio desnudos brazos de alabastro... y una mantilla del mismo terciopelo, recamada con la misma riqueza y elegancia que el resto de sus vestidos magníficos, completaban los adornos de la hija única del alférez real, Maestre de Campo Alonso de Zanabria.

Si en aquel momento hubiera sido posible separar la atención y miradas que sobre sí atraía doña Felipa, y alguna furtiva hubiera caído sobre la encendida faz del maestre... ¡Oh!, en ella, y en la convulsión de sus miembros, habríanse visto los síntomas del furor y la ira que agitaban al noble caballero. Cuando el maestre-escuelas, doctor don Gaspar Núñez de León, subió al púlpito después del evangelio para decir una oración en honor del rey don Felipe IV, ya no estaba en la banca de cabildo el alférez real, don Alonso... Persona alguna había notado su ausencia, sino en aquel momento.

II

El caballero y su hija

—¡Imposible, padre, imposible! La ingrata es indigna del amor entrañable que le he profesado. Estoy ofendido, irritado hasta el último grado. ¡Desgraciada!, ella, mi hija querida, la noble imagen de mi difunta esposa, ha echado sobre su familia un borrón indeleble. No, padre reverendo, os considero mucho por vuestro carácter y virtudes; pero meted la mano en vuestro pecho, y me haréis justicia.

Así se explicaba el maestre don Alonso, hablando con el padre Tomás Domínguez la noche del 9 de agosto, un día después de la jura del rey; cuando la ciudad había recobrado el curso ordinario y tranquilo de sus hábitos.

Don Alonso se paseaba de un extremo a otro de la sala de su casa, dando muestras de su profunda indignación y cólera contra su hija; mientras que el jesuita parecía haber agotado todos los recursos de la persecución para mover a aquel padre airado. Pero es ya tiempo de que entremos en pormenores.

Don Alonso de Zanabria era natural de la ciudad de Mérida, hijo de un caballero del reino y nieto de un español de los conquistadores de México. La familia de los Vargas Machucas, con la cual se relacionó por su enlace con doña María Joaquina, hija del célebre capitán don Alonso de Vargas, dio mucha importancia a la casa de Zanabria y proporcionóle muchas honras y distinciones, entre otras, la del cargo de alférez real y regidor perpetuo del cabildo de Mérida. Bien es verdad que Zanabria era muy cumplido y pundonoroso caballero, tanto que el señor don Felipe III, por especial recomendación que hizo el virrey, le nombró su maestre de campo, confiriéndole otras varias gracias y mercedes. Pero en el año de 1614, cuando sólo tenía 34 se vio privado de su joven y virtuosa consorte, que dejó por único fruto de su matrimonio a la justamente celebrada doña Felipa. Desde la muerte de su esposa, y posteriores desavenencias que tuvo con la familia de los Vargas, el carácter de Zanabria se hizo tétrico y sombrío; y aunque manifestaba algunos rasgos de bondad y filantropía, muy luego la amarga y triste memoria de más felices días venía a emponzoñar su existencia, a martirizar su lacerado corazón. Su hija era ciertamente todo su encanto, todo su consuelo y todo su orgullo en la tierra; pero su hija también era la víctima del duro e irascible carácter de un padre, aunque amante y cariñoso, fuerte y demasíadamente severo a veces. Doña Ana García y Fuente, esposa del licenciado don Juan de Zanabria y la única persona a quien era permitida la entrada en la casa del atrabiliario don Alonso, necesitaba redoblar sus esfuerzos para conseguir alguna ocasión el permiso de llevar en su compañía a doña Felipa; pues lo más frecuente era salir ésta con su padre para la iglesia del Jesús, que daba enfrente del zaguán y balcones de su casa, según se ha dicho; y

en ella oían la misa, y se confesaban con el padre Tomás Domínguez,¹ prepósito de la casa profesa.

Para que la posición y circunstancias de doña Felipa apareciesen con un carácter más comprometido, don Alonso había desechado varios partidos ventajosos que se le propusieron para ajustar un matrimonio honroso con su hija. Miguel de Navarro, Pedro de Mena, Enrique Carvajal y Juan de Rivera y Garate, todos hijos de familias nobles, acomodadas y de representación, fueron sucesivamente desairados con altanería, sin que valieran ni los respetos del conde de Taboada, que se había interesado con calor por el último de los pretendientes. Era que don Alonso, sin conocimiento de doña Felipa, había ajustado el matrimonio de ésta con un hijo de Leonel Cervantes, caballero principal de México, y las negociaciones habían llegado a tal punto, que Zanabria tenía ya poder especial de su futuro yerno para celebrar el matrimonio. La familia de los Vargas manifestó resentimiento por la conducta caprichosa de don Alonso, y había resuelto neutralizar aquel manejo. Logró prevenir a doña Felipa; y ésta se alarmó muy de veras con la noticia de un particular sobre el cual no tenía el más ligero antecedente.

Ocho días antes de la jura del rey, el maestre hizo venir a su estancia a doña Felipa, y después de haberla informado circunstanciadamente de sus proyectos, concluyó previniéndola estuviese dispuesta para darle la mano, en representación del hijo de Leonel Cervantes, el día mismo en que la ciudad celebrase las fiestas reales: “Porque —añadió—, quiero que en ese día notable comience la felicidad de mi cara y adorada hija”. Doña Felipa escuchó en silencio a su padre; y cuando había éste concluido, sin esperar respuesta ni observación alguna, la mandó retirar para que fuera haciendo sus preparativos.

¹ Todos los nombres que se citan con muchas de las circunstancias que se han referido, pertenecen a nuestra historia. Así es que este cuento tiene mucho de histórico, y se ha escrito con la mira de desenvolver algunos hechos antiguos. [Nota del autor].

Quiso hacerse oír la señorita; pero en aquel momento sobrevino un acceso de su habitual hipocondria al maestro, y doña Felipa se retiró sin haber podido aventurar una palabra.

Ella era, sin embargo, digna hija de tal padre: tenía toda la fiereza y altivez de carácter suficientes para llevar al cabo cualquier determinación que hubiese adoptado; y por lo mismo resolvió hablarle con franqueza al día siguiente, y manifestar sin rodeos la aversión decidida que tenía a un enlace para el cual no se había considerado en nada su voluntad, ni consultado sus inclinaciones. Hízolo así en efecto, y ¡oh!, es imposible explicar el grado de cólera y furor que manifestó el buen caballero.

—¡Miserable! —exclamó—, veo aquí la obra de los Vargas; sí, tú has sido sugerida, seducida por esa orgullosa familia, que desprecio altamente, así como a las de estos pobres fijodalgos finchados, que tienen la temeraria insolencia de pretender enlazarse con la mía. No, lo juro... Y yo sabré cumplir mis juramentos; nunca serás la esposa de ningún caballero de estos haraganes y engreídos que pululan en Mérida. Mi determinación está tomada, y quiero ser obedecido sin réplica. El día de la jura del rey has de ser la esposa de Juan Cervantes, porque lo quiero, porque lo mando y porque puedo y quiero mandarlo. He dado mi palabra, y mi honor está empeñado; no hay más arbitrio que obedecer de grado o por fuerza, si tu conducta me obligase a emplearla. ¡Hay tal capricho y extravagancia! ¡Desechar una fortuna inmensa, un enlace tan ventajoso, un nombre tan ilustre! Retírate, no quiero oír más excusas ni dilaciones. El día 8 es la jura del rey: el día de la jura del rey habrás de desposarte. Esto es cuanto por ahora puedes saber.”

—Pero señor, dignaos escucharme un momento...

—No escucho nada, sino tu sumisión y obediencia.

—Ese hombre me es enteramente desconocido... siento que con él no seré feliz.

—Yo sé que lo serás, y basta; retírate...

—Una palabra más.

—Ninguna; el domingo, el día de la jura del rey, ¿lo entiendes?, el día de la jura del rey os casará el cura del sagrario Francisco de Aldana; hasta entonces te prohíbo ponerte en mi presencia.

Doña Felipa se vio enteramente cortada, y no tuvo otro arbitrio que retirarse. En los dos días siguientes, fueron vanos todos sus esfuerzos para lograr una entrevista con su airado padre; y ya no dudaba que llevase al cabo su propósito. Resolvió, pues, adoptar otro partido.

III El obispo

Don fray Gonzalo de Salazar, de grata y santa recordación para los yucatecos, gobernaba entonces esta diócesis con el tino, sabiduría y caridad apostólica que lo caracterizaban, y que tan justamente le han granjeado un nombre venerable en nuestra historia. El jueves 5 de agosto de aquel año (tres días antes de la jura de don Felipe IV), subía de la catedral a su palacio, después de haberse ejercitado, como tenía de costumbre, dos horas enteras enseñando la doctrina cristiana a los niños indios, cuyo idioma había aprendido y hablaba con admirable perfección y soltura. Al subir el último escalón, una mujer anciana que lo esperaba, puso en sus manos un pliego cerrado, que recibió despidiendo a la portadora. Después de haber rezado *Sexta* y *Nona* horas canónicas, alternando con un numeroso coro de clérigos que lo acompañaban siempre en el *oficio divino*, se retiró a su gabinete, y allí, abierto el pliego, leyó la siguiente carta:

Ilmo. y Reverendísimo Sr.:

Llena de confusión y zozobra; pero llena también de esperanza en la bondad de V. S. I., he tomado la pluma para implorar su protección y amparo. Si mi edad y sexo me lo permitieran, hubiera volado a los pies de tan santo y benévolo pastor, se los hubiera besado, los hubiera regado con mis ardientes lágrimas, y estoy segura que su caridad me hubiera acogido compasivamente, y con la indulgencia de su sagrado ministerio. Pero, Sr.,

ya que no me es posible hablar personalmente con V. S. I., sírvame de disculpa y oiga caritativo mis cuitas.

Mi padre, cuyo carácter rígido e inflexible conocen V. S. I. y todo Mérida, pretende violentar mi voluntad de una manera tal que no me queda otro recurso que acogerme bajo la protección de nuestro santo y justiciero pastor. Sin mi consentimiento, sin mi noticia y sin consultar para nada mi inclinación, ha comprometido su palabra con un caballero Cervantes de la ciudad de México, que dicen ser muy noble y rico señor de aquella corte, ofreciéndole mi mano, hasta el caso de haberse firmado las capitulaciones, haber recibido poder para efectuar el matrimonio, y por último haberme intimado preceptivamente que el ocho del presente habré de casarme, sin dilación, sin excusa ni pretexto.

Yo, Ilmo. Sr., venero y respeto a mi padre; jamás le he causado el menor disgusto ni amargura; ni hoy revelara este procedimiento, si no sintiera todas las angustias de la muerte al considerar que muy pronto va a separarme de su lado, de mi país, para vivir con un desconocido, y en tierra extraña. El caballero Cervantes tendrá todas las recomendables circunstancias que dicen; pero, Ilmo. Sr., yo tengo una repugnancia insuperable a este enlace: no sería muy difícil que me causase la muerte.

Acudo, pues, a V. S. I. para suplicarle extienda una mano protectora sobre esta infeliz y acongojada criatura, dando todos los pasos que le aconseje su santo celo para evitar una desgracia a su muy humilde hija.

B. LL. SS. MM. de V. S. I.
Felipa de Zanabria y Vargas.
Somos a 5 de agosto de 1621.

—¡Pobre niña! —murmuró entre dientes el señor obispo; tomó su sombrero y bastón, y solo, a las once del día, fue rectamente a la casa del maestro.

La conferencia se prolongó hasta las tres de la tarde: en ella manifestó don Alonso toda la fuerza y violencia de su genio y carácter impetuoso; y sólo la moderación y dulzura del prelado, y el respeto que inspiraba a todos, pudieron moderar los transportes de aquel padre indignado. El obispo consiguió que el matrimonio se difiriese; y en seguida dio orden a los curas del sagrario que no procediesen a cosa alguna sin su previa noticia.

Pero todo el furor de don Alonso recayó sobre su inobediente hija, en términos de haberla maltratado de obra y de palabras, encerrándola en un aposento de la casa.

—Sí, hija ingrata —le decía—, has querido ingerir a los extraños en este asunto, cuya reserva me interesaba tanto. Bien: yo obsequiaré al prelado: es muy justo; pero el domingo es la jura del rey; el lunes estaremos en camino para Campeche, y allí nos embarcaremos para Veracruz; irás a México en mi compañía y veremos qué poder ha de limitar el mío, y coartar mi resolución.

El maestro, sin embargo, estaba sobresaltado: a cada momento creía ver frustrados sus proyectos respecto de su hija, tanto más cuanto que ésta, en un arrebato, le había dicho:

—Señor, vos tenéis mucha firmeza en vuestro carácter y determinaciones: bien; yo soy la hija digna de mi padre: jamás consentiré en ese matrimonio.

El día de la jura, mientras el maestro cumplía con las obligaciones de su empleo, doña Felipa salió de su encierro sin ser sentida, se adornó de gala, para no dar qué sospechar, y con paso firme fue a la catedral a oír la misa de gracias. Ya hemos visto la impresión que tal conducta causó en el maestro. Concluida la función, doña Felipa fue a esperar al señor obispo en el pasillo que conduce a las escaleras de palacio... dijo su nombre, y al momento el prelado mandó retirar a su comitiva, permaneciendo únicamente con su confesor el padre Tomás Domínguez, prepósito, como se ha dicho, de la Compañía de Jesús. El señor Salazar escuchó hasta el fin la larga relación que la señorita le hizo, y en seguida, bajo la mayor reserva, sin que persona alguna lo trascendiera, encargó al padre Domínguez la llevase en una carroza al convento de madres religiosas, y la entregase en manos de la abadesa hasta su superior resolución. Así lo hizo el jesuita, y de orden de su Ilustrísima fue reiteradas veces en aquel día y en el siguiente, con el objeto de hablar detenidamente al maestro, quien no dejó verse sino hasta la noche del día 9. El padre le hizo toda clase de observaciones juiciosas; le advirtió el escándalo que su severidad podía causar a los vecinos pacíficos de Mérida.

—No gaste vuestra reverencia su tiempo en vano, padre mío —dijo entonces don Alonso—. Yo no puedo perdonar a mi hija; ha deshonrado mi nombre, y comprometido altamente el crédito de su desventurado padre.

IV El monjío

El señor obispo, el cabildo eclesiástico y secular, las cofradías, hermandades y una multitud de personas de ambos sexos habían concurrido el 15 de diciembre de 1624 a la fiesta de la Concepción, que celebran las madres monjas. Más de cien cirios de blanca y olorosa cera se consumían en presencia del Sacramento y en los demás altares del templo. El suave sonido de acordes instrumentos acompañaban el canto de los clérigos, y el de las castas doncellas, esposas de Jesucristo. Concluida la misa y el sermón que predicó el padre fray Antonio Ramírez, el prelado con todos los asistentes bajó a la reja del comulgatorio, y allí recibió los votos de una cándida virgen, de una blanca y purísima paloma.

—Hija mía, el Espíritu Santo te ilumine y fortalezca; él te conceda sus siete dones de perfección para que sin tropiezo llegues a las doradas puertas de la eternidad. ¡Casta e inocente virgen, vaso escogido!, cuando concluyas tu corta peregrinación en la tierra, el Excelso te abrirá esas puertas de sus incorruptibles moradas, de sus alcázares celestiales. Recíbante allí los ángeles y los querubines, las virtudes y las potestades, los tronos y las dominaciones, y todos los demás coros que eternalmente cantan alabanzas al Señor. Flor del campo, lirio de los valles, esposa predilecta del Santo de Judá, sal de este mundo perecedero, de este mundo de vanidades y miserias, vuela al regazo de la Reina de las vírgenes; y esa alma inocente, ese candor puro y virginal, sea una hostia, un holocausto que hoy ofrezcas al Padre de las misericordias, en remisión de tus pecados, y los pecados del pueblo.

Así dijo el venerable obispo, brotando de sus ojos copiosos raudales de lágrimas, que movían a unción y enternecimiento a todos los circunstantes; mientras que las religiosas, con un tono lúgubre y tranquilo, recitaban el *Veni Creator*, y las letanías de los santos. Concluida la ceremonia de los votos, el coro de las predilectas del Señor, con un canto dulce y patético, llamó entonces a la nueva hermana:

—*Veni sponsa Christi et accipe coronam quam Deus praeeparavit tibi in aeternum.* (Ven, pues, esposa de Cristo, ven a recibir la corona que Dios te tiene preparada desde la eternidad.)

La profesa, al retirarse del mundo para siempre, debía decir un adiós eterno a sus parientes y amigos. Un caballero embozado en un ferreruelo negro se acercó... abre los brazos...

—Adiós, hija adorada: siempre fuiste digna de tu padre... yo te bendigo con toda mi alma... ruega al Señor por mí.

—¡Padre mío! ¡idolatrado padre mío...!

El maestre se había ya despedido para siempre de su hija doña Felipa.

Antes que te cases, mira lo que haces

Y sobre todo (añadía un honrado hijodalgo de antaño, por vía de comentario al adagio), cuídate mucho de hacer semejante locura con mujer que no haya pasado las viruelas. En efecto, esta máxima era digna de observarse, porque antes del descubrimiento de Jenner, la horrible enfermedad de las viruelas sobre diezmar la población, dejaba inútiles o deformes a muchos infelices que libraban con vida de tan funesto azote. Si la mujer sólo traía en dote sus perfecciones físicas, sin poseer ninguna de las prendas morales, tan indispensables para la felicidad doméstica, en verdad que la mala pasada que podría llevarse un pobre marido sería capaz de trastornarle el seso. A propósito de estas reflexiones, ocurreme a la memoria cierta conversación que tuve con un sujeto de traza muy original.

Allá en las vacaciones de 1832, solíamos reunirnos varios estudiantes en el atrio de la parroquia de Santa Ana, o porque el sitio parecía más romántico, o por otras causales, que no es del caso traer a colación. Los viernes sobre todo, acudíamos al *rendez-vous*, con una puntualidad admirable. Pocas imágenes de santos hay en Mérida que tengan un séquito más pronunciado como un San Francisco de Paula tamañito, que se venera con mucha devoción en aquella iglesia; y en ese día de la semana es cuando van las gentes en romería a rezar la trecena del santo patriarca, y pedir a Dios, por su mediación, lo que más les conviene. Yo no sé por qué las niñas que han llegado a la edad núbil tienen al santo una devoción más especial. Ello es

que frecuentan mucho las trecenas: trecena acabada, y trecena comenzada.

En el mismo sitio, esto es, en el atrio de Santa Ana, veíamos regularmente a un inválido de singular catadura, de esos veteranos que terminaban su carrera vegetando en guarnición, y que a la edad de sesenta años tenían a mucha gloria y honor el haberse pasado veinte de ellos en la clase de cadete, y subido, después de algunos percances, a la encumbrada esfera de los subtenientes, en la cual permanecían estancados. Semejante atraso jamás se ve ya en esta época de progreso rápido en que suele sentarse plaza de coronel o general efectivo; mas la época de marras no era de progreso, y nada tiene de extraño que nuestro inválido fuese, como era un alférez de sesenta años.

Poco a poco fuimos trabando amistad con el anciano alférez, y muy luego descubrimos en él un tesoro de noticias y cuentos preciosísimos. Era cartilla vieja de la ciudad y sabía la crónica escandalosa del tiempo de los capitanes generales y personajes del gobierno colonial, lo que hacía su conversación divertidísima, porque era chistoso sin ser chocarrero ni licenciado, aunque tenía sus puntas de murmurador. Una ocasión en que don Toribio (tal era su nombre) había sacado a plaza algunas historietas del siglo pasado, ocurrióseme decirle que sólo de él y de sus aventuras nada sabíamos.

—Y según que está usted siempre de tan buen humor —añadí—, ha de haber sido usted muy feliz allá en sus tiempos, de que hace tan grata memoria.

—¡Feliz! —me repuso lanzando un suspiro—. Si supiera usted los pormenores de mi vida triste, no lo creería usted así seguramente.

—¡Cómo! —acudí yo—. ¿Ha sucedido a usted algo de extraordinario?

—¡Cáspita! ¡Si me ha sucedido algo de extraordinario! Figúrese usted que me casé con una bendita, que no había pasado las viruelas, y...

—Pero don Toribio ¡por Dios! eso es demasiado trivial y frecuente, y en ello no veo cosa que merezca llamar la atención.

—¡Ah! Bien se conoce que usted pertenece al *siglo de la vacuna*, como debería llamarse este siglo diecinueve, que tiene tantas y tan variadas denominaciones. En mi siglo, en ese malditísimo siglo dieciocho, todos se hubieran lamentado de mi desgracia en vez de admirarse, como usted, por haberme casado con una mujer que no ha padecido las viruelas. En mi tiempo era este un asunto muy grave y si tuviera usted un poco de paciencia, yo podría hacerle un cuento que le serviría de lección.

—Pues a ello, don Toribio, a ello, que ya estoy en ascuas.

Don Toribio sacó de la enorme faltriquera un haz de instrumentos y aperos de hacer lumbre. La mecha, tan gruesa como un salchichón de Génova, apoyóla con mucho tiento sobre un trozo de pedernal que más parecía un ladrillo, sirvióle de eslabón un perno e hizo lumbre después de algunos golpes perdidos. Al cabo de un minuto, el cigarro puro de a folio se había convertido en chimenea, y comenzó su relato el alférez narrador, envuelto en una nube de humo.

—Pues, señor, ha de saber usted que tenía yo veintidós años cuando caí en la tentación de buscar una novia para... ¡Ya sabe usted los hombres!

—Ya; buscar una novia para casarse.

—Precisamente una novia para casarme.

—Entiendo a las mil maravillas. Prosiga usted en su relato.

—Pues, señor, caí en la susodicha tentación, y dije acá para mis adentros: Éste es negocio hecho, y voy a casarme, pecho al agua y Cristo con todos. Yo por supuesto...

Bueno, démoslo *por supuesto* y pasemos adelante.

—Yo no tenía padre, ni madre, ni abuelo, ni tíos, ni tutores...

—*Et caetera*, señor don Toribio.

—Cabal, *et caetera*. Pues, señor, fuera vez la previa licencia por los cordones que llevaba yo en el servicio del rey (aquí don Toribio se tocó el sombrero), era libre, absolutamente libre en la elección de la novia, y podía casarme con quien más a

cuento me viniese, salvo siempre el consentimiento de la otra parte contratante.

—Yo lo creo.

—En las inmediaciones de la mi casa vivía una familia, en que había cinco hermanas, doncellas por supuesto.

—Ya; doncellas, por supuesto.

—La mayor era una joven de mi propia edad, hacendosa, de talento, muy señora de su casa, buen trato, modales agradables, discreta y un juicio...

—¡Mucho juicio! ¿Eh?

—¡Extraordinario!

—Negocio concluido: *le haría usted el amor*, le correspondería, y después... bodorrio al canto.

—No; alto allá. La tal señorita tenía para mí un horrible defecto.

—¡Horrible defecto! —dice usted.

—Como suena. Verdad es que poseía un gallardo cuerpo, ojos rasgados y expresivos, boca pequeña y graciosa, cuello esbelto, buenas proporciones, pie pulido, color sonrosado y...

—¿Pues qué demonio de defecto tenía, hombre de Dios?

—Friolera... Había padecido las viruelas.

—Era cacariza la pobrecilla ¿no es esto?

—No tan cacariza que digamos, pero tenía unos cuantos vestigios, y esto era para mí insoportable. No quise pretenderla.

—Pero... ¡ya se ve! A nadie le falta rareza. Pondría usted los ojos en la otra hermana, luego luego. ¿Me engaño?

—Diré a usted. La segunda hermana reunía todas las cualidades y recomendaciones de su hermana mayor; y además no era cacariza.

—Bueno; éste sería ya un asunto concluido.

—No tal. La niña tenía un párpado algo caidillo, no del todo, pero sí lo bastante para que dejase de parecerme completamente bonita.

—¡Don Toribio!

—¿Qué quiere usted, si yo soy así?

—¿Y la tercera?

—¡Oh!, la tercera hermana era una niña de recibo; pero faltábale un dedo de la mano izquierda, y ya ve usted que se perdía toda la ilusión.

—¡Eh! Caprichos de usted. ¿Y la cuarta?

—La cuarta era una arrogante niña de dieciséis abriles, como dicen los poetas prefiriendo el mes de abril con agravio de todos los otros meses del año, por razones que ellos sabrán sin duda. Niña bellísima, de talento muy cultivado, pulsaba el salterio, cantaba a pedir de boca y...

—Vamos. ¡Atrapóle usted la cuarta!

—¡Pardiez que en nada estuvo que tal sucediera, sino ando un poco avisado!

—¡Cómo!

—¿Cómo? Que la maldita chicuela se ponía tan bonitamente sus bucles falsos, por falta de cabello.

—¡Válgame Dios, y qué desgracia! ¡Tan joven, tan linda, tan buena tocadora de salterio y tal vez de guitarra, y luego y calva!

—No, hombre, si yo no he dicho a usted que era calva. ¡De dónde ha ido usted a sacar eso?

—¿Usted se chancea?

—Ni por pienso.

—Qué está usted diciendo.

—Lo que oye: que no era calva, sino que la cabellera apenas tendría dos pies de longitud, y yo lo hubiera querido que la arrastrase, porque éste es un adorno que allá en mi tiempo me hechizaba.

—¡Vaya usted al diablo, pues que es usted el hombre más descontentadizo del mundo! ¡Hay tal capricho! A lo que yo veo, usted no se conformaría ni con una joven que reuniese toda la belleza ideal de la Venus de Medici. No hay duda: parece que estoy viendo que usted se quedó solterón, sin embargo de lo que al principio me dijo.

—¡Solterón! No por mis pecados.

—¿Y qué? La quinta hermana...

—Era un ángel de hermosura. Año y siete meses estuve empeñado en descubrirle un solo defecto corporal y no pude conseguirlo; y cuenta que yo era un lince en estas cosas.

—¿Y lo demás?

—¡Jesús me valga! Era una niña loca, atolondrada, consentida, arrogante, malcriada, coqueta, orgullosa, fatua, falsa, mordaz, irascible, ignorantísima...

—¡Basta; basta, por Dios! Con lo que ha dicho usted señor don Toribio, hay para conocer de lleno que la tal niña era endiabladísima; que la echaría usted a rodar, muy enhoramala, maldiciéndola un millón de veces, despreciándola, humillándola, ahorcándola si hubiese sido posible; y que por último marcharía usted con la música a otra parte, pues que entre las cinco hermanas no es creíble que hubiese usted hecho tan mala y descabellada elección, después de prescindir de las otras que tenían tan sobresaliente mérito, tan sólo por uno u otro defectillo corporal insignificante, que nada podría influir en los goces tranquilos y apacibles de la vida conyugal, en que, según he oído decir a la gente mayor y entendida, pasadas las primeras ilusiones, como suelen pasar, sólo queda una dulce y plácida amistad, si la esposa tiene buenas cualidades morales, o un infierno de sufrimientos, si por desgracia tuviese uno solo de los muchísimos defectos o vicios de esa quinta hermana. ¡Cuerno con la maldita criatura, capaz de ahuyentar una legión de espíritus infernales! Vamos señor don Toribio, ¿a dónde fue usted después a presentar su memorial?

—¡Ay, triste de mí! Caséme con doña Jerónima.

—¿Quién es doña Jerónima? ¿Ésa contra quien ha descargado usted su tronante y bien merecida reprimenda? ¿Qué está usted diciendo? ¿La quinta hermana?

—Sí, señor colegial, la quinta hermana.

—¡Vamos! ya no extraño nada que haya usted sido tan infeliz en su matrimonio, ya que tuvo usted la desgracia, muy lamentable ciertamente, de haberse casado con semejante corizco.

—Hágame usted la gracia de escucharme hasta el fin y conocerá toda la extensión de mi desgracia. Me casé, porque así lo

quiso mi mala estrella, enamorado hasta las cachas de aquella linda criatura. Al siguiente día de nuestro infausto matrimonio quise imponer la ley en mi casa, y cantar la cartilla de sus obligaciones a mi esposa. ¡Trabajo perdido! El resultado fue que se fugase la novia con el mayor escándalo, marchase a la casa de su madre, y me levantase un horrible y falso testimonio, cual jamás se hubiese levantado contra un hombre de integridad. Dijo que era yo miserable, ruin, tacaño, corto de talento, avaro, y otras mil preciosidades por este estilo. Mis discretas y juiciosísimas cuñadas le echaron en cara su extraña conducta y la persuadieron a que desistiese de su loco y temerario intento de divorciarse de un esposo que la idolatraba. Por fin, logré que volviese al hogar conyugal después de haber yo hecho una capitulación vergonzosísima, o mejor dicho, después de haberme rendido a discreción. De entonces en adelante, todo fue un desorden no interrumpido. Modas, paseos, despilfarros y todas las plagas de Egipto llovieron sobre mí, sin que yo pudiese decir *esta boca es mía*. Centralizó en sus manos derrochadoras el gobierno doméstico, ahuyentó los criados antiguos, y me hizo representar en la sociedad el papel más ridículo y grotesco. A los dos años, mi considerable fortuna estaba ya disipada, y comenzaba a tocar de cerca los horrores de la miseria, que mi insignificante paga de cadete no era parte a mitigar. A todo me resignaba y todo lo sufría, porque al fin mi mujer era muy linda, y no podía menos de amarla, porque tuve la desgracia de enamorarme siempre de las bonitas, sin curarme en nada de las perfecciones del alma.

—Pero usted debía considerar, señor don Toribio, cuán frágil y perecedero es todo esto, para haberse detenido algo en una resolución tan grave.

—¡Ah! ¡Si supiera usted de lo que es capaz uno que está enamorado, y más si por su desgracia es tonto, como yo tenía fama de serlo entre los mozos de mi edad!

—De veras me parece usted muy digno de compasión, y...

—Pues escuche usted y horrorícese de la más formidable catástrofe que podía sobrevenir a un hombre honrado. La infer-

nal epidemia de las viruelas se presentó, como tenía de costumbre, a cobrarnos su contribución de sangre. Mi mujer fue acometida de esta fatal y maligna dolencia; viose la infeliz a las puertas de la eternidad, que ojalá no le hubiesen dado con ellas en las narices. Pero, en fin, a fuerza de dinero, porque *Dios es omnipotente y el dinero su teniente*, hubo de librar el pellejo. Mas levantóse de la cama hecha un monstruo capaz de causar miedo a un perro, que nunca teme la fealdad. Aquel cabello negro y hermoso, redujose a unos cuantos mechones amarillentos, ásperos, sucios y humedecidos constantemente de un fluido fétido y purulento que le brotaba de los poros de la cabeza; se quedó sin pestañas ni cejas, y sus lindos y hechiceros ojos se convirtieron en dos arrugados y sanguinolentos tomates que destilaban bermeillon y azufre como el ojo clásico de Maritornes; la nariz se dilató desmesuradamente; ni un solo diente quedó en pie, detrás de aquellos labios de carmín, que ya eran dos gruesos listones lívidos a trechos, y a trechos morados como berenjena; su boca y paladar se convirtieron en una cloaca de inmundicia y miseria, de corrupción e insoportable hediondez; las orejas eran dos descomunales alcachofas; se le contrajeron los dedos de los pies y de las manos; y todos sus estropeados miembros se cubrieron de una piel áspera, escamosa, rojiza y sembrada de grietas que destilaban un licor que en verdad nada tenía de aromático. En suma, era ya la quinta esencia de la más refinada fealdad. Cuando ella miró en su espejo el espantoso estrago causado por la viruela, salió fuera de sí, y arrebatada de furor y rabia, comenzó, como tenía de costumbre, a colmarme de improperios y desvergüenzas.

“—Oiga usted, señora mía —le dije entonces—, el único vínculo que nos unía a entrambos está ya disuelto. Antes sufría yo todas la irregularidades de su humor satánico, todos sus caprichos y extravagancias, sus escándalos y disipaciones, su fatuo orgullo y coquetería, todos sus vicios y nulidades, en fin, porque era usted una mujer hermosa y esto bastaba a mi corazón apasionado. Pero ¡cuidado conmigo en adelante...! porque estoy resuelto a sacudir un yugo tan pesado y vergonzoso. Tenga usted presente que ha

perdido toda su belleza efímera, sin esperanza de recobrarla, y que hoy no es usted otra cosa que una tarasca horrible, como las que se sacan en las procesiones de *Corpus*, allá en la tierra de mi padre. Con que sirva de gobierno, y vea usted como anda, señora harpía o demonio...” Brotábale espuma de la boca, y trémula de ira quiso abalanzárseme con un cuchillo para cortarme la cara que, comparada con la suya, era ya la de un serafín; pero yo con calma tomé un chirrión embreado, y le di una buena tunda, que repetí casi diariamente por espacio de algunos años...

—¿Hasta que mataría usted a la infeliz? ¿No es eso?

—Aún no ha muerto la pobrecilla; la tiene usted encerrada en una jaula en el hospital, y es la loca más loca y rematada que hay en aquella casa. Su tema favorito es hacerse de la coqueta, y hablar de su belleza con los criados y galopines del hospital.

—Y ¿las cuñadas, señor don Toribio?

—¡Oh! Ésas son felices: todas se casaron muy decentemente, y son unas respetables madres de familia, bien recibidas y consideradas en la sociedad. De manera que la más linda de las hermanas, hizo mi desgracia: lo primero por haber sido tan mal educada de su madre; y lo segundo, por no haber padecido las viruelas antes de casarse. Y así, señor colegial, aconséjole a usted que no vaya a casarse con mujer que no ha pasado ese mal, salvo que esté *vacunada*.

—Mejor fuera —le dije entonces— que usted que ya tiene alguna experiencia del mundo, y ha escarmentado en cabeza propia, aconsejase a buscar en la novia las buenas prendas del alma, que usted tan neciamente despreció. Con que, señor don Toribio, hasta la vista.

—Abur, caballero.

Y aquí termina este cuento, que puede servir de aviso a algunos que están en vísperas de casarse, porque: *Antes que te cases, mira lo que haces*.

Campeche, marzo 28 de 1841.

El filibustero¹

(Leyenda del siglo XVII)

*...¡Ahi! Dove fuggo?
.....E dove,
dove fuggir potrai...?*

ALFIERI, *M. Stuarda*

PRIMERA PARTE

I Invasión de la villa

• A las armas, valientes campechanos!, los bárbaros vienen a robaros, a insultaros, a saquear vuestras casas, a violar vuestras hijas y a incendiar la población. ¡El rey! ¿Qué es el rey cuando se trata de conservar el honor y la existencia de lo que tenéis de más caro en la tierra? ¡No! La causa del rey no es la que vais a defender; es la vuestra, es la causa de Yucatán: es la de la muy noble y leal villa de Campeche.

Era el 11 de agosto de 1633: diez naos piratas se habían presentado enfrente del puerto, y todo el vecindario estaba en la mayor consternación y angustia, contemplando aquel aparato hostil. El valiente y resuelto capitán Domingo Galván Romero de acuerdo con los principales de la villa, daba sus disposiciones y dictaba órdenes para la defensa de la plaza...

¹ Esta leyenda es toda histórica, casi hasta en sus más insignificantes circunstancias... [Nota del autor].

A las cinco de la tarde, mientras todos los vecinos estaban reunidos en las casas reales, viose venir a carrera tirada al atalayero de la Eminencia... llega bañado de sudor, cubierto de polvo... y no puede hacerse entender porque está espantosamente agitado de la fatiga y del terror. ¡Por Dios! hablad de una vez —gritóle Juan Baniverde— ¿qué hay?, ¿son enemigos?

—Sí... pronto... a las armas... es, no hay duda, lo... he reconocido bien... es... *Diego el Mulato*.

—¡*Diego el Mulato!* —exclamó la azorada multitud, y en aquel momento un estupor general cundió rápidamente—. ¡*Diego el Mulato!* ¡Santo Dios! ha sonado ya para nosotros la hora final: ¿quién resiste a *Diego el Mulato?*, ¿qué puede embotar el filo de su espada?, ¿quién contiene su brazo exterminador?, ¿qué mitigará su insaciable sed de venganza y de sangre?

Tan intrépido, cual era el capitán Galván, no dejó de turbarse con la noticia que trajo el vigía de la Eminencia. Conocía perfectamente a *Diego el Mulato* de quien era padrino, y sabía que era capaz de todo para vengarse de cierto insulto recibido en la villa. Su nombre tenía una horrible celebridad, una fama de sangre. Como el *Han de Islanda* de Víctor Hugo, *Diego el Mulato* había comido la carne de un indio de Río Lagartos, y bebida el agua salobre de una ciénega. Muchos años de piratería en las costas de Yucatán, lo habían hecho temible a estos pacíficos habitantes, y su nombre era bastante para petrificarlos de espanto. Sin embargo, era de la mayor importancia el proceder a serios preparativos; y al efecto, el capitán Galván dirigió una arenga a los vecinos para excitar su patriotismo y lealtad, haciéndoles ver que no había que temer a ningún enemigo, siempre que se afrontase con valor y resolución a sus tentativas; y que el nombre yucateco, el honor campechano estaban directamente interesados en el éxito de aquella jornada.

El vigía de *Lerma* llegó pocos momentos después, y confirmó cuanto dijo el primero. *Diego el Mulato* en una lancha se había aproximado a la costa, desembarcado con una partida a sotavento de San Román, donde hoy está el castillo de San Luis, e internado por la espesura. Era seguro que en aquellos momentos estaba en

tierra, y tal vez dentro de la villa o sus arrabales, porque aún no se había reembarcado al ocultarse el sol. Esto acabó de alarmar a los vecinos, y ya no tuvieron resolución para poner sus haciendas en cobro, y alejar de aquel teatro a sus familias, hasta que llegase el socorro que se había pedido a la ciudad de Mérida en donde residía el gobernador. Como para esto era natural que transcurriese algún intervalo considerable de tiempo, y el riesgo era inminente, se resignaron a toda contingencia, pues ya se creían cercados por los enemigos. Cuando a las tres de la mañana del día siguiente, el cacique de *Sambulá* dio parte del saqueo que habían hecho en su pueblo los *filibusteros*, ya la villa estaba en actitud de defensa, aunque no contaba sino con doscientos sesenta y tres hombres, pues los indios se retiraron a los montes inmediatos.

Víctima del bárbaro furor de aquel filibustero detestable había sido en el año pasado don Valerio Mantilla, encomendero de Champotón. *Diego el Mulato* sorprendió aquel pueblo, y pasó a cuchillo a los que no tuvieron lugar de escapar anticipadamente de su furor. Mantilla fue del número de estos desgraciados. Su familia estaba en Campeche, y aunque no conocía personalmente al pirata, nuestros lectores deben figurarse la impresión que su desembarco causaría en el lacerado corazón de la viuda e hijos del buen caballero. Conchita, la linda e inocente Conchita, sobre todo, ídolo y encanto de su difunto padre, delicia de toda la familia y bello ornamento de la villa, era la que más sufría en aquel amargo trance. Suelta la rubia cabellera, con los ojos hinchados de tanto llorar, pintado el terror en todas sus delicadas facciones, y con traje de luto salió en la mañana del día 12 de agosto, para ir a la parroquia, distante de su casa sólo el ancho de la calle. Allí arrodillada sobre la tumba de su padre, al pie del altar de ánimas, lanzaba ahogados sollozos pidiendo al cielo... ¡Santo Dios! súbitamente oye tocar a rebato; las cornetas, trompas y añafles dan la señal de la proximidad del enemigo. Trémula, escucha la voz del capitán Galván, que manda a hacer fuego...

¡Poumb! Un tiro de artillería venido del mar... las balas se cruzan... el tiroteo se generaliza... Conchita cae sin sentido des-

mayada en el templo, sin un solo testigo, sin una sola mano que la socorriese.

Atacan con furor los enemigos la trinchera de San Román: los botes y las lanchas protegen sus operaciones hostiles. Se acercan una vez... otra aun... y el capitán Galván cae atravesado por una bala de mosquete al salir a contener a aquellos forajidos. Sin embargo, los valientes campechanos sostienen con honor su puesto; pero se reúnen en aquel solo sitio, mientras que nuestros enemigos haciendo un fuego vivo por la mar y la playa, destacan diversas partidas y se apoderan de varios puntos de la villa. Todo es ya confusión y desorden. La superioridad exorbitante de los invasores, hace desaparecer todo obstáculo a su empresa. Los campechanos en la dura alternativa de morir o rendirse a discreción, no encuentran otro medio que el de refugiarse en el convento de San Francisco. Emprenden precipitadamente la retirada, las mujeres y los niños, los ancianos e impedidos, se ven en el mayor peligro. Todo es luto y horror; no se oye ya la voz de los que mandan, y cada uno procura evitar aquel conflicto, como se lo permiten sus agotadas fuerzas...

Cuando Conchita volvió de su largo y profundo desmayo, dirigió en torno sus azorados ojos buscando a alguien; y sólo escucha un lejano ruido: es un himno a Baco, lo que ha podido percibir, es el canto de los extranjeros que celebran su triunfo horrible en medio de una orgía. Reúne sus ideas. ¡Dios mío! ¡Qué recuerdos...! Hace un esfuerzo para alejarse de aquel lugar solitario, todo está sumergido en espesas tinieblas: son las once de la noche y se encuentra abandonada de todos. La puerta sin embargo está entreabierta y sale azorada, petrificada de espanto... encuentra un bulto en el atrio arrojado por el suelo... es el cadáver del capitán Galván... otro en la calle... es el del capitán Losada... otro el del capitán Pita, otro más ¡ay! ¡qué sangriento espectáculo! ¡y su madre y hermanos? ¡Nada! Su casa está desierta y en el mayor desorden... Conoce lo crítico de su posición y vuelve horrorizada de nuevo a la parroquia con el fin de ocultarse en lo más recóndito. Una persona embozada seguía de hito en hito todos sus movimientos; pero ella aún no la había observado;

se encamina... entra en la capilla del sagrario en donde arde todavía una lámpara que apenas despide trémula y pálida luz, que da a los objetos aspecto terrible. El afligido corazón de la niña late con violencia... va a exhalar tal vez el último aliento, según está agitada. En esto el incógnito se coloca entre ella y la lámpara... una sombra gigantesca se dibuja sobre el altar...

—¡Ay! —gritó arrebatada de pavor y espanto—. ¡Por piedad, socorredme... libradme de *Diego el Mulato!*

Sus ojos se cerraron, sus miembros quedaron en inacción y se adormecieron sus potencias.

Al posesionarse de la villa los filibusteros, se distribuyeron por toda ella, para satisfacer su desenfadada codicia y su brutal lascivia. Diez de ellos entraron en la parroquia y robaron cuanto se les vino a las manos, sin respetar lo más santo y digno de veneración. Retirábanse ya de aquel lugar sagrado cuando:

—¡Presa! —exclamó uno de los bárbaros... y todos se acercaron en rededor de un ángel difunto... apenas daba Conchita señal de vida.

—¡Atrás miserables! —gritó entonces una voz estentórea.

El sitio quedó en un momento despejado.

El filibustero recién venido, principal entre ellos sin duda, cruzó los brazos, fijó sus brillantes ojos sobre Conchita... y lanzó un profundo suspiro. Un temor respetuoso lo contiene... dos gruesas lágrimas ruedan sobre las tostadas mejillas del pirata... siente en su alma desusada compasión... se acerca... se apoya en un altar y con admiración estúpida a guisa de estatua, queda inmóvil en aquel sitio. Al recobrar Conchita el uso de sus facultades, el filibustero ha seguido sus movimientos; y es el mismo que la recibe en sus brazos, en la capilla de sagrario.

II

El pescador

Un poco apartado de la villa, en la playa de San Román vivía un hombre misterioso, un hombre desconocido de todo el mundo, sin embargo de presentarse con harta frecuencia en el mercado,

para vender el fruto de su industria. Una choza miserable cubierta de viejas y mal entretejidas palmas, meciéndose constantemente al impulso de la brisa le servía de albergue. Dentro de ella, sólo se ofrecía a la vista una red y los instrumentos de pesca, un fogón de hierro, dos cazuelas de barro, un frasco, dos trabucos y una mala hamaca de esparto. Tendría entonces nuestro hombre cincuenta y ocho años: era fornido y robusto; su frente y mejillas arrugadas; los ojos de un verde opaco sobre fondo encarnado; calvo, y su tez de un color cetrino. Algunos decían que era italiano, otros portugués, y algunos lo hacían pasar por holandés. Lo cierto, nadie lo sabía acaso. Allá por el año de 1625 se había presentado en el país, y desde entonces vivía tranquilo sin hacer mal. No se entretenía en otra cosa que en pescar, mascar tabaco, comer, dormir la mayor parte del día, y velar de noche. No tenía relaciones con persona alguna de la villa, pues su habitación, su figura, sus maneras y carácter lo hacían absolutamente incommunicativo. La gente del pueblo lo llamaba el *Pescador Brujo*, sin más motivo que su aislamiento.

En la noche de aquel ominoso día en que los filibusteros tomaron a Campeche, haciendo una horrible matanza, y cometiendo todo linaje de excesos, nuestro pescador de la playa con una pequeña y mezquina linterna, caminaba a tientas por la ribera del mar con la mira de socorrer a algún desgraciado herido, que hubiese caído entre los muertos, que por parte de los invasores sucumbieron en la refriega. Era ya muy avanzada la hora, cuando una señal para él muy conocida, un grito ahogado, semejante al graznido del cuervo, detuvo la linterna, que como un triste fuego fatuo vagaba por aquellos lugares solitarios: se repite la señal, y la débil luz desaparece. La lobrete es ya espantosa en aquel momento crítico.

El pescador y otra persona se encontraron a pocos pasos.

— ¡Tanto tiempo! —exclamó el primero.

—Nada, padre mío; luego hablaremos; no gastemos estos preciosos momentos en vano. Ayudadme a socorrer a esta infortunada criatura; y diciendo esto el recién venido, hacía un esfuerzo para sostener su preciosa carga.

—¡Cómo!, aún más crímenes, monstruo, hijo digno de un padre infame; pero ¡desgraciado! aparta, lejos de aquí; yo no puedo prestarme por más tiempo a tus iniquidades ¡bárbaro!, ¡aún más crímenes!

—¡Por piedad, padre mío! esta niña, esta pura e inocente niña necesita de nuestros socorros. ¡Criminal me llamáis! ¡ah! no, os lo juro; no es el crimen el que me guía; es ¿qué sé yo...? es un casto, noble y piadoso sentimiento... ¡es ella tan linda, tan tierna! Venid, venid... y caminaban ambos para la choza.

Llegados a ella, el pescador con aire de desconfianza y murmurando algunas palabras aisladas, hizo lumbre. El filibustero se quitó desde luego el capote y colocó sobre él a la angelical e inocente Conchita. Reinaba en el rostro de la niña una palidez intensa; no podían contemplarse sin emoción, sin un sentimiento profundo de ternura y dolor, aquellas mejillas descoloridas, aquella fisonomía lánguida, melancólica e inmóvil. Sus rubios cabellos estaban esparcidos en desorden; sus ojos cerrados; de su frente corría un copioso sudor helado, y sus frías manos estaban cruzadas sobre su pecho que apenas latía con una corta y difícil respiración.

—Ved aquí —dijo el pirata—, la imagen del dolor.

—No es sino la de la muerte —contestó el pescador con voz ronca y quebrada.

Un silencio sepulcral y sombrío siguió después de estas ominosas palabras.

—¡La muerte! —repitió el filibustero, pasado un largo intervalo—, ¿y por qué había de morir esta divina, esta cándida y purísima paloma? Si su vida, como la nuestra, padre mío, hubiera sido un tejido de crímenes espantosos, un encadenamiento de atrocidades inauditas, suerte semejante no me conmoviera. Pero siendo tan joven, tan pura e inocente, tan tierna, tan linda, tan interesante, tan hechicera, ¡ah! esto sería horrible; yo creería por fin en esa *fatalidad*, que aún me hiela; en ese *destino* que vos decís preside la suerte y carrera del hombre en la tierra.

—Sin embargo —replicó el pescador—, ese *destino*, esa *fatalidad* la arrastraría a la muerte. ¡Dudas aún...!

—Sí, padre mío, dudo: vos mismo me habéis dado motivo. ¡Aún más crímenes!, exclamasteis horrorizado como reprobando y echándome en cara una acción, que si hubiera sido inicua, no estaba en mis manos evitar. Vos me habéis dado el ser en el crimen: nací en el crimen; arrancasteis la vida de mi madre, sin más motivo que por ser de distinto color al vuestro; he allí un nuevo crimen. Vos me instruisteis y educasteis en el crimen. Vos me habéis inclinado al robo, al asesinato y a la piratería. Vos habéis hecho desarrollar en mí el germen de todos los delitos y las iniquidades. Cuando alguna vez arrebatado, horrorizado de vuestras atrocidades y las mías, quería huir de vos, alejarme para siempre de una vida tan impía, ¡necio! —me decíais—, ¿a dónde, a dónde te dirigirías que el crimen no te persiguiese? El *destino*, la *fatalidad* con su pesada mano de hierro te detiene, te arrastra y te sume en un insondable abismo. ¡Huir! ¿Qué es huir de la influencia del destino? y nuevos asesinatos, nuevos incendios, más sangre y más devastaciones eran el inmediato resultado de vuestras infernales palabras, de vuestras fatídicas sentencias. ¿Qué podéis pues reprobarnos en mi conducta? La *fatalidad* ha sembrado mi carrera de los vicios más espantosos; la *fatalidad*, si vos lo queréis, será la que me haya inspirado hoy un noble y virtuoso sentimiento. Yo amo, amo padre mío, a esta hermosísima criatura.

—¡Ved aquí un nuevo y más horrendo crimen! —dijo entre dientes el pescador de la playa.

Conchita en este momento lanzó un suspiro, y gradualmente fue recobrando el uso de los sentidos. Ya era el día bastante claro, cuando entreabrió los ojos para reconocer el sitio en que se hallaba. Cerca de ella ve en pie a un hombre de gallarda presencia. Su ademán era el de una persona afligida, y todas sus proporciones y los rasgos de su fisonomía inspiraban el más vivo interés. Su frente era ancha y espaciosa: la nariz aguileña; su boca bien proporcionada, aunque el labio inferior algo abultado, y el superior cubierto de un ligero bozo, luengos rizos de pelo castaño caían sobre su nacarado cuello, sus mejillas encendidas como grana,

por la influencia del sol de los trópicos; y sobre todo sus ojos tenían un brillo indefinible, fascinador e insinuante, un brillo divino o acaso infernal; era un brillo irresistible. Su traje constaba de una chaqueta de terciopelo encarnado, algo usada y raída, pantalón de una lana oscura y gruesas botas de suela curtida. Pendía un pequeño aro de plata de su oreja izquierda, y una gorra azul de seda le cubría la cabeza. Cuando Conchita reparó en él, estaba apoyado sobre el fogón, con una mano en la mejilla, y contemplándola con interés, con ansiedad. Sus miradas se encontraron, ¡ay!, el mal ya estaba hecho. *Jamás los ojos del pirata se habían fijado inútilmente en los de una mujer; jamás habían dejado de inspirar amor, amor delirante y frenético. ¡Desventurada Conchita! ¿A dónde podrá huir?*

—¿Quién sois, señor?, ¡cuánto os debo!, ¿estamos lejos de ese monstruo infernal?, ¿qué es de mi familia?, ¿sabéis de ella?, ¿dónde estoy? Seguramente venís del cielo para librarme de esa fiera, de ese brutal y sanguinario pirata. Por compasión decidme ¿estamos lejos de *Diego el Mulato*?

—¡De *Diego el Mulato*! ¿Tanto horror inspira ese desgraciado?

—¡Ah! vos sois extranjero e ignoráis sin duda quién es *Diego el Mulato*: el asesino de mi padre.

—¡De vuestro padre!

—Ya lo has escuchado —dijo en voz baja el pescador, que contemplaba tranquilamente desde un rincón de la choza esta patética escena.

—Y ¿en dónde —preguntó el pirata—, en dónde asesinó *Diego el Mulato* a vuestro padre, señorita?

—¡Ah!, en Champotón.

—¿En el mes de noviembre del año anterior?

—Precisamente.

—¿Serías acaso la hija de don Valerio Mantilla?

—¡Cómo!, ¿vos conocíais a mi padre? ¡Qué felicidad! Vos seréis mi defensor, mi ángel tutelar...

—Sí lo seré —exclamó el pirata—, lo juro. Y desapareció de aquel sitio súbitamente.

III

El guardián

Cuando comenzó el ataque de la villa, la madre, hermanos y familia de Conchita se pusieron en movimiento para evitar el peligro. Y ¿la niña?, ¿qué es de la niña Conchita? Se la busca por todas partes de la casa, por las de los vecinos, y Conchita no parece. En tan apuradas circunstancias, se sabe la muerte del capitán Galván; los de la villa en desorden, se dirigen al convento de San Francisco, y llega la hora crítica. El dolor de la señora de Mantilla no conoce límites, y casi había adoptado la resolución de perecer más bien dentro de la plaza que escaparse sin su hija, cuando se dijo que Conchita había salido de casa, y que probablemente se había refugiado en el mismo convento de San Francisco. Así lo cree la señora, se dirige entre la multitud, llega y nadie da razón de su hija. Sin embargo, era imposible retroceder, porque en el barrio de Guadalupe estaban ya acampados los *filibusteros* y era bien sabida la especie de que al anciano capitán Lozada lo habían asesinado fríamente. La amargura de aquella afligida madre, sólo puede concebirse: no es posible expresarla.

El guardián del convento prodigó mil consuelos a sus conternados huéspedes, y guiado por un santo celo, por su caridad evangélica ofreció a la buena señora salir al día siguiente en solicitud de la niña. “Conozco a *Diego el Mulato* y a su padre —dijo para sí—, y espero conseguir mucho.” En efecto, a la mañana siguiente, salvando los pasos difíciles, y haciendo un gran rodeo por el barrio de Santa Ana para evitar cualquier mal suceso, se dirigió a San Román, faldeando la Eminencia. Al llegar a una encrucijada, próxima a la choza del *Pescador Brujo*, fray Juan Benavente (que así se llamaba el guardián), dio de cara con *Diego el Mulato*. El pirata se acercó con respeto, besó la mano del religioso, y habló con él unas cuantas palabras misteriosas.

—¿Será posible! —exclamó el guardián, y se dirigieron ambos a la choza.

—Pero, ¡por Dios! —dijo al entrar *Diego el Mulato*—, en recompensa de una acción semejante sólo exijo un rígido secreto acerca de esta ocurrencia. Mi nombre sobre todo ¿lo oye vuestra paternidad bien? mi nombre sobre todo sea un profundo misterio.

—Así lo prometo —dijo el fraile, y saludó al pescador.

Conchita iba ya a partir... ¡ay! un venablo se ha clavado en su corazón...

—¡Algún día, angelical criatura, algún día me veréis otra vez! —dijo el pirata en voz tan baja, que sólo Conchita pudo percibir—. Se miraron ¡ah qué mirada! Jamás los ojos de *Diego el Mulato* se habían fijado inútilmente en los de una mujer: jamás habían dejado de inspirar amor, amor delirante y frenético. ¡Desventurada Conchita! ¿A dónde, a dónde podrá huir?

SEGUNDA PARTE

I

La revelación

La ardiente imaginación de la niña estaba herida en lo más vivo. Ya se había restablecido la tranquilidad en la villa con la retirada de los *filibusteros*; pero Conchita había perdido la de su inocente y apacible corazón. El espíritu de los campechanos se había reanimado; el de Conchita estaba triste y abatido. Todos disfrutaban de las dulzuras que ofrece una pacífica sociedad; sólo Conchita experimenta en su alma la amargura más profunda, la amargura que produce la ausencia de un objeto querido. Por todas partes la perseguía el recuerdo de su aventura en la choza del pescador; en todos sus pensamientos se mezclaba la imagen de aquel extranjero, que la había libertado generosamente de *Diego el Mulato*. Sentía abrazarse de un fuego vehemente, de aquel fuego devorador, que encendieron las miradas del desconocido. Una sola idea la ocupaba, la vuelta de su libertador; un solo sentimiento la agitaba; el amor que le inspiraron los hechiceros ojos de aquel hombre.

Cuando el guardián, de vuelta del convento, entregó la niña en manos de la afligida madre, explicó la aventura de un modo muy natural, para que pudiera dudarse de su relación. Conchita a los primeros fuegos que hicieron las baterías, había caído desmayada en la parroquia; un extranjero la vio casualmente, la separó de aquel sitio y la recomendó al cuidado de un anciano respetable. La buena señora observaba sin embargo, que desde aquel día funesto, el carácter de su hija había tomado un aspecto melancólico: suspiraba la niña involuntariamente; la música que tenía para ella tanto encanto, participaba al parecer de sus afecciones; la vihuela en sus manos, sólo producía una lánguida, aunque tierna y patética melodía. Frecuentemente lloraba... tenía sueños funestos... ¡pura y angelical criatura! Pasaron los días venturosos... muy pronto ha sido borrado su nombre del libro de la felicidad.

¿Por qué ocultarse? ¿Por qué huir de mí? ¿Por qué esquivar el reconocimiento de toda mi familia? ¡Ay! ¿Por qué no corresponder a mis tiernos y profundos sentimientos, a mi amor vehemente? —exclamaba a menudo en sus soliloquios, la inconsolable niña—. Transcurrían los días, los meses y... ¡los años! El generoso desconocido aún no se presenta; aún no viene a cumplir su solemne promesa de volver a verla. ¡Ingrato! ha olvidado sin duda que Conchita lo ama; que sin él, no puede ser feliz, que sus miradas han dejado caer gota a gota en lo más íntimo del apasionado corazón de aquel ángel de candor y pureza, un letal veneno, una ponzoña mortífera que circula con violencia por sus venas, y que va gradualmente destruyendo el principio de la vida. Habrá marchado lejos de su víctima: aquellos primeros impulsos de amor, serían pasajeros; sus emociones, fugaces; acaso otra mujer más venturosa poseerá su corazón y experimentará el inefable deleite de ser amada.

El mundo, la sociedad, los placeres ¿qué eran para Conchita? un tormento insufrible. Las caricias de su afligida madre, el benévolo afecto de sus parientes y amigos, sólo le inspiraban a veces tristeza, fastidio y displicencia, a veces. Era ya taciturna,

reservada y melancólica. La vehemencia de su pasión influía profundamente en su carácter y modo de vivir. Era preciso pensar seriamente en la extirpación de aquel principio destructor.

La señora de Mantilla, para quienes los motivos de la situación presente de su hija eran un misterio, concibió el proyecto de unirla con un primo suyo, joven apreciable, bien recibido en la sociedad por sus finos modales, brillante educación, porte elegante, y atractivos de su figura. Don Fernando García Gutiérrez amaba con entusiasmo a su prima; por todas partes la seguía y no malograba ocasión de manifestarle el tierno y dulce cariño que le profesaba. Constantemente dedicado a obsequiarla, le facilitaba distracciones, la hacía salir a paseo, tocaba dulcemente el salterio para acompañarla, formaba bailes caseros, atraía a sus amigos a la tertulia de su tía y hacía finalmente cuanto era posible para dulcificar las amarguras de Conchita que le hacían padecer tanto como a ella. Ignorante sin embargo de la causa oculta de los pesares de su prima, concibió a la vez, el mismo proyecto que su tía. He aquí que las dos personas que más amaban a Conchita y se interesaban en su suerte, se ponían de acuerdo para alejar de ella toda esperanza de felicidad y ventura.

—¡Hija mía querida! —le dijo una vez su madre—, yo sufro tanto como tú misma, y acaso más al considerar el estado de tristeza en que te veo y el abatimiento que te agobia. Yo moriría de pena, sucumbiría a mi dolor, si no hallase un medio de hacerte feliz y venturosa. Tienes razón, hija mía, la timidez, la inocencia te han de haber hecho padecer mucho en aquel ominoso día, en que los *filibusteros* tomaron la villa, pero ya ha transcurrido mucho tiempo, y es preciso hacer un esfuerzo. Tú, que has nacido para delicia y contento de tu afligida madre, para el honor de tu casa y familia ¿habías de rehusarme un consuelo? No, no quiero creerlo. Tu primo don Fernando te ama con pasión... él posee las más brillantes cualidades, ofrece unir tu suerte a la suya, y quiere ser tu esposo. ¡Qué felicidad, se te prepara, hija mía! Sólo deseo oír de tu boca que sientes en este enlace, la misma satisfacción que tu madre.

Un rayo desprendido impetuosa y súbitamente de las nubes electrizadas, y que destruyendo vorazmente cuantos obstáculos encontrase en su rápida carrera, hubiese caído a los pies de Conchita, no le causara tanto horror y espanto, como la extraña proposición de su madre. En ese inesperado momento se corría el telón, que ocultaba hasta allí a su vista, un horrible escenario, escenas pavorosas que la petrificaron, deteniendo en sus venas el curso de la sangre. Entonces conoció lo crítico de su posición, el lastimoso estado de su espíritu; y entrevió un porvenir funesto. Hasta entonces, no se le había ocurrido, el que llegase un caso como el presente y, entregada del todo a sus pensamientos, consagrada exclusivamente a su amante desconocido, sólo vivía por él y para él; jamás la idea de darle un rival se había presentado a su corazón, pues que habría creído ofender al único objeto que amaba, que adoraba con entusiasmo exaltado.

—¡Ah, madre mía! —exclamó—, no... no puede ser... es imposible. Yo estimo, aprecio finamente a mi primo don Fernando. Más todavía; agradezco con toda mi alma la señalada distinción que hace de mí y la oferta de su mano, pero yo no puedo ser su esposa... esto es absolutamente imposible.

Atónita la señora de Mantilla y horrorizada, enmudece al escuchar la respuesta de su hija; anegada en lágrimas se retira de aquel sitio, y va a encerrarse en su estancia, sumergida en un piélago de penas, conjeturas y extraños pensamientos.

Conchita sin embargo, conoció desde luego la imprudencia de su conducta, y se arrepintió de ella; pero era ya tarde, su secreto había dejado de serlo, y abandonándose a una pasión como la suya, a una pasión casi delirante, había herido el corazón de su buena madre, y hecho su situación más comprometida. ¿Cómo en efecto revelar con todas sus circunstancias aquel misterio, que debía sepultar en lo más recóndito de su corazón? ¿Cómo justificarse a los ojos de su familia, de una pasión tan extravagante? ¿Qué seguridad tenía para creer que fuese amada? Al contrario, la prolongada ausencia de aquel extranjero ¿no le estaba probando que le era una mujer indiferente? y sobre todo ¿quién era este

extranjero desconocido?, ¿cuál su patria y familia?, ¿cuáles sus medios y relaciones?, ¿y si era casado?, ¿y si no era digno de ella?

Entregada Conchita a su sola esperanza, a la cual se oponían todas las probabilidades, jamás había fijado su consideración sobre todos estos particulares; nunca había creído que fuese necesario pensar seriamente en el asunto. Sin mundo, tan joven, sin ninguna experiencia, no meditaba sino el caro objeto de su idolatría. Alguna vez no obstante, se preguntaba a sí misma ¿por qué le faltaría valor para explicarse con una madre que tanto la amaba? Hay seguramente en este amor, decía entonces, alguna cosa de horrible, alguna cosa irregular, pues que siento tanta repugnancia en manifestarlo. ¿Estaré en el camino de la perdición? ¡Santo Dios! —exclamaba— y volvía a sus recuerdos con una impetuosidad más fuerte y exaltada.

La discreta señora guardó un profundo silencio sobre la ocurrencia, contentándose con aconsejar a su hija, y llevarla por el buen sendero. Permitió a don Fernando que continuase obsequiando a la niña, prohibiéndole no obstante que le hablase de matrimonio, porque aún no lo consideraba conveniente, juzgando mejor diferirlo para más adelante. Costó mucho al apasionado primo obedecer los preceptos de la señora de Mantilla. Pero respetando sus motivos, sólo se dedicó a merecer el cariño de Conchita.

II

El beodo

Pero estaba escrito en las inalterables páginas del libro eterno de los destinos, que Conchita, nacida al parecer para la felicidad, sería sin embargo víctima de los más crudos pesares. A cada paso la esperaba un conflicto. Después de algún tiempo, entrevió don Fernando que su prima estaba agitada de una pasión... pasión amorosa sin duda. Pero en vano hacía esfuerzos por inspirarle confianza a fin de que se descubriese con él; en vano observaba y meditaba profundamente sobre su conducta extraña; en vano hacía investigaciones y diligencias... ¡Nada! Todo estaba envuelto

en el misterio. Conocía a los de la villa... eran sus amigos... lo felicitaban por su próximo enlace... todos al parecer participaban de una satisfacción, que él sin embargo, veía muy lejos. ¿Quién era pues su rival? ¿En dónde habitaba este mortal venturoso, que así le robaba el corazón de su prima...? Conchita ama; no hay duda... y ¿su amante...? ¡Su amante! no vive seguramente en la villa; pues que no hubiera podido sustraerse de las pesquisas del enamorado joven. Era preciso buscarlo en otra parte. Así lo juró don Fernando.

Una tarde, en que estaban los dos primos entregados a la lectura de una de las obras recién publicadas de Cervantes sintieron una algazara y gritería de muchachos en la calle. Era muy natural salir al balcón, para imponerse de la causa de aquel alboroto. Un pobre hombre inofensivo venía a pasos lentos, pero irregulares, agobiado por la grito de aquella turba. Costó mucho trabajo a don Fernando y otras personas, el calmar la tormenta.

—¡Señor, es un *Brujo*, es el *Pescador Brujo*... —decían los muchachos.

—No, hijos míos, es un infeliz, un beodo —replica don Fernando.

El pescador fue abandonado.

Durante esta ligera escena, Conchita tenía fijos los ojos sobre aquel hombre que le parecía haber visto en otra parte. Conforme fue aproximándose crecía la emoción de la niña... Don Fernando estaba ya otra vez a su lado, cuando el beodo se echó boca arriba en el pretil del atrio de la parroquia, en frente de Conchita, que estaba turbada y conmovida sin saber la causa. Pocos momentos después, el pescador con voz grave entonó una canción, aunque sencilla, tierna y patética. Al fin de la tercera estrofa subió el tono y con pausado canto, dijo:

*Algún día, angelical criatura,
algún día me veréis otra vez.*

—Sí —gritó Conchita—; *he allí su solemne promesa; vos estabais presente...* —y cayó desmayada en los brazos de su familia.

Don Fernando sin perder tiempo bajó precipitadamente a detener a aquel hombre terrible, a aquel hombre cuyo canto produjera tan extraordinario efecto. ¡Diligencia vana! El pescador había desaparecido.

—*¡He allí su solemne promesa... vos estabais presente!* —repetía don Fernando agobiado por la atormentadora pasión de los celos.

—Sí, no hay duda —exclamaba—; Conchita ama a un hombre que ha prometido volver a verla, que ha herido su corazón... y ese viejo ha presenciado la escena... ha sido testigo de mi desgracia. *¡Angelical criatura!* ¡Ah! sí, Conchita es un ángel, es un ser divino, pero ama... ¿a quién...? Eso es desesperante.

Vuela don Fernando a su casa, toma uno de sus mejores caballos; sin avisar a ninguno de su familia, sin despedirse de su tía, sale presuroso para el camino de Hampolol. Un pensamiento, un recuerdo se le ha presentado de repente. El día que los *filibusteros* tomaron la villa y la dieron saco, Conchita cayó desmayada en la parroquia... sí... un extranjero la vio por casualidad, la separó de aquel sitio y la recomendó al cuidado de un anciano respetable. ¡Santo Dios! todo lo ha descubierto. Conchita desde aquel día terrible está abatida y triste... no hay duda... el *extranjero* es su amante, es el que ofreció volver a verla; el anciano respetable... es el miserable beodo, que con su canto infernal ha hecho tan profunda impresión en el alma tierna de su prima.

Fray Juan Benavente era en aquel año definidor en su religión, y, por su oficio, tenía obligación de morar en el convento grande de la ciudad de Mérida. Una noche, poco después del toque de las oraciones, se presentó en la portería un hombre embozado, manifestando deseos de hablar inmediatamente al padre definidor. Fue introducido desde luego en su celda, y quedando los dos a solas, el recién venido se quitó una careta...

—¡He! ¿tú aquí? —exclamó entre colérico y azorado el buen religioso.

—Sí reverendo, y sólo vuestra paternidad tiene el privilegio de hablarme de esta manera.

—He venido exclusivamente a exigir de vuestra paternidad el cumplimiento de una solemne promesa.

—No tenías necesidad de recordarme una obligación, que contraje... a decir verdad, con alguna imprudencia.

—Diego, o *el Mulato* como me llaman cobardemente esos mandrias que no pueden mirarme cara a cara, se fía mucho de la promesa del padre Benavente. No tiene más que decir.

—Dios te ayude —dijo el religioso echando su bendición al pirata, que salía de la celda, cuando a su vez entraba sin aliento don Fernando García Gutiérrez, que aun llegaba de Campeche.

—¡Padre mío! —dijo don Fernando arrojándose a los brazos del religioso—, yo amo... adoro a Conchita... ella ama... adora a otro. ¿Quién es éste, por piedad? Aquel extranjero que la alejó de la parroquia, que la encargó a un anciano, ¿quién es? ¿En dónde está? Quiero verlo, quiero conocer a este rival aborrecible... a este ser misterioso que me ha hecho desgraciado. ¿Cómo se llama? Vos lo sabéis, padre mío... Estoy desesperado, delirante mientras no me deis una respuesta satisfactoria. ¡Ah! ¡si pudiera verlo! Yo lo conocería a primera vista al escuchar su voz...

Entretanto que el religioso, en medio de aquel conflicto, hacía esfuerzos para tranquilizar a don Fernando, *Diego el Mulato* entró por segunda vez en la celda, y besó con respeto la mano del padre, extendiendo la suya con expresivo saludo de despedida a don Fernando.

—¡Tu rival, hijo mío! —dijo el padre Benavente luego que se hubo tranquilizado un tanto el enamorado joven—, ¡tu rival! Me asombra con tus exclamaciones, con tus desconcertadas palabras. ¡Sería posible!

—Sí, padre mío, sí; Conchita ama con delirio a un desconocido, a un hombre envuelto en un disfraz, que aún no puedo arrancar, si vos no me ayudáis en tan importante empresa. Sólo vos conocéis sin duda alguna a ese hombre. Un pescador, el *Pescador Brujo* de la playa de San Román, fingiéndose ebrio ha

cantado ciertas palabras antier enfrente de la casa de mi tía. Conchita ha reconocido a aquel malvado, ha comprendido el sentido de la canción, y se ha desmayado. No hay remedio, el extranjero de que hablasteis, al traer a Conchita, es su amante; el pescador es el anciano a cuyo cuidado fue recomendada, y el testigo de esa promesa fatal, de ese juramento sacrílego de amor. ¡Por Dios, padre mío! ¿Cómo se llama ese extranjero? ¿Quién es? ¿En dónde está? —repetía a menudo el desdichado caballero.

El religioso hizo cuanto pudo para calmar la impetuosidad, la ardiente exaltación de su huésped.

Impaciente don Fernando por volver a Campeche y continuar sus pesquisas, venido el día se despidió de fray Juan Benavente, que no tuvo a bien hacer la explicación que se le pedía. Graves motivos tendría para no verificarlo.

III

El 14 de setiembre. Era el año de 1639

El vecindario de Campeche estaba haciendo sus preparativos para un día solemne, para el 14 de setiembre. Las señoritas arreglaban sus ricos vestidos de tafetán, chapeados de oro. Briosos caballos saldrán a lucir; su arrogancia será domada por bizarros jóvenes.

El melancólico don Fernando se presentó con un traje de luto; acompañaba a su prima en el santuario... Comienza la solemnidad; grupos de marineros entran y salen... Junto a un confesonario, cerca de Conchita, está en pie cierto personaje.

—¡Silencio! seríamos perdidos, si nos observasen.

Aún hablaba el desconocido cuando se aproximó don Fernando. Su prima estaba agitada.

—*¡Pura y angelical criatura, vuelvo a verte; pero no será la última vez... aún no puedo...!*

Todo lo ha comprendido Conchita... el vigilante primo ha descubierto por fin a su rival... ya no le cabe duda en el asunto. La niña estaba tan profundamente conmovida que necesitaba de

auxilio, y don Fernando vio salir al desconocido, sin poder seguirlo.

Mas luego que logró desembarazarse de aquel cuidado, se dirige precipitadamente a la choza del pescador de la playa... Un punto negro vagaba en el horizonte sobre las inquietas ondas... Eran *Diego el Mulato* y su padre, que se encaminaban en un bote hacia un navío, que los esperaba fuera del puerto.

TERCERA PARTE

I

El incendio

Dos hombres, el uno de avanzada edad, joven el otro, caminaban con lentos pasos por la playa de San Román el día mismo de la fiesta. El anciano, extendido el brazo, recorría el semicírculo del horizonte que forma el mar; parecía que hablaba de una materia importante, según la vehemencia de sus ademanes, y el interés con que fijaba la atención del joven. De repente lanza un grito de alegría, se convierte a la multitud que vaga aún en la plaza.

—Helo allí —exclama, y todos se prosternan con unción, dirigiendo sus plegarias al cielo.

Allá a lo lejos se distinguía un barco que a toda vela cruzaba sobre el puerto de Campeche.

El *Vengador*, bergantín de 12 cañones, que mandaba *Diego el Mulato*, recibió entonces los honores, que las gentes sencillas de aquel siglo creían tributar al barco que condujo al Señor de San Román a las felices playas de Campeche, y que según una tradición popular, se presentaba en frente del puerto cada día 14 de setiembre.

El bergantín que con tal alborozo era saludado, traía sin embargo el luto y la desolación para los pacíficos vecinos de la villa. *Diego el Mulato* en aquel fatal momento, que se le había de antemano designado, rompía el nema de una orden superior,

cuyo contenido ignoraba: sabía únicamente que debía abrirlo en aquel día, en aquella hora, y sobre aquella altura. El pliego encerraba varias instrucciones, que el pirata leyó para sí. El rostro encendido o pálido alternativamente. En actitud de un hombre que sufre en su interior la lucha de diversas pasiones que se disputan el imperio del corazón, *Diego el Mulato* caminaba de popa a proa con desconcertados e irregulares pasos. Frecuentemente fijaba sus penetrantes miradas sobre la inquieta llanura; a veces giraba en torno sus centellantes ojos, como para contar el número de hombres de que podía disponer en un lance crítico y comprometido; y a veces quedaba como en estado de profunda cavilación y abatimiento.

Apoyado junto al mástil de proa, cruzados los pies con aire de tranquila indiferencia sobre un gran rollo de guindaleza, se veía al *Pescador* envuelto en una chaqueta enorme color de grana, fumando su pipa y echando bocanadas de humo espeso. Contemplaba con admirable sangre fría cuanto pasaba en rededor suyo, y la agitación del pirata la observaba, casi con desprecio. *Diego el Mulato* debía tomar un partido definitivo...

—¿Querría mi padre escuchar a su hijo un momento, en parte en que su conversación no pueda ser oída? —preguntó el pirata al *Pescador*, deteniéndose de repente a su lado. Un rasgo de impaciencia o de indignación se observó en aquel momento sobre la fría y monótona fisonomía del anciano. Vacilara sin duda, pero el aire deprecativo del pirata y su acento respetuoso, le hicieron extender el brazo y apoyarse en el de su hijo. Un momento después estaban encerrados en la cámara del buque.

Diego el Mulato presentó a su padre el misterioso pliego, que el *Pescador* recorrió con la vista.

—Y bien —exclamó entonces—, ¿puede haber aquí una deliberación!

—Pero ¡y ella! padre mío.

—¡Ella! ella correrá la suerte de los demás, y si ya hubiere tocado la raya ominosa que la prefijó el destino, morirá sin duda como los otros. ¿Quién puede evitar el cumplimiento de los horribles

decretos del *hado funesto*? ¿Eres tú por ventura ¡débil y cobarde criatura! el que osaría contrarrestar su influencia? ¿No me he sometido yo mismo a sufrir sus rigores aun cuando me han venido por tu mano? ¿No me compeliste a ingerirme en los asuntos tuyos y de esa mujer? ¿No he perdido mi tranquilidad, abandonando mi choza y el albergue que había elegido para pasar los últimos años de mi vida agitada y violenta? Pues bien: muera si es preciso. Yo, hijo mío, la compadezco. ¡Es tan bella y tan interesante! ¡Te ama con tal vehemencia! Sin embargo ¿por qué hemos de perder toda esperanza...? Ella acaso podrá librarse.

—Sí —exclamó el pirata—, yo la salvaré; vigilaré en torno suyo, la seguiré con la vista a todas partes, me arrojaré en medio de los peligros y pereceré con ella, si esa *fatalidad* la ha condenado a morir. Ya lo veo todo; mi amor puede conciliarse bien con mis deberes. Incendiaré la villa y salvaré a Conchita. No hablemos más: oíd mis instrucciones, y obremos de acuerdo. *Diego el Mulato* y *Giovanni Strazza* (que así se llamaba el pescador) se engolfaron en una profunda discusión.

Conchita, de vuelta a su casa, había seriamente alarmado a su familia. Ya su pasión tocaba en delirio, y su primo don Fernando estaba entregado a los desesperantes extremos de la rabia y el dolor. Un desconocido, un extranjero, tal vez ¡un *filibustero!*, le ha arrebatado toda su esperanza, toda su ventura y felicidad. Lo ha visto, lo ha oído y ¡no ha podido hablarle! ¡No ha podido arrancarle el corazón, ni hacerle echar el alma entre borbotones de sangre! ¡Aún vive tan odioso rival!

—Madre mía —dijo en un arrebató de furor a la inconsolable señora de Mantilla—, juro en nombre de Dios vivo atravesar al pecho del villano infame que así ha venido a perturbar nuestro reposo y felicidad; y sabe el cielo que yo cumpliré mi solemne juramento, aunque para el efecto necesitara del auxilio de... del hombre más abominable y criminal, del mismo *Diego el Mulato*.

La madre de Conchita sólo contestaba con suspiros y sollozos, lo que redoblabá más el dolor del indignadísimo primo, que en

un momento de imprudencia había revelado la misteriosa entrevista de la iglesia.

Vino la noche. Poco a poco fueron disolviéndose los grupos de la plaza de San Román: los remeros emprenden su regreso a los pueblos; cesa el bullicio; las luces de las casas van gradualmente extinguiéndose; reina en la villa el más profundo y sombrío silencio, y todos los vecinos se han entregado tranquilamente en los brazos de Morfeo; sólo en casa de Conchita se velaba al lado suyo.

Son las once y media de la noche. En este fatal momento, las estrellas pierden su brillo y resplandor; una cerrazón negra ha sustituido al subido azul del cielo, y la villa con sus playas, con sus colinas, con sus barcos, con sus torres y miradores, parece sumergida en un negro y espantoso caos.

Dos lanchas se aproximan entonces con precaución a la playa de Campeche: una se dirige a barlovento y otra a sotavento de la villa...

Al sonar la media noche, reluce en la torre de la parroquia un brillo pasajero, como el que produciría un reverbero encendido y apagado al instante. Un fagonazo salido del mar acompañado de una grave detonación de artillería correspondió a la señal de la torre, acordada sin duda de antemano.

—¡A las armas! —gritó inmediatamente el arcabucero que hacía su cuarto de centinela en las casas reales—. ¡A las armas, a las armas, que el enemigo está enfrente de la villa!

Cinco minutos después una pequeña batería colocada a la lengua del mar, donde hoy está el baluarte de San Carlos, hacía un fuego vivísimo de bala, palanqueta y metralla, aunque la profunda obscuridad no permitía distinguir los objetos siendo por tanto incierta la puntería. Toda la villa se pone en movimiento: la consternación se ha difundido rápidamente, el pavor se ha apoderado de las almas pusilánimes porque recuerdan aún las trágicas y sangrientas escenas del 12 de agosto de 1633. Nadie se atreve a pronunciar el ominoso nombre de *Diego el Mulato* por temor de cerciorarse de una espantosa realidad: de su presencia en Campeche.

Todos se apiñan en un solo punto, y esperan el resultado de la jornada que se prepara. El teniente general, los alcaldes y capitanes a guerra están tomando sus medidas de defensa; pero sin embargo no pueden sistematizarla debidamente, porque el enemigo es desconocido, y no ha hecho sino un tiro desde el mar.

—¡Fuego, fuego... fuego...! —gritaron a un tiempo mil voces diferentes, y todos convierten en sus miradas al barrio de San Román de cuyo centro se eleva en aquel momento una espesa y enorme columna de humo negro. Nacer, crecer, elevarse hasta el firmamento, fijar su base en los abismos y quedar sembrada de rojas y devoradoras llamas, todo fue obra de tan pocos segundos, que antes de correr a impedir su rápida progresión, medio arrabal era ya presa de la impetuosa voracidad de aquel soberbio e indomable elemento.

¡Fuego...!, ¡fuego por San Francisco...! y ya el barrio de San Francisco presentaba el mismo espectáculo que el de San Román... ¡Fuego! ¡fuego por Guadalupe! ¡fuego por Santa Ana...! ¡Oh santo Dios!, ¿quién podrá explicar la angustia y dolor de los campechanos en aquella horrible noche?, ¿quién podrá pintar el cuadro espantoso que ofrecía la villa a las dos y media de la mañana...? El fuego se había propagado como fluido eléctrico, y la villa parecía sumergida en océano de llamas, de humo y de cenizas. Para que se hiciese más pavorosa aquella desesperada posición, apenas intentaron los vecinos fugarse por medio de barcos y canoas por la mar, cuando el *Vengador*, el terrible bajel pirata comenzó un fuego vivísimo y sostenido contra la villa, arrojando sobre ella frascos de azufre, bala roja y metralla. Todo es ya confusión en Campeche: sólo se oye el bramido del fuego, el ruido estrepitoso de los edificios que se desploman, el estallido del cañón enemigo, los lamentos, sollozos y plegarias de todos sin distinción. Ya esperan ver lucir la espada enemiga sobre sus cabezas, para sucumbir humildemente a sus primeros golpes. Nadie piensa ya en una inútil defensa, ni de las personas, ni de los edificios.

Diego el Mulato, como el ángel exterminador del misterioso libro del *Apocalipsis*, contemplaba aquella horrible a la vez que sublime y sorprendente escena de destrucción, desde la torre de la parroquia. Solo y alejado de los suyos, con los brazos cruzados sobre el pecho, sacado un pie para adelante, y medio apoyado el cuerpo sobre el otro, observaba con salvaje serenidad esta obra atroz de sus inicuas y sanguinarias manos. Un rasgo equívoco de placer, o de amarga ironía, brillaba en su fisonomía tan hermosa, como siniestra: su figura gallarda y aterradora ofrecería la imagen del arcángel maldito, bello y soberbio, cuando se preparaba a luchar, hasta contra Dios mismo. Aunque alguna vez requería la espada, y se afirmaba en el cinto sus puñales y pistolas, no manifestaba intención de hacer uso de estas armas.

Siendo tan viva como la luz del medio día, la que despedía el incendio general, nada de cuanto ocurría se escapaba de sus penetrantes miradas, que fijaba a menudo sobre la casa de la señora de Mantilla, en que encerraba el objeto caro de sus más puras ilusiones.

Las casas del centro estaban libres aún por la poca fuerza del viento de tierra que soplabá; muchas familias, entre ellas la de Conchita, habían adoptado el partido de permanecer dentro de sus casas, hasta que no hubiese otro recurso que salir de ellas, temiendo alguna emboscada de los enemigos; y además las balas y metrallas que arrojaba el buque pirata, eran un nuevo motivo para guardar esta posición bastante peligrosa. De repente, por la acción de una bala roja se enciende la casa del factor Pedro Zedeño, en que se conserva un considerable depósito de pólvora; y sin dar lugar para nada, vuela con espantosa explosión el edificio, y comunica el fuego con impetuosa voracidad a todas las casas inmediatas. Por patios, puertas y balcones se introduce en la de la señora de Mantilla, y antes que pudiese ser socorrida, ya estaba hecha presa de las llamas, a cuyo poder nada se resiste, todo desaparece y se convierte en pavesas.

Mientras más de cuatrocientas personas, a cuya cabeza se veía al impávido joven don Fernando García Gutiérrez, hacían vanos

e inútiles esfuerzos por penetrar en el interior de la casa y librar a la señora de Mantilla, a Conchita y a un hermanito suyo, únicas personas que no pudieron escaparse a la primera explosión, un extranjero se presenta, rompe por en medio de la multitud y sin detenerse en ningún peligro, penetra y se abalanza dejando sorprendidos a todos. Pocos momentos después trae en sus brazos a Conchita y al niño; y cuando al parecer ya era imposible salvar a la desventurada señora, hiende nuevamente la formidable barrera que le oponen las llamas y el humo y los escombros, y casi sofocado la saca indemne, aunque desmayada y sin sentido.

Madre e hijos yacen tendidos en una tarima de la parroquia, y allí les prodigan toda clase de auxilios. Pasados aquellos primeros momentos, don Fernando fija atentamente sus escudriñadoras miradas sobre *Diego el Mulato*. El pirata no tiene a bien sufrir semejante examen, y con tono brusco y altanero, manda a todos retirarse de aquel sitio.

—¡Vuestras casas son presa del fuego, vuestros intereses se pierden, vuestras familias perecen, y estáis como gallinas aquí! —exclamó con evidentes señales de cólera y furor.

—¿Y quién es —repuso don Fernando—, el insolente que así se atreve a insultarnos? ¿Quién...?

—Y en aquel momento el pirata llevó a sus labios un pequeño instrumento de marfil a modo de corneta, del cual salió un sonido agudísimo, que dejó aturridos a todos los circunstantes; y continuó:

—¿Preguntabais quién soy? ¿No me conocéis? Soy vuestro rival: soy *Diego el Mulato*... ¿Me conocéis ahora?

Y ya en sus manos relucía el acero.

II El rapto

Un grito de pavor y sorpresa lanzó la multitud al oír el abominable nombre de *Diego el Mulato*. Aterrados cuantos se hallaban reunidos en el atrio de la parroquia, salieron precipitadamente

por distintas direcciones, huyendo hasta de la sombra del pirata feroz, que con ojo duro y siniestro desafiaba a su rival. Don Fernando, petrificado de horror por aquel misterio que se le descubre por primera vez, queda por el momento en absoluta inacción. ¿Cómo? ¡Conchita, hija de tan nobles padres, la primera belleza de Campeche, la joya más preciosa de su familia, ama a *Diego el Mulato* de tan baja ralea, asesino de su padre, a un criminal antropófago, al hombre más feroz y brutal! ¿Desde cuándo han podido mezclarse los tigres con los corderos, las palomas con las serpientes? ¡La angelical Conchita se ha humillado de tal manera! ¡Se ha envilecido hasta el extremo de amar con tanto entusiasmo a *Diego el Mulato*, que por las costas de Yucatán ha dejado un rastro de sangre! ¡A *Diego el Mulato*...! ¡Santo Dios! He aquí un misterio espantoso.

—¡Tú mi rival, infame! ¡Tú el amante de Conchita! —gritó arrebatado de furor el noble caballero, apenas hubo vuelto en sí de la sorpresa que le causó el descaró y atrevimiento de su adversario, quien sin embargo acaba de descubrir una amarga verdad, una verdad que debiera quedar para siempre sepultada en el abismo—. ¡Tú mi rival, y aún no te he arrancado el alma! Defiéndete...

—¡Miserable! ¿Quieres pues morir...? —replicó el pirata—. ¡Pues bien... muere.

A los pocos segundos, la cabeza de don Fernando había rodado los ocho escalones del atrio de la parroquia.

Tarde llegó el capitán Rodríguez, que para libertar al infortunado joven había acudido al sitio del combate con trescientos hombres escogidos que acababan de jurar morir o vencer a los infames y forajidos invasores de la pacífica villa. Resueltos a vender caras sus vidas, se lanzaron sobre la plaza. Mas ¡qué horror! Las hermosas y seductoras facciones de don Fernando, cubiertas de polvo y sangre, se ofrecen a su vista. Acometen a la vez sobre el pirata, que se defiende como un león, dejando muertos o heridos a los que tiene más cerca. Ya sus fuerzas le iban abandonando, cuando vuelta en sí Conchita de su desmayo, se

sienta, dirige la vista en torno, y como ya había aclarado suficientemente el día, mira a su amante acometido por sus enemigos.

—Vuela a abrazarse con él y llena de indignación y de amor se dirige a los campechanos con un apóstrofe extraviado y delirante. Por no herirla, se interrumpe un momento el combate, de cuyo intervalo se aprovecha el capitán Rodríguez para mostrarle la cabeza y el tronco de su primo.

—¡Ay de mí! ¿Quién ha sido su asesino...? —pregunta la infeliz niña.

—*Diego el Mulato* —respondieron cien voces.

—¡Siempre *Diego el Mulato!* —y encarándose al pirata, le ruega anegada en lágrimas que vengue a su familia de *Diego el Mulato*, y vuelve a desmayarse profundamente, notándose sin embargo en sus mejillas ligero baño de carmín, y leve sonrisa en sus labios; síntomas todos de una fiebre que va a hacerla delirar más, que va a entregarla impunemente en los brazos de su amante feroz.

Pasaba aún esta escena, cuando se presentan en la plaza ciento cincuenta *filibusteros*, que habían acudido a la señal hecha por su caudillo. En medio del incendio, de la muerte y de la devastación se traba una feroz y obstinada lucha. La desesperación ha sacado a los campechanos de su anterior abatimiento, y en aquel día horrible hacen prodigios de valor contra sus enemigos. Serían las nueve de la mañana del día 15 de setiembre, cuando empezó a soplar un norte deshecho acompañado de una lluvia fuerte y copiosa: el fuego va ya a extinguirse... y este accidente da nuevos bríos a los de la villa... Los *filibusteros* toman la defensiva encerrándose en la parroquia. Allí son atacados con furor, y *Diego el Mulato* conoce entonces que no hay esperanza de salvarse sino haciendo un costoso sacrificio: el resultado no era seguro; pero no quedaba otro arbitrio. Sale repentinamente, llevando en sus brazos a Conchita; manda hacer una carga al arma blanca y comienza a batirse en retirada. Llega por fin al embarcadero; se mete en las lanchas con cincuenta y dos hombres que le quedan, y para desprenderse de la playa consume sus esfuerzos, su gente y mucho tiempo. Se hace a la vela... se lleva a Conchita en presen-

cia de los campechanos; lucha el pirata contra los elementos, contra el furor de sus enemigos, contra sus sentimientos mismos... se va alejando del puerto pero el mar se ensoberbece, el viento brama con furia... Parece imposible perseguirlo.

III El naufragio

El húmedo norte desencadenándose con toda su fuerza había obscurecido el horizonte, impidiendo de este modo que la tripulación del *Vengador* observase los fatigosos afanes de las lanchas que se dirigían a él. En vano *Diego el Mulato* tremola una banderola blanca para llamar la atención de su gente; en vano lanzando una voz estentórea procura hacerse escuchar, ya que los tupidos celajes y el espesor de la lluvia impiden el ser observado; en vano vomitando denuestos y juramentos, quería buscar en ellos, débil e inútil recurso, lo que los medios más naturales no podían ofrecer. Todo era ineficaz. El piloto siguiendo puntualmente las instrucciones que tenía, queriendo evitar la casi segura pérdida del bergantín si permanecía en las inmediaciones de la playa, se había hecho a la vela, y tomaba la vuelta de fuera, desde que las primeras ventolinás del norte le hicieron palpable la cercanía del peligro. En tan angustiadas circunstancias zozobra una de las lanchas que gobernaba el *Pescador*, y chocándose contra la otra se hace mil pedazos: ningún auxilio pudo dársele, y en un minuto hasta los restos habían desaparecido a lo lejos. De cuando en cuando, un infeliz que luchaba con la muerte asomaba por entre las ondas una mano, un pie o la cabeza arrojando por la boca torrentes de agua salada... Después sólo queda de los infelices náufragos un recuerdo aterrador.

La tímida y apasionada virgen tiene a la vista todos los peligros y horrores que la cercan; está abrazada de su amante con toda su fuerza; la lluvia y los golpes de mar la han bañado, y su hermosa y rubia cabellera está penetrada de agua; el vestido se le ha pegado a las carnes; no llora, pero el subido azul de sus ojos

tiene una especie de brillo indefinible. No se acuerda de nada; no sabe lo que le pasa: no puede comprender su posición, ni es mucho lo que se empeña en averiguar los motivos de ella. Aunque por todas partes ve la muerte, está al lado de su amante, de su libertador, y sobre todo se ha alejado de *Diego el Mulato*... cuyo solo nombre la hiela de terror y espanto.

Diego el Mulato resuelve en fin volver a tierra a pesar de que sabe el resultado que puede traerle una medida tan desesperada: dirige una mirada de fuego a Conchita, y la niña... ¡ay! se ha sentido arrebatada a una región desconocida; en los umbrales de la eternidad, los espíritus infernales la van a iniciar en sus misterios...

—¡Tú eres mi esposa! —exclamó el pirata.

—¡Sí... hasta la muerte! —repuso Conchita.

Iba a consumarse un crimen: *Diego el Mulato* iba a poner un sello a su brutalidad voluptuosa y salvaje; pero el cielo que protege el candor y la inocencia lo impidió.

En aquel momento crítico, observa el pirata una barca, que han tripulado los de la villa. En ella viene la juventud más resuelta de Campeche a impedir el rapto de Conchita, y se prepara un choque espantoso. El furor del mar había llegado al último grado: montañas inmensas de agua formaban en torno cordilleras eternas y sin límites; en aquel ensoberbecido espacio flotan dos átomos, la lancha y la barca. Véase una ola enorgullecida lanzarse sobre otras ciento, formarse de todas ellas, dilatarse hasta un término prodigioso, hacerse de una masa gigantesca y colosal, venir rugiendo con la velocidad de un rayo, chocarse contra las dos pequeñas embarcaciones, estremecerlas y hacerlas crujir con un ruido semejante al último roncar del moribundo.

En medio de la furia combinada del viento y del mar, se encuentran los dos esquifes y se chocan: más pequeño el que manejaba *Diego el Mulato*, zozobra y se hace pedazos; los dos amantes se sostienen apenas sobre la rota quilla; diez hombres diestros y atrevidos se arrojan sobre el formidable elemento para salvar a Conchita.

—¡Dejadme, dejadme, malvados! —gritaba la infortunada joven—, ¡dejadme morir con mi amante...!

Ya casi se anegaba...

—¡Conchita ven, toma un cable, ven por Dios...! —le gritaban desde la barca.

Apenas se ha escapado de las manos del pirata, cuando la arrebatan y en un momento está dentro de la embarcación. *Diego el Mulato* logra introducirse igualmente, y se traba una lid sangrienta en la pequeña cubierta sobre la cual corren ríos de sangre y agua salada. Su brazo es terrible, pero ya está perdiendo el vigor...

—¡Por piedad! —decía Conchita—, ¡bárbaros, dejadme morir con él!

—¡Cómo! —gritó la voz de un hermano de su padre—, ¡quieres morir con *Diego el Mulato*!

—¡*Diego el Mulato*! ¡Ay de mí! ¿A dónde huiré? ¿A dónde podré huir? —exclamó la niña.

El pirata se arrojó al mar, y pronto quedó sumergido entre las ondas.

IV Conclusión

Don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, capitán general de estas provincias, se hallaba en Campeche por el mes de marzo de 1676. Convidado por los religiosos de San Juan de Dios para que concurriese a la función de su santo patriarca, fue enseguida a visitar a los enfermos, a quienes socorrió generosamente. Saliendo de la enfermería de las mujeres, se presentó a sus ojos un espectro, una anciana sucia, rota y desgredada. Al extender la mano el capitán general para darle su limosna, hizo la vieja un visaje horroroso y fuese huyendo hasta encerrarse en una pieza oscura, desde la cual gritaba.

—¡No, no, vos sois *Diego el Mulato*, y quiero huir de vos, asesino detestable!

—¿Quién es esta desventurada? —preguntó el jefe.

—Es —respondió el prior—, una señora demente, hace muchísimos años. Es doña *Concepción Suárez de Mantilla*; y el religioso refirió la triste historia que saben nuestras lectoras.

La infeliz loca era Conchita.

Los bandos de Valladolid (Leyenda del siglo XVII)

*Prosigue no obstante el drama,
de nuevo la gente brama,
y ¡que confusión! ¡qué estrépito!
otra torre de Babel.*

BRETÓN DE LOS HERREROS

PRIMERA PARTE

No sé ¡mis lindas lectoras! si habrá llegado a noticias de ustedes la severidad y escrupulosa rigidez de nuestros viejos paisanos del siglo XVII en materia, no de moral, sino de hidalguía y nobleza. ¡Oh! aquello era digno de verse y admirarse. Los *ricos homes* de la villa de Valladolid sobre todo, se consideraban los jefes o patriarcas de toda la nobleza yucateca. Ellos conservaban la genealogía de todas las familias, sabían sus conexiones y relaciones, sus afinidades y propinquidades, sus blasones y escudos de armas, sus servicios al rey, o sus acciones desleales, etcétera. Por sí y ante sí habían erigido uno como supremo tribunal en que calificaban, sin recurso, la hidalguía de cualquier hijo de vecino, aunque para el efecto no se consultase gratuito su juicio, ni se solicitase su oficiosa calificación. Por más risible y extravagante que aparezca esto en nuestros días, en aquellos tiempos oscuros tenía una influencia poderosa en las transacciones de la vida civil, en la tranquilidad pública, y en la paz doméstica. Tan inexorables e injustos frecuentemente en sus fallos, aquellos

viejos pelucones, causaron con sus importunas pesquisas, graves disgustos, odios implacables y crudos resentimientos, cuyos vestigios no dejan de notarse hasta en el siglo XIX, en este siglo eminentemente romántico y furioso enemigo de las viejas rutinas de nuestros mayores. ¡Venía un gobernador de España, traía comitiva, y condecoraba a alguno de sus individuos con algún empleo de honra o provecho; pues señor, esto no bastaba: era preciso que aquel caballero pusiese en claro la limpieza de su sangre, y probase una alcurnia preclara, si no quería habérselas con aquella gente orgullosa y altanera! No falta quien atribuya la catástrofe del apreciable y malogrado don Fernando de Osorno a esta rancia preocupación; no porque el buen caballero dejase de ser, como lo era, un gentil hombre y de una muy esclarecida familia de Andalucía; sino porque jamás quiso someterse a la arbitraria calificación de aquellos extravagantes y ridículos republicanos, que se creían con derecho para entrometerse en donde no eran llamados, ni se les necesitaba para nada.

¿Un plebeyo, un canalla (como ellos decían) llegaba a conseguir comodidades, riquezas y honores, y por tanto quería alternar con los señores calificados? ¡Infeliz! Una maléfica tradición iba persiguiéndole de generación en generación y jamás llegaba el caso de presentarse él, o cualquiera de sus descendientes, sin que, o un dedo maligno lo señalase a la multitud, o una legua mordaz publicase en las plazas y las esquinas la bajeza de su nacimiento, y la indecencia de su estirpe. “Ese canalla (decían) que por su dinero quiere valer algo, no es más que un pobre diablo, un ruin villano, hijo de un tejedor, nieto de un talabartero, bisnieto de un remendón, tercer nieto de un verdugo, cuarto nieto de ...” ¡Santo Dios! en un momento, su para él olvidada genealogía salía a luz con gran pesadumbre suya, y al buen plebeyo le saltaban los colores a la cara sin poder decir oste ni moste. Su ajado amor propio no perdonaba ocasión de vengarse: y si era hombre de favor o dinero, tarde o temprano daba alguna terrible lección a sus adversarios. De aquí las enemistades, los odios, las pependencias y ¡tal vez los asesinatos! Todo esto repetimos, que hoy

sólo causa risa o mofa, antes era asunto muy serio, y a ello debemos la siguiente historia tragicómica, que ofrecemos gustosamente a nuestros suscritores.

I

El recién vencido

Era muy adelantada la hora de la noche: acababa de pasar una tempestad, y la villa estaba silenciosa cuando tres fuertes golpes con el aldabón del zaguán, a la puerta de don Rodrigo de Jiménez despertaron a éste y su familia. El cabildo de Valladolid, en la elección que había hecho para el año de 1688, dio a Jiménez su voto para primer alcalde ordinario y de la santa hermandad a nombre del rey. Por tanto, don Rodrigo era *alcalde ordinario y de la santa hermandad por Su Majestad* como se decía en aquel tiempo. La villa había sido amagada dos años antes por *Lorencillo*, y constantemente se presentaban algunas velas sospechosas a la vista del puerto de la Ascensión: lo que tenía en continuo sobresalto al teniente general Briaga y a los alcaldes y regimiento de Valladolid. Cuando, con una hacha encendida en la mano izquierda y un manojo de llaves en la derecha, bajó el mismo alcalde en persona, por los anchos e irregulares escalones de la casa abolenga para abrir la puerta al que así tan descompasadamente llamaba; el buen caballero creía ver dibujada la sombra de *Lorencillo* en las negras y robustas paredes de aquel como castillo encantado.¹ Abierta la puerta con bastante precaución, un embozado se puso en manos del alcalde un pliego cerrado, que no pudo ser leído desde luego, con motivo de que bajando en bata y birrete, el buen alcalde se había dejado las antiparras

¹ No se crea exagerada esta locución. Multitud de cosas antiquísimas existen en Valladolid, cuyo solo aspecto de grandeza azora la imaginación. Las más de ellas se encuentran abandonadas y la policía debe adoptar serias medidas en este punto, si queremos que esta hermosa e importante ciudad ocupe en Yucatán el rango que le compete, por sus sobrados y mal desenvueltos elementos de grandeza, poder y riqueza territorial. [Nota del autor].

sobre el escritorio. Erizado el cabello, la mano trémula y balbuciente la lengua, con mal pronunciadas y cortadas palabras, el alcalde invitó al embozado a que subiese. Éste hizo un gesto de asentimiento, y en pos del dueño de la casa, fue marchando por la consabida escalera, que condujo a un espacioso corredor, iluminado apenas con la insignificante luz que despedía el hacha de que se ha hablado. Quedando el huésped con ella en el corredor gótico, don Rodrigo abrió lentamente la pesada puerta de la sala que rodando sobre sus goznes, volvió a cerrarse al momento encontrándose solo el embozado, que se entregó al punto a un curioso examen de cuanto lo rodeaba. Los arcos de los corredores estaban cerrados con unas grandes celosías de madera tan estrechas, que apenas hubiesen permitido, de día se entiende, ver un frondoso bosque de gigantescos árboles que, sin orden ni gusto, cubrían el patio principal. A excepción de la puerta de sala, todas las de los cuartos y piezas restantes que decoraban los tres lados del corredor, eran tan pequeñas y extravagantes, que con dificultad hubieran dado entrada a un hombre, que erguido el cuerpo, intentase temerariamente salvarlas. Por todos muebles, sólo se veían unas cuantas sillas de cedro, cubiertas de gruesa suela, y claveteadas con tachuelas de fierro. Sobre cada puerta había una cruz pequeña de roble; siendo una imagen de San Cristóbal en un caprichoso cuadro dorado y de pintura azul, la que adornaba con enfática apariencia la parte superior de la puerta de la sala, sin perjuicio del escudo de armas de la familia, que se distinguía en sitio más elevado, que el cuadro de que tratamos. Tan rudos adornos se iluminaban a buena hora con dos velas de cebo colocadas en faroles de madera, cubiertos de cualquier piel o membrana transparente, pues eso de cristal no estaba en uso, como *verbi gratia*, de una vejiga, así como casualmente lo estaban la noche del seis de agosto del referido año de 1688, cuando el recién venido hacía este minucioso y algo importuno examen. Mientras que don Rodrigo permanecía en las habitaciones interiores, cuando con tan poca cautela había permitido la franca entrada del desconocido en su casa, a pesar de sus continuos

temores y alarmas, este último comenzaba ya a aburrirse con tanto esperar. Impaciente... tal vez iba a descomentar todos sus planes, si un momento de reflexión no lo hubiera contenido, refrenando sus primeros ímpetus. ¡Verse tratado con tal descortesía! ¡Si el tal alcalde no se habrá enterado del pliego, y no estará aún al cabo de su importante contenido!

Despojóse del ancho y negro albornoz que lo embozaba, y comenzó a pasearse de un extremo a otro del corredor, con visos de la mayor impaciencia. Era un joven de veintiocho años a lo sumo, ojos vivos, color sonrosado, cabello negro y rizo, nariz aguileña, boca regular, y de muy hermosa estatura. Vestía calzón corto de tafetán blanco, media de seda con botín bajo, chaleco de raso azul recamado de lentejuelas de plata, y chupa corta de grana con cuello pequeño, faldas anchas y botones dorados: en un ojal de la chupa portaba una especie de venera, signo sin duda de algún grado, orden o empleo. El ligero bozo que le cubría el labio superior, y el ancho sombrero negro con presilla o corchete de oro que sujetaba a la copa el ala delantera confirmaba la idea de que aquel caballero era algún señor de pro, y que no había venido a Valladolid a humo de paja. Dos horas y media hacía, que esperaba, y don Rodrigo no daba señal de aparecer de nuevo; pero ni aun ruido se sentía en el interior de la sala. Desesperado, aburrido se disponía ya a llamar con fuerza y echar la puerta abajo en caso de experimentar alguna resistencia, cuando súbitamente se encontró rodeado de diez hombres armados que capitaneaba el alférez real don Juan de Salazar y O'Reilly, cuyo gesto amenazador estaba mostrando todo el furor que abrigaba su corazón, y el rencor que lo devoraba.

—¡Ah! —exclamó el recién venido—. ¡Ya debiera preveerlo! ¡Siempre don Juan de Salazar! Pero no será duradero el triunfo: lo prometo.

—¡Eh! Preso por el rey, sin demora —gritó el alférez real.

A todo hubo de prestarse el incógnito, y con el mayor silencio fue conducido a la una de la noche a un cuarto oscuro de las casas consistoriales. Ahí se le puso un par de grillos y centinela de

vista, sin perjuicio de la vigilancia que se propuso guardar el agraviado don Juan.

Era que don Rodrigo, después de haber atizado la lámpara de su alcoba, caládose bien el birrete, tomado un polvo y colocádose debidamente sus redondos y descomunales espejuelos, fijos en la extremidad de sus prolongadas narices, en donde aquel mueble se sostenía, no por las varillas abrazaderas que hoy se estilan, pero que entonces eran desconocidas en Valladolid, sino por la acción elástica del acero en que estaban montados, con apostura y silencio había roto el nema del pliego y comenzado a deletrear su contenido. No es posible explicar el terror que acometió al buen caballero, al encontrarse con estas palabras, que encabezaban un despacho real.

El rey

“Mi alcalde primero de mi cabildo de la villa de Valladolid, en la provincia de Yucatán de la Nueva España...” ¡Santa María! –dijo para su sayo el alcalde–: ¿Qué será esto? ¡Escribirme Su Majestad! ¡A mí, pobre pecador, que no he hecho mal a nadie...!

Un tropel de ideas a cuál más descordada, acometió al anciano don Rodrigo, que no podía comprender cómo el rey de España, el excelso y poderoso monarca, su señor natural, había bajado hasta el escabel de su solio para escribir al último de sus vasallos. Entonces estaba muy en boga en el país cierto adagio provincial, de que se acordó don Rodrigo en tan críticos momentos para su ejercicio y mayor corona:

*¿Hay carta de su Majestad?
¡Hum! guarde el c.... cada cual.*

¡Mi señora de Popolá! –repetía–: ¿me llevarán bajo partida de registro? ¿Irán a darme garrote? ¿Habrà alguna conjura, traición, crimen de estado, falsificación de moneda, robo de niño, herejía, desacato al santo tribunal de la inquisición, lenocinio, estupro,

incendio, muerte segura, o abuso de confianza? ¿Qué atentado, qué delito se habrá cometido, o se estará cometiendo en la villa, cuando así, así con tanta severidad me escribe la sacra real majestad del Señor Don Carlos II (Q. D. G)? Sumergido estaba don Rodrigo en este insondable mar de congojosas conjeturas, cuando sintió una pesada mano como de hierro, que le caía sobre la espalda, y que lo hizo venir a tierra sin sentido con síncope mortales, que se sucedieron uno en pos de otro.

—¡Vamos, que yo soy, bobonazo! —le decía el marimacho de su mujer, que era quien lo había alertado de aquel modo singular; pero el hombre apenas creía que estaba en su casa y no en una prisión de estado, o en un calabozo del santo oficio. Enterada doña Homobona Bravo (que así se llamaba la hiperbólica y redundante esposa de don Rodrigo) de los motivos de la situación presente de su viejo y asustadizo esposo, dictó al punto las disposiciones correspondientes para arreglar el negocio, como solían arreglarse entonces: por un acto arbitrario tal vez.

II

El conciliábulo

Y al efecto, destacó con el mayor silencio al negro Manuel, esclavo de la casa, a la del compadre Juan de Hiestrosa que pasaba por el hombre más leído de la villa. Para evitar el fatal encuentro del recién venido, cuyos graves y mesurados pasos se sentían en el inmediato corredor, se previno al esclavo que pasando por las habitaciones interiores, saliese por una puerta falsa que daba a la otra calle, y que en seguida fuese sin hacer ruido y guardando el mayor misterio, y requiriese a Hiestrosa a fin de que se presentase allí sin perder un momento, pues el negocio era urgentísimo. Hízolo así en efecto el negro Manuel, y pocos instantes después estaba Hiestrosa en la estancia con el pliego en la mano, cuyo contenido se ignoraba aún, pues que el alcalde no había tenido valor para continuar su lectura, ni la alcaldesa era una mujer cualquiera, que hubiese mal empleado su tiempo en aprender ni

a leer, cosa que en aquella venturosa edad se tenía no sólo como innecesario, sino hasta por perjudicial e indigno del bello sexo. Tamaño ojo abría sin embargo la grave y difusa señora, mientras que el Hinestrosa azorado, y con mil visajes de compunción, hacía señal con la mano derecha para que se guardase silencio hasta que terminase tan interesante lectura, que hacía sólo para sí. Dirigiendo en torno la inquieta y perturbada mirada, luego que hubo concluido de leer, se llevó a los dos esposos a un rincón de la sala y con ademán misterioso les dijo:

—¿Saben ustedes quién está dentro de su casa, y se pasea tranquilamente por los corredores...? ¡Ay! ¡Jesucristo me valga! aún no he vuelto en mí.

—Vamos, compadre ¡por Dios! que no ganamos para sustos —exclamaron el buen don Rodrigo y su esposa—. ¿Diga usted quién es?

—Resignación, resignación, compadres, el caso es terrible; yo mismo, no sé que hacer.

—Pues ¿qué hay? ¡San Bartolomé bendito! —decía sollozando el anciano alcalde—: ya lo esperaba, desde que vi la firma del rey y el principio de su carta. Vamos, hija querida, no llores, que el Señor verá mi inocencia.

—No compadre —replicaba Hinestrosa—, si aquí no se trata de nada contra usted: el negocio es más terrible todavía...

—¡Cómo!

—El sujeto que ha entregado a usted este despacho es... —y acercándose al oído de ambos, pronunció el nombre de una persona, a cuyo solo anuncio se santiguaron mil veces los dos esposos y salieron en precipitada fuga, por la puerta falsa, que ya conocen los lectores. Para impedir un escándalo, que el incógnito podía percibir, Hinestrosa salió en pos de sus desalados compadres, les encargó el mayor silencio y reserva, y llevándolos a su casa, volvió al sitio anterior. El negro Manuel quedó inmediatamente en observación con un trabuco detrás de una puerta, con orden de que disparase al primer movimiento sospechoso del incógnito, pasando en seguida a dar aviso a casa del teniente de

gobernador, que lo era don Luis de Briaga, con quien Hinestrosa pasó a avocarse sin perder tiempo.

Al enterarse el teniente de lo acaecido, mostró tal abatimiento, que no bastaron los consejos, exhortaciones ni pláticas de Hinestrosa para impedir que su señoría llorase con tan gorda lágrima. Tenía razón. Si al real despacho se daba cumplimiento, era preciso que se preparase a pasar muchos tragos amargos. Sin embargo, urgía el adoptar una resolución. Ambos fueron al momento a casa del alférez real don Juan de Salazar y O'Reilly, que estaba recién casado con la más linda e interesante joven de su tiempo: con doña Perfecta Sánchez de Aguilar, objeto de encanto, amor y respeto para todos los de la villa. Era el alférez real, joven de treinta años, apuesto y de muy gallarda e interesante figura. Hijo de una casa ilustre del país, rica y muy considerada, había podido proporcionarse una educación más esmerada y brillante que la ordinaria que podía darse en la villa: había estudiado en el colegio de jesuitas de Mérida, y pasado en seguida a la ciudad de México en donde fue paje del virrey, conde de la Monclova, por cuya recomendación especial, el rey le hizo la merced del empleo que actualmente poseía.

Un doméstico entró recado a la estancia de don Juan, quien salió al momento a recibir a los dos huéspedes, que venían a honrrarlo a hora tan intempestiva y desusada. El real despacho puesto en sus manos, fue el principio de la conferencia. El alférez real, quebrada la voz y temblando de cólera, transportado de furor, preguntó al punto por el paradero del conductor del pliego; y enterado, se vistió al punto, decorándose con las insignias de su empleo, pasó en unión del teniente a la casa real, mientras que Hinestrosa con dos hombres fue a ponerse en observación al lado del esclavo de don Rodrigo.

Don Juan al punto tomó los más circunstanciados informes sobre la venida del incógnito. Había llegado éste al cerrar la noche, en medio de una deshecha tempestad, en unión de otro que parecía ser su escudero: preguntó por la casa del primer alcalde, y luego que se hubo vestido y embozado, había salido sin

duda a encontrarse con el tal alcalde. Era media noche, y aún no se presentaba de vuelta. Don Juan reunió al punto diez hombres, se puso a la cabeza de ellos y marchó a casa de don Rodrigo Jiménez. Allí sorprendió al incógnito, cuando menos lo esperaba y lo condujo, como hemos visto, a las casas consistoriales.

III

Los Ricos *Homes*

Luego que el del negro albornoz quedó competentemente asegurado en las casas consistoriales, pensó don Juan de Salazar en el modo con que justificaría un atentado, que a él y a sus cooperadores podría traer funestos y lamentables resultados; y al efecto juzgó conveniente que el cabildo de la villa aprobase sus procedimientos elevando una exposición al rey. Caso duro en verdad; pero de fácil consecución para asegurarse por el momento. Estaba persuadido de que todos los regidores, al oír pronunciar el nombre del recién venido, no vacilarían un momento en secundar las miras del alférez real, que pretendía nada menos que hacer expulsar a su antagonista, no de un modo ruidoso, pues que entonces se vería aun más comprometido de lo que estaba, sino empleando siempre el silencio y el misterio. Así lo aconsejaba Hinestrosa por otra parte, que era uno de los que podían esperar más extorsiones del recién venido, como lo veremos en el discurso de esta leyenda. El caso era urgente, y convenía que se celebrase antes de amanecer la junta de cabildo, para evitar que el pueblo penetrase el arcano, y se pusiese de parte del incógnito, como era natural que sucediese, neutralizando así las medidas de seguridad que el ayuntamiento quisiese adoptar, y los medios de venganza personal que el don Juan desarrollaba con tanto tesón y empeño. Así quedó acordado con el teniente; y así se hizo desde luego.

Era la sala capitular, pequeña y mal ventilada. Campeaba en el testero un dosel de tisú, bajo el cual estaban bordadas las reales armas y las de la villa: un sillón de caoba con grandes molduras y

caprichosos adornos, cuyo asiento forrado de terciopelo azul se elevaba apenas a la altura de un pie, sin brazos y con espaldar derecho y ovalado, se veía bajo el dosel. Allí se colocaba el presidente que era el teniente de gobernador. A derecha e izquierda de una enorme y robusta mesa desnuda y sin mas adornos que un santo crucifijo, obra acabada de un artífice de la villa, estaban colocados los bien guarnecidos escaños de los capitulares, de aquellos fieros capitulares que juzgaban sin compasión al prójimo. No había más adornos, pinturas ni decoraciones: el escribano debía estar en pie, cuando el cabildo tenía por conveniente permitir la entrada de un profano en el sagrario de su orgullo. Nadie penetraba en aquel sitio, reservado tan solamente para los que estaban inscritos en su inviolable libro de oro. Eran ya las tres de la mañana: las bujías de cera se habían colocado sobre la mesa y ya iba a procederse a celebrar la junta extraordinaria, sin embargo de que los capitulares ignoraban el motivo porque se les convocaba en una hora tan intempestiva. El teniente informará de todo; por lo menos así se esperaba.

Colocado en su sillón el teniente, sentáronse a derecha e izquierda los capitulares. Allí don Rodrigo Jiménez, de que ya hemos hablado, el alférez real, los regidores don Alonso Rosado Mayén, don Juan José de Arce, don Telésforo de la Cueva, don José Sánchez de Aguilar, don Pablo Sierra, don Joaquín de Anguas y Ayuso, don Jacinto Menéndez y don José Thovar, que más adelante murió de garrote en la ciudad de Mérida. Cerradas las puertas, aquellos nobles fijodalgos se veían las caras, sin saber de qué se trataba. Don Rodrigo Jiménez, a quien Hinestrosa había apuntado su papel, pidió la palabra, y con voz trémula y cortada comenzaba aún a hacer su relato, cuando un fuerte ruido en la pieza inmediata llamó la atención de todos. De repente se abre de un tremendo golpe la puerta, y se presenta desalado el incógnito, que al entrar en la sala de cabildo gritaba: *Protesto, protesto contra las medidas de este infame conciliábulo*. Apenas se oyeron tales palabras y el recién venido se dio a conocer, cuando se disolvió el cabildo con tal precipitación que hasta don Juan de

Salazar fue arrastrado en la fuga desconcertada que emprendieron a toda carrera y en todas direcciones los venerables patriarcas y jefes de la nobleza yucateca, que por tales se tenían al menos. En diez segundos quedó despejada la sala, y el incógnito, dueño absoluto del campo de batalla, y por trofeo el mismo despacho real de que había sido portador, y que don Rodrigo dejó abandonado antes de imponer al cabildo.

SEGUNDA PARTE

I

La entrevista

Si el tiempo que ha pasado no se los ha hecho olvidar, se acordarán mis lectores, que el recién venido trajo en su compañía un escudero, del cual no pudo hacerse el alférez real don Juan de Salazar; no porque hubiese dejado de tomar muy serias y activas medidas para haberlo a las manos, sino porque desde el momento mismo en que el caballero se dirigió a casa del alcalde, el escudero de acuerdo con aquél, se desapareció de la casa real, y a una vista fue siguiendo todos sus movimientos desde un lugar en que no pudiese ser descubierto. Así es que fue testigo presencial de la aproximación silenciosa de los diez hombres que conducía el alférez real, de la aprehensión y encierro de su compañero de viaje, y de todos los movimientos que ocurrieron, sin embargo de haberse verificado todo esto con la mayor precaución, y evitando siempre todo ruido que pudiese poner a la villa en una terrible alarma.

Luego que con ojo fino y perspicaz, quedó enterado del estado de las cosas, se encaminó cubierto en su embozo, hacia la plaza de San Juan, y aproximándose a una casa antigua y de muy mala apariencia, cuyas señas tenía ya de antemano, dio suavemente tres golpes a la puerta de la calle, y desde luego una voz estentórea preguntó con fuerza:

—¿Quién va allá?

—Yo —contestó muy quedo el escudero.

—¡Yo! ¡*Mire usted, qué negocio!* ya yo sabía, señor mío, que quien llamaba era usted; pero, ¿quién es usted? —replicó el de dentro.

—Abra usted, *tío Juan*, y hablaremos.

—¡Vaya usted enhoramala, señor mío, si no quiere que salga al punto y le dé un buen repaso de garrotazos sobre las costillas! ¡*Mire usted, qué negocio!* ¿Si creará el mostrenco que yo soy algún lerdo, que abre la puerta de su casa así así no más, y en hora tan excusada, a pique de tomar un resfriado, o de caer a oscuras en manos de los *aláteres* de ese maldito alférez? ¡*Mire usted, qué negocio!*

—¡Por Dios, *tío Juan!*, no meta bulla y se pierda todo —repetía el buen escudero casi sollozando.

—¡Vamos! ya puede marcharse, si no quiere ir derrengado a su casa.

En este momento el escudero se acordó de las instrucciones que tenía, y repuso:

—Sí *tío Juan*: *San Nicolás, victoria y justicia*.

—¡Cómo! —exclamó el tío—. ¡Será posible! —y diciendo esto comenzó a quitar las mesas, sillas y trancas con que aseguraba la puerta de su casa, por temor de una sorpresa que intentase contra él, su capital enemigo el alférez real, que encabezaba en la villa el bando opuesto al que capitaneaba el *tío Juan*. Pocos instantes después, el escudero se encontraba en una sala pequeña, iluminada apenas con la débil luz de una lámpara mal atizada, que se veía en el suelo en un rincón de la sala, la cual tenía por todos muebles, las mesas y sillas viejas que servían para atrincherar las puertas, una mala hamaca, un cántaro, y un chafarote, dos pares de trabucos, un puñal y una santa Cruz que decoraban las desnudas y sucias paredes de aquella habitación. El *tío Juan del Diablo*, como lo apodaban sus antagonistas, era un hombre como de cincuenta y ocho años, recio, de mirar vivo y enérgico, ojos pequeños, ceja espesa, boca grande y desmolada, espesa barba entrecana, y color sonrosado; resaltando mucho sus usadas

facciones por la muy regular proporción de sus miembros. Vestía pantalón de manta del país y camisa de lo mismo; pendía de un grueso rosario que traía al cuello, una pequeña medalla de estaño, con una imagen relevada de San Nicolás Penitente, que era de su advocación especial. El escudero lanzó una mirada de confianza sobre el *tío Juan*, al observar que correspondían perfectamente las señas, a las que le había dado el recién venido. El *tío Juan* sin embargo, con aire de sorpresa y tal vez de cólera, examinaba de pies a cabeza al escudero que tenía delante; y ya iba a verificarse una explosión, si éste no acude a tiempo a desvanecer las sospechas que se habían suscitado en la mente de *tío Juan del Diablo*.

—Vuestra merced, *tío Juan*, creería que iba a encontrarse con Frasquito, ¿no es verdad?

—Por supuesto... ¡*Mire usted qué negocio!*

—Pero sin embargo, yo soy su escudero.

—¡Su escudero! ¿Está usted loco?

—No, *tío Juan*, cuerdo y muy cuerdo; repito a usted que soy su escudero.

—¿Y desde cuándo el muchacho se ha vuelto caballero? ¿No dicen esos zaragates que el sobrino del cuñado de la entenada de su cuarto abuelo se casó con la *Pepa Plaza*, sospechada de judaizante por el santo oficio, y por consiguiente incurso en la pena de infamia y privación de nobleza?

—¡Bah! todo eso está arreglado, y ya verá usted que pronto llevan sus enemigos una terrible lección que los deje sin cara en que persignarse.

—Bien hecho. ¡*Mire usted, qué negocio!* ¡Empeñarse en buscar tachas contra quien vale más que ellos! y luego, ese borracho de Juan de Hinestrosa, ¿quién es para poner tachas a ningún hijo de vecino? ¿Tan pronto se habrá olvidado de que su abuelo fue un perro mulato, y demás a más un verdugo que yo conocí y vi con estos propios ojos, que para más señas se han de comer los gusanos? Verdugo y muy verdugo, sí señor, que ejercía en La Habana su maldito oficio, cuando yo vine de mi tierra. ¡*Mire*

usted, qué negocio! Me acuerdo, como si fuera hoy, que la tarde que llegué de Islas, estaba el dicho Gabriel Hinestrosa a horcadi-llas sobre los hombros de un tal Retama que pendía de una sogá de esparto, por haber matado y robado a aquel oficial real que llamaban... llamaban... ¿no se acuerda usted...?

—No.

—Pues ni yo tampoco: el hecho es que tanto Hinestrosa como el alférez real, y don Rodrigo Jiménez, y... todos ellos deben ser descuartizados en Dios y en conciencia. *¡Mire usted, qué negocio!* ¡Haberle soplado la novia por arte y maña, y después de todo, haberle declarado una guerra tan atroz! Pero protesto a usted... y digo: ¿En dónde ha dejado usted a Frasquito...? ¿Llegará pronto? ¿Cuándo debe esperarlo la gente del *Bronce*? ¡Ah! ¡Lo queremos tanto! ¿No es verdad que es un muchacho, un gentil, y guapo muchacho? ¡Tengo yo más ganas de que lo vea el alférez y la...! ¡Ah, qué gresca se prepara amigo mío! La gente está desesperada: se han cansado de sufrir a estos pelucones impertinentes que me tienen seca el alma; y yo les he dicho en público cuántas son cinco, y me prometo todavía... pero vamos a esto: ¿En dónde está Frasquito?

—Ya lo supiera usted, si me hubiera dejado tiempo para decirlo.

—Pues bien: al asunto, que bien vale la pena.

—Frasquito está aquí.

—¿En dónde, en dónde?

—Aquí, en la villa.

—¡En la villa! y ¿tiene usted valor de estarse con esa flema, hablándome de cosas importunas y que no vienen a cuento? —gritó el *tío Juan* calándose el birrete y el sombrero de paja, apoderándose de sus pistolas y de un grueso garrote—. ¡En la villa! —repetía, mientras arreglaba su equipaje, sin dar lugar a que hablase su interlocutor. —¡En la villa! Y...

—Oiga usted, *tío Juan*.

—¡En la villa y nosotros tan frescos...!

—Pero escuche usted...

—Y nosotros platicando, cuentos y más cuentos...
—Si no me oye usted, se lo llevará todo el diablo.
—Vamos; en la calle hablaremos cuanto usted quiera...
—Es que el asunto es serio *tío Juan*; usted no puede hablar con él.

—Y, ¿por qué no?
—¿Por qué? Porque está preso...
—¡Preso! ¡otra vez! amigo mío ¿y se está usted sin decírmelo? ¡preso! Éste es negocio del alférez real: puedo jurarlo. Sin embargo es preciso librarlo a toda costa.

—Pues esto es lo que debemos hacer desde luego.
—¿Y me debo fiar de usted, camarada?
—Lea usted —dijo el escudero presentando al *tío Juan* un billete.

—Veamos. Un billete: venga... mis espejuelos... ¡hum!: “*San Nicolás, victoria y justicia. Tío Juan*: quien presente en manos de usted esta credencial, es de mi entera confianza. Una rúbrica.” Sin duda, sí, es la suya. Si eso hubiera usted hecho desde el principio... ¡*Mire usted, qué negocio!* todo estaría ya allanado. Vamos: hable usted.

Entonces el leal escudero hizo una relación circunstanciada de lo que había ocurrido después de la llegada del caballero, su prisión y la reunión silenciosa y clandestina del cabildo que iba a celebrarse en aquella misma noche. Todo lo cual escuchaba el *tío Juan* con evidentes señales de impaciencia que a cada paso manifestaba con su exclamación favorita de ¡*Mire usted, qué negocio!*

—¡Bueno, bueno! —dijo al fin—, celebro que el muchacho haya tomado la precaución de pertrechar a usted con ese papelucho, pues sin él, me hubiera visto prieto para obrar. ¡Son tan intrigantes estos nobles de tijereta! Salgamos: ahora me toca hacerles ver lo que puede *Juan del Diablo*, como me llaman esos pícaros.

Y diciendo esto cerraba con llave la puerta de su casa, y se encaminaba con dirección a la plaza grande, repitiendo a menudo el ¡*Mire usted, qué negocio!*

II Los conjurados

Llegado que hubieron hasta el frente de la casa consistorial, el escudero se ocultó por disposición de *tío Juan*, en el hueco de un enorme tronco de ceibo, que allí había, capaz de contener diez hombres a la vez.

Era a la sombra de sus espesas y lujosas ramas, que los príncipes *Kupules*, casa regia de aquella antigua provincia, celebraban sus danzas y bureos en presencia del dios del baile, monstruo de figura humana, con penacho, cola y plumas de pavo. Allí también los habitantes de *Zaqui*² lloraron el primer triunfo de los conquistadores barbados.

Aunque ya estaba iluminada la sala, el teniente había cuidado con especialidad de que esta circunstancia no se notase desde la calle, para no llamar la atención de alguien, y quedase frustrado el procedimiento inquisitorial que intentaba el cabildo en aquel momento.

Es que los hombres obcecados por el funesto espíritu de partido, jamás proceden en justicia, si su intento es hacer prevalecer los intereses de su bando, por cualquier medio. La conciencia y el natural temor que les inspira su mal obrar, los obligan a ocultarse de la vista de los demás.

Tío Juan, sin ser observado, se aproximó lentamente, hasta colocarse, cuan largo era, a espaldas de uno de los bancos de piedra que decoraban un hermoso corredor de paja, que guardaba la fachada de la casa capitular. Allí, desde su escondite, observó todo cuanto ocurría. Vio a Juan de Hinestrosa avocarse a menudo con el alférez real y don Rodrigo, que se paseaban con aire mesurado enfrente de las piezas bajas que servían de prisión, en una de las cuales estaba encerrado el recién venido: notaba todos los ademanes y movimientos misteriosos de los capitulares

² *Zaqui* (o *zacti*): nombre que en tiempo de la dominación de los indios tuvo la ciudad de Valladolid. Todavía hoy, se le llama así en lengua maya. [Nota del autor].

que llegaban, y a cuyas casas iba y venía Hinestrosa, que era el alma de aquel complot; nada en fin se escapó de su minucioso examen.

Eran ya las tres de la mañana, y los capitulares estaban reunidos en el corredor de arriba; sólo Juan de Hinestrosa permanecía, como de vigilante del preso, esperando el resultado de aquel conciliábulo. Un centinela que se veía a lo lejos, en el interior del patio, dedicado exclusivamente a la custodia del preso, era el único que pudiera oír algún ruido.

Esto no arredra al *tío Juan*... se mueve lentamente... se arrastra como una culebra... y de improviso se lanza sobre Hinestrosa, lo abraza fuertemente con uno solo de sus robustos brazos y con la mano libre le aprieta con fuerza el cuello, en términos que sólo pudo escapársele un gemido ahogado...

—Vamos, perro —le decía el *tío Juan* conduciéndolo casi arrastrado hasta el pie del ceibo, de cuyo hueco salió inmediatamente el escudero, quien preguntó lo que significaba aquello.

—¡Oh! —contestó el *tío Juan*—, ésta es una buena presa. *¡Mire usted, qué negocio!*

Hinestrosa quedara ahorcado sin duda, si el buen escudero no hubiese intercedido en su favor; y si la libertad del preso no se hubiera considerado de suma urgencia, y el tiempo no se consumiera en ahorcar a un pobre diablo, como repetía después el *tío*.

Ahora que tenemos tan a las manos al susodicho Juan de Hinestrosa, daremos una pincelada para retratarlo, del mejor modo posible. En el momento en que el *tío Juan*, su capital enemigo, estaba en plena posesión de su gacnate y el infeliz se veía en tumbos de sufrir un definitivo apretón en la descomunal nuez, que le resaltaba, nuestro hombre podría tener cuarenta años, mal contados. Era de constitución débil, talla mal formada, miembros endebles y color pálido; sus ojos pequeñitos, avecindados al cerebro y retozones, manifestaban toda su bellaquería y artificio; su cara enjuta, labios lívidos y nariz desmesuradamente corva, lo harían aparecer a los ojos de un fisonomista como un hombre bilioso, de pasiones fuertes e indómitas, de inclinaciones

bajas y rastreras, y destituido de todo valor personal. Así era en efecto: tan insolente y arbitrario en la prosperidad, como vil y arrastrado en la adversidad. El uso frecuente de licores embriagantes había enervado sus potencias, antes claras y despiertas, hoy torpes y alteradas. Hinestrosa era uno de aquellos individuos que hasta el día solemos ver en las ciudades, villas y pueblos de Yucatán. So pretexto de ser hombre leído, de instrucción y papalista, no habiendo tenido cabida en la ciudad de Mérida, por sus frecuentes petardos y fechorías, había trasladado su vecindad a la villa de Valladolid, en donde desgraciadamente llegó a adquirir tal ascendiente e influjo sobre aquellos nobles republicanos, que los manejaba a su antojo, siendo el promovedor de mil arbitrarias resoluciones. Hasta el mismo don Juan de Salazar y O'Reilly, sin embargo de ser un joven ilustrado y de mundo, pues, como hemos dicho, se había educado en el palacio del virrey de México, se entregó de tal modo a Hinestrosa, que lo consultaba aun en sus asuntos domésticos. Bien es verdad que casi a él exclusivamente debía Salazar la mano de su linda y hechicera esposa doña Perfecta Sánchez de Aguilar, para cuyo matrimonio se jugaron todas las intrigas que sabrá el lector, si tiene paciencia para leer hasta el fin esta verídica y circunstanciada leyenda histórica.

Hinestrosa además era compadre de algunos de los principales caballeros de Valladolid, a quienes adulaba tan servilmente, que a pesar de sus escrúpulos, lo habrían inscrito en su libro de oro, si no hubiera sido tan notorio en toda la provincia el que su padre, vecino que fue de Mérida, era hijo de un asqueroso verdugo de La Habana.

Después que el *tío Juan* soltó el gañote del bribón que tenía entre manos, le hizo el interrogatorio siguiente:

—Oyes, pelagatos, ¿en dónde está la llave de la prisión de *Frasquito*?

—¡La llave...!

—Sí, señor, la llave. *¡Mire usted qué negocio!*

—La tengo yo... ¡pero...!

—¿Pero qué? Infame, dala acá.

—Es que el teniente...

—¡Cómo! ¿Tú vacilas?

—No vacilo, *tío Juan*, sino que yo...

—¡Vamos! Venga ahora mismo, si no quieres verte colgado de este árbol, con los pies a tres varas del suelo. ¿Si creerá este perillán que estamos aquí para gastar el tiempo en pláticas? *¡Mire usted, qué negocio!*

Hinestrosa con un pesar secreto, entregó dócilmente la llave, y se sometió enseguida a ser atado de pies y manos contra el árbol, mientras que el *tío Juan* un poco más que deprisa fue a verse con un aliado suyo que vivía enfrente de la iglesia del hospital, para que diese el santo a todos los caudillos del bando del *Bronce*, con cuyo distintivo era conocido el partido de *Juan del Diablo*, compuesto de la mayoría de la población de la villa. Media hora después, ya habían tomado todas las avenidas de la plaza, cercado la casa consistorial y dado libertad al preso, con tal silencio, que cuando éste se presentó en la sala de cabildo protestando contra aquel acto, y los capitulares entablaron precipitadamente la fuga, todos ellos, a excepción del alférez real, cayeron al momento sin esperarlo, en manos de *tío Juan del Diablo*, y demás conjurados, que de un instante a otro se aumentaban considerablemente.

III

La victoria

Pero don Juan de Salazar escapándose por una puerta falsa que daba a la calle a espaldas del hospital, corrió desalado a su casa, se armó de punta en blanco, mandó que su esposa partiese a un pueblo inmediato, y marchó desde luego a verse con sus partidarios. “*Mis amigos*—les dijo luego que pudieron reunirse en número de cinco—: la canalla acaba de obtener un triunfo, casi decisivo, si vosotros no me ayudáis en tan críticos momentos. Mi rival está en la villa: por obrepción ha conseguido en la corte ser nombrado alguacil mayor,

regidor del cabildo, capitán de los tercios del rey, y sobre todo, teniente de gobernador perpetuo de este partido... ¿Qué decís de tan inesperada nueva? ¿Queréis someteros a un hombre infame, sin nobleza, emparentado con un judío, y que en todas épocas y circunstancias ha sido el terror y espanto de esta pacífica población? ¿Esperaréis que os guardará justicia, protegerá vuestros derechos, y mirará con respeto vuestros nombres inscritos en el libro secreto? No, sin duda: vuestra sorpresa e indignación se ve en vuestros semblantes; es preciso pues obrar o consentís gustosos en que os gobierne a su arbitrio un hombre perdido...”

Es imposible expresar toda la sorpresa y espanto de los partidarios del alférez; entre la cólera y el terror que les causaba semejante nueva, vacilaban y no se resolvían a obrar.

Mas de improviso suenan las campanas de la parroquia e iglesias inmediatas; un grito de alegría y de triunfo resuena en la plaza... El ilustre ayuntamiento de Valladolid acababa de dar posesión de la tenencia de gobierno al nuevo regidor y alguacil mayor don Francisco Pérez de Sarmiento, capitán de los tercios del rey. A las siete de la mañana del día 7 de agosto de 1688, la gente del *Bronce* había obtenido esta victoria sobre sus contrarios, que pocos momentos después fue publicada por bando. Era que aquel respetable cuerpo había capitulado con la plebe, y se había obtenido por transacción el obediencimiento del real despacho por una parte, y la libertad de Juan de Hínestrosa por otra.

—No importa —exclamó el *tío Juan del Diablo*—; gobierne *Frasquito*, y después veremos. *¡Mire usted, qué negocio!*

TERCERA PARTE

I

El día del triunfo

“En la muy noble y muy leal villa de Valladolid de Yucatán a los siete días del mes de agosto del año del Señor de 1688, siendo como las seis y media de la mañana, su señoría muy ilustre presidido por el teniente de gobernador D. Luis Briaga y Vasconcelos maestre de campo, y juntos los Sres.

D. Rodrigo Jiménez de Solís y D. Manuel de Alcocer y Arzubia (que llegó en este momento), ambos alcaldes ordinarios y de la santa hermandad por su Majestad (Q. D. G.); y los Sres. regidores que por orden de su antigüedad aquí abajo se dirán, a saber: D. Alonso Rosado y Mayén, D. Juan José de Arce y Rebollo, D. Telésforo de la Cueva y Rosado, D. José Sánchez de Aguilar y Jiménez, D. Pablo Sierra de O'Reilly, D. Joaquín de Anguas y Ayuso, D. Roque Jacinto Menéndez y Betia, y D. Josef Thovar de Urquiza; sin presencia del Sr. Alférez real D. Juan de Salazar y O'Reilly por ignorarse su paradero; ni del Sr. Alguacil mayor por estar vacante este empleo; y en presencia de un numeroso concurso que allí en los corredores se había agolpado, el muy noble e ilustre capitán de los tercios del rey (Q. D. G.) D. Francisco Pérez de Sarmiento, compareció con sus insignias militares, y puso en manos del Sr. Alcalde primero, el siguiente real despacho.”

†

El rey

“Mi alcalde primero de mi cabildo de la villa de Valladolid en la provincia de Yucatán de la Nueva España.— Por cuanto en veinte y cuatro de marzo de este presente año mandé dar y di a D. Francisco Pérez de Sarmiento el siguiente real despacho.— El rey.— D. Francisco Pérez de Sarmiento capitán de mis tercios, salud.— Por cuanto se haya [*sic*] vacante la plaza de regidor alguacil mayor del cabildo de la villa de Valladolid en la Provincia de Yucatán, según me dicen aquellos justicias y regimiento en carta de once de julio del año pasado de mil seiscientos y ochenta y siete; y debiendo proveerse en persona de conocida aptitud y nobleza, de ilustre cuna y de servicios distinguidos a mi real corona; por tanto, y concurriendo en vos D. Francisco Pérez de Sarmiento capitán de mis tercios, todas aquellas calidades que habéis debidamente justificado en mi secretaría de indias, por el tenor de las presentes os nombro y constituyo tal regidor perpetuo alguacil mayor de aquel cabildo de la villa de Valladolid, y mando que al punto que os presentéis al Alcalde primero que es, o en su lugar fuere en la susodicha villa, mande reunir el regimiento y justicias y se os dé plena y solemne posesión del oficio, con todos sus fueros, preeminencias, prerrogativas y emolumentos a él señalados o que en adelante se señalasen, transmisibles a vuestros hijos y descendientes legítimos, y declaro incursos en la mi real indignación a los que fueren y vinieren contra el tenor de las

presentes, que a vos D. Francisco Pérez de Sarmiento os servirán de despacho en forma. Dadas en el Escorial a veinte y cuatro de marzo de mil seiscientos ochenta y ocho.— Yo el Rey.— Por mandado del rey nuestro señor.— D. Juan de la Rea.— Por tanto y en virtud de que el susodicho D. Francisco Pérez de Sarmiento me ha pedido os sobrecartase este mi real despacho, os mando y prevengo que les deis entero y debido cumplimiento, por ser así mi soberana voluntad e ir a mi mejor servicio. Como así mismo, daréis posesión de la Tenencia de gobierno en ese partido al referido D. Francisco Pérez de Sarmiento, para que a mi nombre lo regentee por todo el tiempo de mi voluntad. Fecha en Palacio a 7 de mayo de 1688.— Yo el Rey.— Por mandado del Rey nuestro señor.— D. Juan de la Rea.”

“En su consecuencia, el susodicho Alcalde primero besando la firma de S. M. y poniendo el real despacho sobre su cabeza, juró su puntual obediencia; haciendo lo mismo el Sr. Teniente, justicias y regimiento por su orden, según de suso se ha dicho. En cuyo acto levantándose de su silla el Sr. Teniente invitó con la debida cortesía al Sr. D. Francisco Pérez de Sarmiento a que le ocupase, quedando desde este momento en plena y pacífica posesión de sus empleos; y mandando S. S. se publicase por bando dentro de la villa en los lugares siguientes, es a saber: en la esquina de las casas de Juan Antuña, el primer pregón; en la plaza de la iglesia de la Candelaria, el segundo pregón; el tercer pregón, enfrente de las casas de D. Ignacio Sánchez de Aguilar Galiano; echándose el cuarto pregón en estas casas reales, para que venga a noticia de los estantes y habitantes de esta muy noble y muy leal villa de Valladolid, en que es fecha en el día, mes y año supra relatados, y lo firmaron.— Briaga.— Jiménez.— Alcocer.— Rosado.— Arce.— Cueva.— Sánchez de Aguilar.— Sierra.— Anguas.— Menéndez.— Thovar.— Juan Gumesindo Reyes y Bustamante, escribano público y de cabildo.”³

³ Sobre el texto de la precedente acta, se ha escrito esta leyenda. Aquel documento, a excepción de una u otra alteración existe en una copia antigua que poseemos, debida a un distinguido amigo nuestro, a quien estamos muy reconocidos. La actual ciudad de Valladolid, es nuestra patria querida y sentiríamos en el alma que algún impertinente de los que hay en todas partes, creyese que pretendíamos ridiculizarla; y esto no lo decimos sin motivo. [Nota del autor].

Tío Juan del Diablo, alma y cabeza de cuantos movimientos ocurrían, quedó encargado de hacer todos los preparativos necesarios para solemnizar debidamente el triunfo de su bando. El del Alférez real si algún prestigio tuviera, lo perdió desde aquel momento, en que sometiéndose los capitulares a la transacción verificada sin presencia ni conocimiento de aquél; todos de consuno, o por temor o por deseo de la paz, resolvieron obedecer el real despacho, por más que repugnase a su corazón alternar con un individuo como Pérez de Sarmiento, a quien tenían en menos, y que poco tiempo antes era el terror de los nobles frecuentemente escarnecidos y befadados por el nuevo teniente. Así fue, que mientras don Juan de Salazar emparentado con casi todo el cabildo, se dirigió a galope a la ciudad de Mérida para implorar la protección directa del nuevo capitán general, maestre de campo don Juan José de la Bárcena, los justicias y regimiento de Valladolid con lo más distinguido de la villa se dirigían en procesión a la parroquia, en donde el nuevo teniente fue recibido con pompa regia. El inmenso gentío que llenaba la iglesia y cubría la plaza y avenidas, apenas podía comprender lo que veía y tocaba. Un día antes, el solo nombre de Pérez Sarmiento era un anatema, y sus partidarios, sin embargo de ser tan numerosos, no habrían osado proferirlo en un lugar público, porque la venganza del Alférez se habría cebado al punto en el insolente, que así provocara su saña.

Durante la función de iglesia, ocurrió un incidente que merece referirse. El vicario, después del evangelio de la misa, subió al púlpito y con palabras escogidas derramó por sus labios un torrente de adulaciones en obsequio de Sarmiento.

—Déjelo, padre —exclamó éste indignado—, yo no soy noble pues mil veces usted ha dicho públicamente que estoy emparentado con judíos. Yo soy lo que soy por la voluntad del rey y del pueblo, y por la fuerza de esta espada que, si no cabezas, todavía puede cortar lenguas malignas. Haga lo que le corresponda y no se meta en lo que no le atañe.

—Bien dicho —gritó desde la puerta *tío Juan del Diablo*—. ¡Mire usted, qué negocio!

Aquella ocurrencia dejó espantados a los nobles, que conocieron al punto todo cuanto podían esperar del teniente de gobernador, tan parecido aún a aquel *Frasquito* ahijado de *Juan del Diablo*, que tuvo en continuo sobresalto a los pelucones de la villa.

Vuelta la comitiva a las casas reales, don Francisco Pérez de Sarmiento abrazando a todos sus partidarios que se agolparon en torno suyo, se dirigió al cabildo y con un ligero saludo, le previno cumplierse con el acuerdo, y al punto se procediese a hacer la publicación del bando. Dentro de aquel corto tiempo, la casa del *tío Juan* había mudado enteramente de aspecto. Se blanqueó la fachada, se arrojaron los muebles viejos, y la pequeña sala fue decorada con sillas de cedro, dos mesas de caoba y un altar adornado de infinidad de cuadros pequeños e irregulares de santos, cuya celestial comitiva era presidida por San Nicolás. En cada rinconera, también de cedro, campeaba un albornote de latón; y del techo pendían dos arañas del propio metal, y tres pequeños faroles de talco. El suelo estaba entapizado con lustrosos petates de palma, y las puertas tenían colgaduras de algodón, hechas en el país. Allí fue conducido el teniente en brazos de la multitud, que lo saludaba y victoreaba con exclamaciones vivas y entusiasmadas.

Mientras que los regidores hacían la publicación del bando, en los corredores de la casa de *tío Juan* se daba un copioso almuerzo a los concurrentes, entre los cuales lucían algunas bellezas del estado llano, que durante la persecución de *Frasquito* habían quedado excomulgadas de las fiestas de la villa. También ellas habían obtenido un triunfo, que no pensaron en malograr, desperdiciando la brillante ocasión que se les presentaba. El servicio de la mesa era de lo más decente que antaño se usaba. Sobre limpios manteles de manta, se encontraban sembradas, sin orden ni regularidad, cazuelas de barro vidriado colmadas de viandas sabrosas; a la izquierda de cada convidado había una pintada jícara de espumoso chocolate endulzado con miel de abeja, y preparado con cien especies estimulantes y aromáticas. Para los

aficionados, había también pitarrilla fresca en dos artesas; y una limeta de buen vino que facilitó, en calidad de préstamo devolutivo, el sacristán mayor de la parroquia, que en secreto era partidario de la gente del *Bronce*; y en señal de su adhesión había contribuido de aquel modo a la fiesta, con inminente riesgo de encontrarse de repente sin materia válida para el *sanguis*, que se consagra en la misa. *Tío Juan del Diablo* iba y venía, procurando que todo estuviera bien servido y arreglado; y a pesar de que estaba muy placentero, nunca le faltaba motivo para emplear su salida favorita de “*¡Mire usted, qué negocio!*”

En lo más empeñado del almuerzo, se presentó una cuadrilla de músicos, a cuya cabeza venía el miserable Juan de Hinestrosa (que era aficionado a la bandurria) para felicitar al teniente. La orquesta constante de dos violines, una vihuela, dos gaitas, varios caramillos y un hueco atabal, acordes con el instrumento de Hinestrosa, rompió en un andante compaseado, que los músicos tenían de reserva para los días clásicos, desde el advenimiento al trono de España del Señor Don Felipe III; como noventa años antes de la época de que se va hablando. El teniente, que aún no había visto, desde su llegada, a Juan de Hinestrosa, se inmutó de furor a la presencia de aquel ente despreciable que le traía a la memoria la pérdida más sensible a su corazón; la del amor de la que hoy era esposa del Alférez real. Su cólera habría estallado en aquel momento crítico si una mirada significativa de *tío Juan*, que ejercía un poderoso ascendiente sobre su ahijado, no lo hubiese impedido. Hinestrosa, fija la vista sobre el pequeño instrumento que pulsaba, no tenía valor para alzar los ojos delante de un hombre cuya justa indignación temía. Esto no bastó para que al levantarse de la mesa, se le acercase el teniente y le dijese al oído unas cuantas palabras misteriosas, a que correspondió con una ligera inclinación de cabeza, palideciendo al momento. Su bajeza y cobardía se pintaron al punto en su báquica figura.

En la puerta de la casa se había improvisado una enramada, y bajo de su fresca sombra se colocó la música de indígenas. Unos

tocaban el mitote, otros sacudían una concha de tortuga con el asta de un ciervo; y otros finalmente, adornadas las cabezas de plumas y flores, cantaban su antigua gloria en un lenguaje misterioso, y danzaban alrededor de otro indio viejo, que con ambas manos hacía vibrar el parche de un ronco tambor. Más allá, un ciego y un anciano pulsaban el harpa y la dulzaina. Sendas jícaras de pozole iban y venían de mano en mano. Aquél era un día de fiesta y de regocijo general.

A las doce, hecha la publicación del bando, se presentó el Ayuntamiento a felicitar en forma al teniente, y fue entonces cuando éste preguntó con ceño por su rival.

—Se ignora su paradero —contestó don Rodrigo Jiménez.

—Anoche, sin embargo, lo sabía usted bien, señor alcalde —replicó el teniente y el alcalde guardó silencio.

Tío Juan consideró de su deber invitar a aquellos caballeros a refrescar, y les fueron servidas grandes y matizadas escudillas de agua de naranja; que de limón, se habría tenido como veneno. Hinestrosa entretanto representaba en la sala el papel más ridículo y humillante, pues creyendo granjearse la benevolencia del teniente, se había concitado el desprecio de éste, y el odio e indignación de los nobles a quienes anteriormente adulaba y dirigía en sus injustos y escandalosos procederes. Así sucede de ordinario al hombre débil y sin dignidad, que se prostituye y envilece: no obra sino por el ciego impulso de las circunstancias emergentes.

Todo aquel día se pasó en bulliciosa fiesta, terminando con un baile que duró hasta las diez de la noche, cosa desusada en aquellos tiempos, pues el toque de *ánimas* se consideraba como la hora y señal del cielo para retirarse a su casa cada hijo de vecino. Numerosos grupos fueron saliendo de la plaza y tomaron las calles inmediatas: en un momento fueron reduciéndose hasta desaparecer enteramente, quedando la villa en el más profundo silencio; media hora después, no existía ni señal de haber pasado un día de fiestas.

II

La conferencia nocturna

Eran las doce de la noche, y *tío Juan* envuelto en una capa oscura permanecía como de centinela en la puerta falsa de la casa que habitaba y servía de alojamiento al teniente. Todos sus ademanes y gestos manifestaban la impaciencia que lo poseía, y el deseo de que llegase alguna persona que se hacía aguardar demasiado. Vino por último, y fue introducida misteriosamente en la alcoba del recién venido. Don Francisco Pérez de Sarmiento, junto a un pequeño biombo sembrado de pinturas extravagantes y caprichosas, permanecía sentado en un sillón, y sumido en una meditación profunda: sus ojos de fuego se paseaban vagamente y sin fijarse en un objeto; todas sus facciones parecían alteradas. Quien lo habría tomado por un furioso que estaba en su lucido intervalo; quien, por un infeliz agobiado bajo el peso de una espantosa desgracia. Toda la bulliciosa alegría que en el día anterior manifestara, era una vana apariencia, y no una realidad satisfactoria. A veces se le escapaba una lágrima, que nadie podría decir fuese de dolor, de rabia o desesperación; a veces se sonreía melancólicamente. Sobre una pequeña mesa, que tenía junto al asiento que ocupaba, se veían en desorden varios papeles recientemente leídos sin duda, y que acaso habría traído recuerdos siniestros y amargos. La pequeña lámpara que iluminaba la escena, despedía una luz tan pálida y mortecina, que daba a los objetos cierta apariencia triste y sombría. Parecía que un mágico iba a entregarse a operaciones cabalísticas.

Abrióse la pequeña puerta que correspondía a la sala y asomando la cabeza *tío Juan del Diablo*, hizo una señal significativa que fue comprendida al momento. Se embozó en su bata de flores don Francisco, y calándose hasta los ojos el birrete, mandó que entrase la persona a quien acompañaba el anciano.

Con timidez penetró en la estancia y acercándose con paso lento, a una indicación del teniente se colocó en un banco próximo, permaneciendo ambos en un profundo silencio, por espacio

de diez minutos. Rompiólo al fin el teniente y dirigiéndose al que tenía delante, que permanecía con la vista baja, le mandó que le mirase a la cara.

—Sí, señor, ya le veo y entiendo su aflicción.

—Y bien, miserable villano, ¿quién es la causa de mis penas?, ¿quién fue el infame que, no habiendo recibido sino beneficios de mí, me hizo la más negra y proditoria felonía que oírse puede? Si en vez de permanecer tranquilo, me alzara en el momento y le arrancara el corazón, ¿quién no me justificaría?

—Su misma conciencia, señor, que le reprocharía una acción indigna, cometida contra un indefenso, y que fiado en la promesa que se le ha hecho hoy, viene a dar cuantas explicaciones se exijan de él.

Ambos guardaron silencio otra vez. Hinestrosa (que era el mismo) sudaba copiosamente y sentía todas las congojas que acometen a un desgraciado que, sin valor ni firmeza, marcha al patíbulo. Temía el resultado de la conferencia, no sólo porque conocía el genio impetuoso y arrebatado de don Francisco, sino porque su posición era sumamente difícil en aquellas circunstancias. Ni él, por temor de las consecuencias, ni don Francisco, porque así convenía a sus miras, querían que se supiese en la villa la plática en que andaban; y la prudencia y actividad de *tío Juan* lo había allanado todo. Hinestrosa de grado o por fuerza debía revelar ciertos secretos importantes que interesaban muy directamente al teniente, que permanecía sumido otra vez en honda meditación. Sólo su respiración agitada y violenta se percibía en la silenciosa y melancólica estancia. Hinestrosa no tenía valor para hablar él primero, y permanecía fijo e inmóvil, como una estatua, en el asiento que ocupaba, arbitrando medios para conjurar la tempestad que tan de cerca le amenazaba.

—Y bien —exclamó don Francisco saliendo de improviso de su larga cavilación— ¿está usted en disposición de reparar en parte el mal que ha hecho a dos personas, que no tienen más delito que haberse fiado de usted más de lo que merecía?

—Yo... ese mal... a dos personas... ¡si tan sólo se hablara de usted! Veríamos si es posible.

—¡Miserable! vaya usted enhoramala. No crea usted que he agenciado el poder que obtengo por sólo justificar la conducta de mi buen padre, ni por lucir en este círculo insignificante, no. Yo necesito todavía de una reparación más importante, y cuando la obtenga, iré lejos de aquí a burlarme del impotente orgullo del Alférez y de su comparsa ruin, dejando en sus manos ese poder que tanto ambiciona, para ejercer su rudo despotismo sobre individuos, que cada uno vale más que todos los pelucones de Valladolid. No... yo exijo verla por lo menos ¿entiende usted?

—¡Verla! y ¿sabe usted las dificultades que se ofrecerían para conseguirlo? Son tan graves, que no me atrevo...

—¡Graves! No importa: el que abusando tuvo medios para engañarla y producir odio en su corazón... no le faltarán para allanar esas graves dificultades.

—Y ¿el Alférez?

—¡El Alférez! El Alférez pronto caerá en mis manos, y al efecto he tomado mis medidas, que no tengo voluntad de comunicar a usted. ¿Lo entiende? Aquí no se trata de él; lo que exijo es que usted me proporcione una ligera entrevista con ella. Quiero verla, hablarle, oírla. ¿Lo entiende usted?

—Ya: entiendo. Tendría el mayor gusto y satisfacción en complacer a usted, si esto dependiese únicamente de mí. Sabe usted bien que ella es una señorita virtuosa, honesta, recatada y de muy rígidos principios. ¿Cómo haré yo para vencer semejante obstáculo?

—Eso no me atañe. ¿No me amaba con entusiasmo? ¿No me había jurado eterna fe? ¿No iba a ser mi esposa? ¿No aborrecía a mi indigno rival? Si... ¡Sin duda alguna! Allí están sus prendas... que lo probarían. Ella pues dejó de amarme, violó la fe jurada y se echó en los brazos del aborrecible Alférez. Y ¿quién fue el traidor infame que me robó todos estos bienes? ¿Quién...?

E incorporándose don Francisco se lanzó sobre Hinestrosa, y ocurriera una catástrofe si *tío Juan*, que escuchaba en la pieza inmediata, no entrara de golpe a impedirlo, separando al teniente.

—No, *Frasquito* —exclamó el viejo—, no hay para qué mancharse con un crimen. Si se resistiere, ya le ajustaremos el coleteo. *¡Mire usted, qué negocio!* Y se retiró de nuevo tranquilamente a su puesto.

Don Francisco entretanto se paseaba del uno al otro extremo de la estancia, con señales de la más viva impaciencia; e Hinestrosa permanecía en un rincón temblando como un azogado.

—Bien, amigo Hinestrosa —dijo el primero deteniéndose de improviso enfrente de su interlocutor—. Nada de violencias: ofrézcame usted que hablaré hoy mismo con doña Perfecta, y todo está concluido.

—No está en la villa.

—¡Cómo! y ¿cuándo ha salido de aquí? Yo sé que anoche estaba en su casa.

—El Alférez la ha enviado la mañana anterior al pueblo de su encomienda.

—A Popolá. ¿No es esto?

—Sí señor —contestó sumisamente Hinestrosa.

— Bien: la veré mañana.

—¡Mañana! Mañana daré los pasos, y juro a usted que quedará satisfecho de mí, pues yo soy buen amigo.

—¡Infame! —pensó el teniente: este vil traidor también va a vender a su amigo el Alférez. No importa: es preciso que sea el instrumento de mis venganzas—. Y dirigiéndose a Hinestrosa, le tomó de la mano en señal de confianza.

—Conque mañana. ¿No es verdad?

—Sí, señor, mañana estará usted servido.

—Enhorabuena; pero ¡cuidado con una traición! Yo juro a usted en nombre de Dios vivo, que sería la última que hiciese en su vida...

—No, señor: yo le prometo que quedará satisfecho de mí.

—Bien, puede usted retirarse. ¡Silencio, sobre todo! ¡Cuidado, señor de Hinestrosa! Ya sabe usted que tengo medios, poder y voluntad para ahorcarle.

—Suplico a usted, señor teniente, que me crea. Yo serviré a usted de buena fe en este negocio, sin embargo de que es sumamente difícil y espinoso.

Tío Juan del Diablo se llevó a Hinestrosa, y lo condujo hasta la puerta por donde entrara.

III Un pronóstico

Luego que se retiró Juan de Hinestrosa, el teniente comenzó a hacer sus preparativos para la entrevista que le aguardaba. Formó un rollo de todos los papeles, que colocó en una pequeña cajuela de ébano, guarnecida de plata. Una sola carta quedó sobre la mesa; y he aquí algunos fragmentos de su contenido:

“Vanos han sido todos sus esfuerzos. El rey me ha dado una hora de audiencia, y ha escuchado con benignidad mis justas querellas, y sobre todo, previno en mi presencia al gobernador del consejo de Indias, que se atendiese mi justicia, y se me reparase el agravio que la audiencia de México me había hecho en su sentencia. Sabes tú los costos que este asunto me ha traído...”

“Pero sobre todo, el mal mayor que sufro es el estar separado de mi hijo: confío mucho en tu cuidado y vigilancia: pero él es joven vivo y travieso; y temería mucho que se malograsen todos mis trabajos, que sólo tienden a dejarle un nombre, que sepa vengar a nuestra familia de los desprecios mal merecidos que esos cavilosos y ruines republicanos nos han hecho a menudo.”

“Quién sabe cuándo nos veremos, querido Juan: ya la ausencia contra todo mi cálculo, se ha alargado a cuatro años.

Cuida al muchacho, y que no se meta mucho con ese bribón de Juan de Hinestrosa, pues tiene cara de tornadizo judío, y no es difícil que engañe a *Frasquito*, y ¡ojalá no fuese más que una sola vez!”

—Tuvo razón mi padre —dijo el teniente al ver a las últimas líneas.

La carta era fecha en Madrid a 22 de enero de 1680; y dirigida a *tío Juan*.

Fin de la tercera parte.

El secreto del ajusticiado

I

Es el once de mayo, año de la salud humana mil setecientos Cuatro. El pesado reloj de la Catedral de Mérida acaba de sonar, y son las seis y media de la tarde...

*Esta es la hora feliz en que natura,
recogida un momento, a Dios presenta
la grata sombra de la noche oscura,
y el tierno brillo que la noche ostenta.*

Lo que traducido en mala prosa, quiere decir que el sol se había puesto, y la noche se acercaba con paso veloz, como se acerca siempre el tiempo: *con paso veloz*, lo cual es sin embargo una figura poética.

Las anchas y elevadas bóvedas de la Catedral resonaban con el cántico lúgubre que la iglesia entona por los fieles difuntos, mientras que las campanas, en grave detonación, clamoreaban un funeral pomposo y notable. Sobre elevado catafalco, veíanse, a la par, dos ataúdes cubiertos de negra balleta con franjas y guarniciones de plata. Veinticuatro hachas de cera amarilla iluminaban el aparato; y todo el clero, secular y regular, precedido por un canónigo, dirigía preces al cielo por el descanso eterno de las almas de los dos personajes, cuyos despojos mortales estaban allí. Inmensa era la concurrencia en el templo, y no parecía sino que toda la población se había dado cita para aquel solo lugar a presenciar un

suceso importante. En aquel funesto día hubo un eclipse total de sol, tan completo que a las diez de la mañana se vieron patentes las estrellas, como en medio de la noche más cerrada y oscura. Por tanto, una especie de pavor supersticioso reinaba en los corazones, y el terror se veía pintado en todas las frentes.

Cuando los hermanos terceros bajaban los ataúdes del catafalco para llevarlos al sepulcro, y los padres jesuitas entonaban en coro aquel patético *In paradyssum*, que hace temblar al hombre más intrépido y sereno, el crepúsculo había desaparecido, y las iglesias de la ciudad hacían señal para la oración de la noche, y pocos instantes después, una espaciosa bóveda subterránea, situada en una de las naves laterales de la Catedral, recibió los restos de dos ilustres caballeros de Valladolid, don Miguel Ruiz de Ayuso y don Francisco Tovar, que aquella propia mañana fueron ejecutados en la cárcel pública por haber asesinado, en un tumulto ocurrido en dicha villa, a don Fernando de Osorno y a don Gabriel de Covarrubias, extrayéndolos, al efecto, de la iglesia parroquial en que estos desventurados se habían refugiado.

Al verificarse la inhumación, dejóse escurrir dentro del templo, por una de las puertas del frente, un hombre embozado en negro albornoz. Cautelándose de todos los concurrentes fuese ocultando en el coro bajo de los canónigos, mientras que otro individuo que parecía obrar de acuerdo con el embozado, se escondía bajo el retablo mayor en uno de los muchos escondrijos que entonces existían.

Fuese despejando la catedral: primero en pelotones, y después uno a uno, desaparecieron todos los asistentes. Media hora más, y las puertas todas estaban cerradas. Entonces un sacristán viejo y giboso cruzó silenciosamente el templo en varias direcciones, atizó la lámpara, entró en la sacristía, empujó las dos corpulentas hojas, que giraron sobre sus goznes hartos envejecidos, recorrió tras ellas dos fuertes cerrojos, y todo quedó sumergido en profundo silencio y negra oscuridad, que hacía más palpable, en tan vasto y lóbrego edificio, la tenue y mortecina lámpara que ardía ante el tabernáculo del sagrario. Los azorados habitantes de la ciudad se habían reti-

rado, más que de prisa, al hogar doméstico, y allí, a media voz, hablaban de la severidad que el gobernador don Álvaro de Rivaguda desplegó durante la ejecución de los dos caballeros de la villa. Así es que en la plaza grande y calles adyacentes reinaba el mismo sombrío silencio que en el templo, a donde vamos a entrar otra vez para presenciar una escena misteriosa.

II

El embozado, levantándose del enorme sillón del obispo, en que se había arrellanado, oculto detrás de unas cortinillas de damasco que, de ordinario, cubrían aquel regalado sitial, avanzó algunos pasos, cuidando de no tropezar y romperse la cabeza contra varios facistolos, uno de ellos colosal, que estaban esparcidos aquí y allí. Dio entonces una palmada, y el que se había ocultado bajo el retablo mayor vino acercándose a paso lento hasta encontrarse con el primero.

Érase éste como de cuarenta años de edad, alto, fornido y de mirada severa. Sus ojos negros y penetrantes brillaban al resplandor de la lámpara, a que se había aproximado. Dos negros mostachos y un largo y espeso mechón de pelo cubríanle el labio superior y toda la parte anterior de la barba. Su cabellera era un pelucón enorme sembrado de bucles enrizados, terminando por detrás en pequeña trenza atada con cinta carmesí bordada de oro, e introducida en una pequeña bolsa de terciopelo azul celeste. Al despojarse de su embozo, apareció un traje de lo más elegante que se usara en la época. Consistía en una rica chupa de grana, casaca azul, pantalón corto de punto, y medias de seda color de carne que cubrían dos robustas y contorneadas piernas, a que servían de base dos pies de magnífico corte, ocultos en un par de babuchas de gacela. Las vueltas, solapas y guarniciones de entorchados de oro, que adornaban su traje, indicaban, a la simple vista, ser oficial superior de los reales ejércitos, especie que ratificaba un pequeño sombrero de tres picos, en cuyo centro campeaba un corchete de oro, y que entonces llevaba debajo del brazo

izquierdo. No portaba consigo otra arma que una larga y agudísima daga con forro o vaina de plata, oculta bajo la chupa, y eso más por simple precaución que por temor a las cautelosas asechanzas de ningún enemigo oculto, pues el tal caballero era muy hombre para tenérselas tiesas, no ya con el más pintado hijodalgo de Mérida, sino con los mismos ladrones y asesinos que pudiesen asaltarle.

Pero si en el personaje del negro albornoz todo representaba a un noble y gentil hombre, era el otro individuo un cabal reverso de este retrato. Figurémonos un hombrecillo de cabeza abultada, frente deprimida, tez prieta y roída de la viruela, ojos pequeños y hundidos, ceja rala y cerdosa, nariz roma, labios gruesos y salientes detrás de los cuales se veía, con harta dificultad, uno u otro diente desportillado, cuerpo obeso pero bajo, patiestevado, y de un andar irregular, como si dijéramos que cojeaba de ambos pies; y he aquí un ligero bosquejo de su figura. Si tan raro conjunto, visto en lugar y hora tan solemnes, atemorizaría al más impávido, su traje era aún más chocante, si cabe, no tanto por su extravagancia, que ciertamente no podía ser más exagerada, cuando por aparecer bajo un sucio zamarro, manchado con sangre negra y pestilente, que había salpicado parte de su asquerosa cabellera. Y no se crea que al trazar ese bosquejo hemos querido inventar una figura clásica, como la de aquel Tersites que nos describe Homero en el libro segundo de la *Iliada*, y al cual dio el sabio Ulises una paliza atroz; ni mucho menos otra romántica, como la de aquel Quasimodo, campanero de Notre Dame de París, a quien el inimitable Víctor Hugo se complació en ataviar con los más horribles atributos de la deformidad, de una deformidad verdaderamente romántica. No: nada de eso. Sólo hemos delineado la imagen del verdugo maese Pedro Lobato, que ahorcó en la real cárcel de la ciudad a los alcaldes de la villa de Valladolid.

Los dos personajes se juntaron bajo el vistoso dombo de la catedral, en el pasillo balaustrado que del coro lleva al presbiterio.

—¿Has comprendido perfectamente mis órdenes? —dijo el del negro albornoz al del sucio zamarro.

—Ya sabe vuestra señoría que tengo mucho gusto en cumplirlas —rezongó el verdugo.

—Lo que sucede es que alguna vez eres poco diestro en ejecutarlas.

—Pero, señor... yo...

—Bien, bien; te disculpo, y aquí no se trata de hacerte cargos. Pero ya sabes que la bolsita me interesa. Necesito tener en mis manos el tal cartapacio, para lo que pueda importar al real servicio.

—Si me permite vuestra señoría hacer una observación...

—La que gustes.

—Se reduce... Digo... Sin intención de faltar... Pues... Si no me equivoco...

—Vamos, di sin vacilar ni andarte con rodeos.

—Pues, señor, con la venia de Vuestra Señoría me parece que si se tratara de asuntos del real servicio, no había necesidad de venir tan misteriosamente a este sitio. Con mandar que se reconociese el cadáver, y que se le despojase de todo lo que tuviese consigo, la bolsa habría venido a manos de vuestra señoría.

El caballero se mordió el labio superior con los dientes inferiores; sentó su mano derecha sobre el hombro izquierdo del verdugo, y se le quedó mirando de hito en hito. Luego dijo a su interlocutor:

—Discurro que no querrás entrar en discusiones conmigo.

—Por supuesto, señor, ¿quién piensa en eso?

—Tú eres un pícaro. Fuiste tan poco diestro al tronchar el pescuezo de esa buena pieza de Ayuso, que me has puesto en el disparadero de venir aquí a juntarme contigo en este lugar sagrado, que estás profanando con tu presencia.

—Pero, señor, no es culpa mía. Aquel bendito fraile no dejó el cadáver un solo instante.

—En fin, tú sabes la recompensa que te he ofrecido; no te faltará, a fe mía; pero es preciso que te metas allí abajo, a cualquier costa, y ahora mismo.

—La operación debe de ser un poco larga, y...

—No tanto. ¡Qué diablo de hombre! Yo te ayudaré desde arriba, y veremos de salir del apuro.

—Pues cuando Vuestra Señoría guste. Estoy a las órdenes de Vuestra Señoría.

—Toma: aplica el rollete a esa lámpara.

Obedeció el verdugo, y ambos se acercaron al sitio en que estaba recientemente colocada la losa que cubría la bóveda de los alcaldes de Valladolid. El embozado aproximó una enorme tranca, que estaba por allí, y comenzaron la tarea.

—¡Cáspita! —exclamó el verdugo—. Este pedrusco pesa como un demonio.

—¡Oh! No seas cobarde. Mira: esta gruesa tranca va a servirnos de palanca. Introdúcela en la primera argolla... Así va bien. Ahora... la otra, y apoya en el suelo... Bueno... ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba...! Perfectísimamente.

—Y ahora ¿qué he de hacer?

—¿Qué has de hacer? ¡Buena pregunta! Entrar... y ¡cuidado con equivocarse! Ya sabes que el ataúd de Tovar es pequeño, mientras que el otro, el que nos interesa, es decir, el que interesa al real servicio, es mucho mayor. Alzas la tapa... metes la mano... registras bajo la almilla... y sacas la bolsa consabida. Con que despáchate. Entra con el rollete, que yo estoy aquí para guardarte las espaldas.

El verdugo desapareció como una visión.

“Este hombre es un demonio —pensó el embozado—. El padre prepósito me dice, sin embargo, que no me fíe de él, pues probablemente está ya sobornado. No importa; lo que es la bolsa, de eso estoy seguro, aún debe de estar oculta bajo el vestido de Ayuso. Veremos. ¡Ella, de grado o por fuerza, ha de caer en mis manos!”

—Qué tal maese. Pero ¿parece o no parece? —preguntó el caballero, alargando el cuello sobre el amortiguado reflejo que proyectaba la entrada de la bóveda.

—Un poco de paciencia. Este ropón de ajusticiado me impide... y como hay un... un olor...

—¡Cómo! ¿Tiemblas, compadre? Discurro que no será de miedo. ¡Ahorcas con tal gracia y limpieza, y aprietas el corbatín con tal habilidad!

—Yo no digo que no, pero...

—Sin embargo, a ese pobre diablo de esta mañana... a quien hubo de reventársele la cuerda... Mira: ¿sabes tú que yo... no puedo olvidar aquella cara encendida... aquella frente cubierta de sudor... aquellos ojos desencajados? Escucha, maese. Pero ¿tú oyes algo en este momento...? ¡Ah!, ya caigo: es el viento que entra silbando por esas vidrieras rotas...

— Parece que es vuestra señoría quien tiembla ahora.

— Lo que es temblar, exactamente temblar, no; pero... esto es algo pesado... ¿No oyes...?

—La verdad, yo no oigo sino el viento que...

—¡Ya! Por supuesto, es el viento. Yo he visto al enemigo cara a cara en más de cuatro batallas campales, escaramuzas, funciones de guerra, *et caetera*, lo que tú quieras, y jamás he temblado.

—Pero lo cierto es que si Vuestra Señoría no asegura bien entre sus manos este rollete, que le ruego tenga un momento, corremos peligro de quedarnos a oscuras, y la cosa se pondría de mala data... y luego que yo no hallo... ¡Qué diablo! No hallo el mueble que Vuestra Señoría quiere chafar al muerto.

—Vamos. ¡Bueno es eso! No acostumbras ser tú tan torpe de manos.

—Pues señor, meto la mano que, como dice Vuestra Señoría muy bien, nada tiene de torpe. ¡Qué frialdad...! Registro... y ni cordón, ni bolsa, ni escapulario, ni cosa que lo valga. Ha desaparecido.

—¡Ha desaparecido! Eso es imposible.

—¿Qué llama Vuestra Señoría imposible? ¿Por nada cuenta vuestra señoría la intervención en este asunto del padre jesuita, que le reveló este misterio?

—¡Hola! ¿Y de qué sabes tú que el padre jesuita me ha revelado la existencia de esa bolsa?

—Lo discurro no más.

—Pues me alegro de que discurras tan bien. Yo te daré el premio de tus buenos discursos.

El caballero, que en aquel momento conoció con evidencia el fraude del verdugo, pues observó que ocultaba cierto bulto pequeño bajo el zamarro, dio fin a aquella escena mandándole salir de la bóveda.

—¿Conque desiste vuestra señoría de toda pesquisa?

—Sí: al menos sobre el cadáver.

—Ya ve vuestra señoría que he hecho todo lo posible por...

—Estoy satisfecho. Salgamos pronto de este recinto.

— ¿Y la piedra?

—La piedra se queda allí.

—¡Cómo! ¿Y qué se dirá cuando venga el día, y se la encuentre removida de su sitio?

—Dime: ¿tú quieres entrar en discusiones conmigo?

—¡Ay, no, señor!

—Pues punto en boca y sígueme.

El verdugo inclinó la cabeza.

Cubrióse con la capa el caballero, aplicó una llave a la capilla del sagrario, entraron, cruzáronla, y abierta otra puerta que da al atrio de la Catedral, salieron del edificio. El reloj dejó oír en aquel momento cuatro melancólicas campanadas, y luego una grave y robusta. Era la una de la noche.

—¡Hola! —gritó el caballero, dirigiéndose a una fuerte patrulla que estaba apostada a la puerta misma—. Prended a este pícaro, y registradlo bien.

—Pero ¡señor gobernador! —exclamó aterrado el verdugo.

—Cumplid mis órdenes.

A poco se dirigió el gobernador al real palacio, teniendo ya en su poder el caro objeto de sus pesquisas.

El verdugo fue a la cárcel, en donde pasó el resto de la noche, no muy contento de su última aventura.

III

En la fecha a que se refiere la presente historieta, el espíritu y fervor de los padres franciscanos habían decaído considerablemente. Era ya, por desgracia, el convento de San Francisco un foco de intrigas que tendían, bien a ingerir a la orden, por mil títulos respetable, en los negocios de la administración civil; bien a neutralizar la omnipotente influencia que los jesuitas ejercían sobre los gobernadores y obispos y sobre muchos caballeros nobles y poderosos de la ciudad; bien a afianzarse en la posesión de las doctrinas y vicarías que les proporcionaban poder, riqueza y medios de agresión contra sus adversarios; o bien, por último, a fomentar sus divisiones y parcialidades intestinas que les facilitasen colocar en los capítulos y congregaciones a los hermanos del respectivo bando. En este punto, siempre obraban en cabal desacuerdo; pero en los demás, encaminados a un propio fin, e inspirados por el espíritu de cuerpo, formaban los frailes una masa compacta e impenetrable a los tiros de sus enemigos. Y como estos choques y desavenencias, estos litigios interminables y estas elecciones ruidosas eran el único asunto que llamaba la atención en aquellos tenebrosos tiempos de servidumbre tranquila y sepulcral, todos los honrados vecinos de la muy noble y muy leal ciudad de Mérida se interesaban en el negocio más o menos directamente, servía de texto a sus discusiones, rolaba decididamente en las pláticas de las tertulias, e influía, más de lo que en este año de 1845 pudiera creerse, en las transacciones de la vida civil. Ésta es una verdad que parece cuento.

Cuando don Martín de Urzúa y Arizmendi, después conde de Lizárraga, vino a gobernar esta provincia, estaba ya preocupado contra los franciscanos. Dio malísima acogida al provincial y

padres graves de la orden, de donde infirieron que su señoría les había cobrado un odio gratuito. Para cerciorarse mejor acerca de las verdaderas intenciones de Urzúa, enviáronle el día de Navidad, como era de costumbre recibida, un rico regalo, que consistía en una fuente de plata con cien doblones de a ocho. El gobernador, no sabemos si por pureza y desprendimiento, o por mala voluntad que tuviese a los frailes (y esto es acaso lo más cierto), rehusó el regalo, devolviéndolo al punto con un recado fuerte y ultrajante, que si bien por el momento aterró a los padres, más adelante sirvió de base al odio profundo que profesaron a aquel caballero. Desgraciadamente el gobernador no era hombre exento de tachas, algunas muy feas en verdad. Sobresalía entre sus defectos el de ser tan rencoroso y vengativo, que era capaz de violar todas las leyes divinas y humanas para satisfacer aquella abominable pasión. Así fue que nadie puso en duda, cuando ocurrió el hecho, que el asesinato cometido por los alcaldes de Valladolid don Miguel Ruiz de Ayuso y don Francisco Tovar Urquiza, fuese obra de Urzúa, por el odio que abrigaba contra su teniente en aquella villa, don Fernando Hipólito de Osorno, y el desgraciado amigo de éste, don Gabriel de Covarrubias. Un hecho tan atroz, sacrílego y escandaloso, colocó al gobernador en una posición falsa y comprometida, en la cual los franciscanos podían, a mansalva, hacerle una guerra sostenida y vigorosa, que su gran valimento en la corte acertó a neutralizar. Valimento que, sea dicho de paso en obsequio de la justicia, se lo había granjeado en fuerza de sus servicios a la corona, uno de ellos el muy recomendable de haber conquistado y pacificado la provincia de Petén Itzá.

La esposa de Urzúa, señora de alma grande y amante entusiasta, además, de su esposo, permaneció en la provincia, mientras el gobernador sinceraba en España su conducta, y respondía a los numerosos cargos que el obispo y los franciscanos habían acumulado contra él, empleando al efecto todo el oro que había logrado en su gobierno, y aún más que recibió de sus amigos; que era así, a fuerza de oro, como se manejaban los negocios de América en

la corte, principalmente en aquellas críticas circunstancias en que la nueva dinastía de Borbón hacía poderosos esfuerzos para afianzarse en el trono disputado por don Carlos de Austria, sin contar para nada con el voto de la nación.

Don Álvaro de Rivaguda, gobernador interino que reemplazó a Urzúa, ofreció su protección a la esposa de éste, en todo lo que no se opusiese a la justicia ni estuviese en contradicción con el cumplimiento estricto de sus deberes; lo cual no era mucho, pero en fin, era algo supuesto el arraigado encono de los enemigos de su esposo. La buena señora quería, con decidido empeño, que se difiriese la ejecución de los alcaldes de Valladolid; pero Rivaguda no sólo llevó a efecto inmediatamente la sentencia de la real audiencia de México, que impuso la pena de muerte a aquellos desventurados, sino que él personalmente presidió y dirigió la ejecución en el patio de la real cárcel de Mérida.

Ruiz de Ayuso, agente del gobernador Urzúa, había sido el principal autor de los asesinatos de Valladolid. Confiaba a ciegas en su protector, pues conservaba consigo, en una pequeña bolsa que traía al cuello, y de la cual jamás se separaba un instante, toda su correspondencia con el gobernador, y en ella la prueba irrecusable de la complicidad de Urzúa. Mientras éste permaneció en la provincia, después que fue preciso prender a los alcaldes para salvar las apariencias, más que de prisión y seguridad, la cárcel servía a Ruiz de Ayuso de cómodo y holgado alojamiento, del cual salía cada vez que su voluntad o sus negocios lo llamaban fuera. Cuesta arriba se le habría hecho creer entonces que de la cárcel subiría al patíbulo. Pero vino Rivaguda; se estrechó la prisión; se redobló la custodia de los presos; se les condenó a muerte; y se les metió en capilla para la ejecución. Perdida toda esperanza, Ayuso resolvió delatar a Urzúa, entregando al obispo, que era tío de Osorno, y uno de los más airados enemigos del gobernador, la bolsa misteriosa que encerraba aquel secreto. El prepósito de la compañía, amigo íntimo del ausente, y confesor, en el último trance, de Ayuso, logró disuadir a éste de aquella inútil delación, aconsejándole que llevase al sepulcro su

secreto. Resignóse el reo; pero un fraile franciscano, que ejercía el oficio de auxiliante, se enteró del asunto, y ocurrióle la feliz idea de sacar provecho de aquel descubrimiento en beneficio de su orden. Rivaguda y la esposa de Urzúa supieron por el prepósito el suceso, y resolvieron por su lado apoderarse a toda costa de aquellos documentos, y he aquí como fue complicándose la intriga. Cada uno de los interesados en ella tropezaba con la vigilancia tenaz y no interrumpida de los otros.

Dejemos, pues, a don Álvaro en su retrete, y al verdugo en el calabozo; sentémonos al pie de aquella cruz de piedra colocada en un ángulo del atrio de la catedral, y esperemos algunas horas. Dan las seis de la mañana, y, viniendo por la calle de Jesús, aparece un religioso franciscano de aspecto venerable y frente majestuosa. Es el que auxilió en sus últimos momentos a los ajusticiados de ayer. Ha dormido la noche anterior fuera de casa, por que fue a desempeñar su santo ministerio al lado de un enfermo, que se encuentra en vísperas de partir al otro mundo. Sigue el religioso su paso mesurado en la acera de palacio: al llegar a la ventana de la antecámara del gobernador, hace una ligera inclinación de cabeza, apenas perceptible, y que es correspondida por una sombra que se dibuja detrás de la vidriera, sin que sea posible distinguir si esa sombra es una cabeza, una mano, o alguna cortinilla. El religioso comienza entonces a caminar de prisa, enfrenta con la catedral, ve una puerta abierta ya, y se introduce. Arrodiábase un instante delante del sagrario, lanzando una furtiva ojeada sobre un grupo de sacristanes y monaguillos que contemplan admirados la remoción de la pesada lápida que cubría el sepulcro de los finados alcaldes de la villa. Sin detenerse, entra por la gran puerta de la sacristía, la cruza, pasa enfrente de la sala capitular, atraviesa un patio, luego un pasadizo, y desemboca a la calle por la portería de los canónigos. Sigámosle en su marcha, que ya es bastante rápida.

Dirígese por la calle del sur; y en cinco minutos recorre una... dos... tres cuadras. Cruza, y toma el rumbo del oriente, y comienza a subir la cuesta del castillo. Llega al glacis de la forta-

leza, salva la pesada puerta de hierro que sirve de principal entrada, y dejando a la izquierda las habitaciones del castellano, y a la derecha varias casernas, encuéntrase en una amplia y espaciosa plaza, decorada en el fondo con la portería del convento y las iglesias de San Francisco y San Cristóbal; al norte con una prolongadísima ala del gigantesco edificio; y al sur con la iglesia de los hermanos terceros y la santa escuela. Dos calzadas de sillería, convergentes hasta la puerta principal, conducen, la una al pórtico de San Francisco, y la otra a la portería. Nuestro buen religioso toma esta última: entra en un elegante corredor de tres arcos, y, saludando al portero, atraviesa una bóveda pintada al fresco, que representa varias alegorías sagradas. Ofrécese luego a su vista un magnífico peristilo y a su extremo opuesto va a buscar un pasillo, que lleva a la escalera principal. Sube hasta el último peldaño, y hállase en el segundo cuerpo del peristilo. La primera celda es una habitación de dos salones espaciosos, y allí es donde mora el padre guardián, que es el superior especial de la casa. Entra el auxiliante, y recibe la bendición del prelado. Encaminase, en seguida, al claustro de la comunidad, que es un largo y estrecho corredor con celdas a derecha e izquierda. Antes de entrar en la suya, tiene necesidad de tomar el desayuno, y para eso ocurre a la chocolatería, en donde el hermano refitolero le suministra la ración acostumbrada, encerrándose después en la celda por espacio de diez minutos.

En un rincón del extenso claustro de comunidad hay un pequeño caracol, que lleva a las habitaciones del primer piso. El religioso, nuestro compañero de incursión, desciende por el tal caracol, y encuéntrase en un espléndido patio al nivel de la plaza que ya conocemos. Este patio es el de la enfermería de San Francisco, edificio capaz y cómodo. Dejándolo a un lado, toma otra escalera que conduce al noviciado. Éntrase por un laberinto de galerías, salones y pasadizos de maciza construcción. Allí habita el maestro de novicios, con quien tiene que departir acerca de un negocio de la mayor trascendencia. Es el padre maestro de novicios un personaje grave de la orden, en la cual ha obtenido

los empleos de más valor y honra; pero quiere ser provincial, y se encuentra malquerido de los cohermanos, y sin más apoyo que el del padre visitador, presidente nato del capítulo, quien a pesar del cuerpo de guardianes, que es nada menos que el cuerpo de electores, está resuelto a llevar adelante su propósito de hacer elegir al maestro de novicios para ministro provincial de esta provincia del patriarca Señor San José de Yucatán. El cuerpo de guardianes, que ya está reunido en el convento grande, porque mañana trece de mayo es la elección, rehúsa dar su voto al propuesto por el visitador; pero éste no desconfía, y ninguno mejor que él conoce los amaños e intrigas que se cruzan en cualquier elección. A su noticia ha llegado, la mañana anterior, la existencia del consabido secreto del ajusticiado, y, estrechándose las manos con satisfacción, ha dicho para sí: "*Nostra est electio*"; y ha obrado en consecuencia. El religioso auxiliante es su diestro y poderoso agente, el *factotum* de este enredo, que se ha intrincado asaz extrañamente por la visita nocturna del gobernador.

Desconcertado el padre maestro de novicios al escuchar el relato del padre auxiliante, quedóse, gran trecho, entregado a mil reflexiones tristes y sombrías, sin decir una sola palabra; pero, en fin, el negocio era urgente y no daba largas. Resolvieron, de común acuerdo los dos interlocutores, poner en noticia del visitador el suceso, confiados en el fácil expediente de su reverencia para arreglar cualquier asunto arduo y complicado. Diéronse cita, pues, para la celda del visitador, dirigiéndose a ella por rumbos diversos, a fin de no excitar las curiosas indagaciones de la comunidad, que estaba como en ascuas esperando el éxito final del capítulo, que había de celebrarse en la madrugada del siguiente día. Todos sabían que el maestro de novicios, apoyado por el visitador, aspiraba al provincialato; pero era pública y general la ojeriza contra este religioso, y nadie dudaba que el padre lector de *locis theologicis* obtendría la elección, porque varios guardianes externaron su dictamen en este grave y delicadísimo negocio.

El maestro de novicios se dirigió al elevado claustro de los provinciales, en que tenía alojamiento su protector. Hizo otro

tanto el auxiliante, por mil rodeos, y llegaron ambos a la lujosa y bien amueblada celda de su paternidad muy reverenda. Un donado de graciosa figura y alisado cerquillo entró recado, y los dos recién venidos se hallaron frente a frente de un corpulento y robusto religioso que, sentado en una poltrona, teniendo por delante una mesa pequeña decorada con una vistosa jícara de espumoso chocolate y un azafate de molletes, se disponía a tomar su modesto y ligero desayuno monacal.

—¡Todo se ha perdido! —exclamó consternado el maestro de novicios.

—Lo dudo mucho —dijo fríamente el visitador, engulléndose el primer mollete, y sorbiendo dos tragos de chocolate.

—¡Si en esto no cabe duda, Dios mío!, el padre auxiliante, que ha estado en vela toda la noche, me ha dado razón del mal resultado de nuestra tentativa. Ya sabe vuestra reverencia que informados de la cita que el gobernador dio a maese Pero Lobato, muy devoto nuestro, comprendimos lo que se trataba. Pues bien: la cita ha tenido lugar y maese Pero está en la cárcel, y los papeles en la carpeta de don Álvaro.

—¡Qué me dice usted! ¡En la carpeta de don Álvaro! —exclamó el visitador haciendo desaparecer el segundo mollete y cerca de media jícara de chocolate—. ¡Ah, entonces es lo mismo que si lo tuviéramos en nuestro poder!

El maestro de novicios y el auxiliante se miraron azorados; y esta mirada podía traducirse o formularse así: “Vamos, el hombre está loco.”

—Como suena: continuó el reverendo. Ahora están más seguros que nunca; y eso sin que nos cueste trabajo ni vigilia alguna.

—Pues, señor, yo no comprendo una palabra de todo esto, si no es que el provincialato se me ha vuelto agua de cerrajas, y se lo llevará, sí señor, se lo llevará mi rival.

—¡Ah, ah! —murmuró el visitador concluyendo el tercer mollete—. ¡Qué poco ánimo, qué poca habilidad! Dígame usted, padre maestro: ¿Todavía aquella chica, pues, la sobrinita de usted anda perdida de amores por aquel mozalbate?

—¿Quién? ¿El paje de don Álvaro?

—Justo: el paje de don Álvaro.

—¡Ah! Sí... Es cierto, hay algo... pero ya sabe vuestra paternidad que lo he lanzado de casa. ¡Es un holgazán, sin patrimonio, sin oficio ni beneficio! Él cree que la protección de su amo vale alguna cosa; pero, la verdad sea dicha, eso de protecciones no es moneda corriente.

—¡Ya, ya! No es moneda corriente; pero es preciso que usted se resuelva a emparentar con el chico, una vez que él lo desea tanto y la niña no lo rehúsa.

—Dispéñeme vuestra paternidad muy reverenda; yo no puedo consentir en semejante casamiento. Hablemos de mi asunto.

—En tal caso —dijo amostazado el visitador apurando la jícara de chocolate y tragando el cuarto mollete—, en tal caso, no puede usted ser provincial. Yo, usted lo ha visto, he tenido mil disgustos y contratiempos por sostener, se entiende, en interés de la orden, las pretensiones de usted; pero ya que vacila tanto en los medios, vamos, no hay que pensar en el provincialato, por lo menos en el capítulo de mañana.

—Pero yo no veo que conexión...

—Hablemos claro. ¿Quiere usía o no quiere ser provincial?

—Esa pregunta... Demasiado sabe vuestra reverencia que sí quiero: se entiende, en interés de la orden.

—¿Cree usted que los papeles de Ayuso son de capital necesidad en el asunto?

—Ya lo creo.

—Pues en tal caso, es preciso que se revuelva usía a casar a su sobrina con el paje del gobernador.

El padre maestro quedó pensativo un momento.

—Bien! —dijo en seguida—. ¡Hágase la voluntad de Dios!

—Entonces, vaya usted a cuidar de sus novicios, y déjeme al padre auxiliante, con quien me entenderé mejor.

El maestro de novicios salió de la celda, y el visitador tuvo una larga plática con el auxiliante.

A las nueve de la mañana volvió a salir éste del convento, a continuar su tarea piadosa al lado del moribundo.

IV

Necesitamos entrar ahora en la tertulia del gobernador. Nuestros lectores de hoy, salvando un espacio de ciento cuarenta y un años, van a concurrir a cierto salón, en que actualmente se reúne el acuerdo del tribunal superior, y que entonces servía de sala de recibo particular, todas las noches en que Su Señoría don Álvaro de Rivaguda gustaba de permanecer en casa. Formaban la tertulia, de ordinario, el provisor, los canónigos, el prepósito de la compañía de Jesús, los oficiales de la real hacienda, algunos regidores y otras varias personas caracterizadas de la ciudad. La conversación rolaba sobre las ocurrencias del día, sobre las novedades de España y de México, cuando había correo de cualquiera de las dos cortes, lo cual se celebraba como un acontecimiento notable. Aquellos leales y honrados vasallos oían hablar de Madrid como si se tratase de Pekín, capital del sublime imperio celeste; y del monarca, como de un semidiós, a quien, en su extraviada imaginación, comparaban con el gran Tamerlán o con el Preste Juan de las Indias; no cesando de admirarse, al saber, de aquellas lejanas regiones, noticias tan frescas que alcanzaban apenas a un año de fecha.

Cuando entremos en la tertulia, el señor deán tiene la palabra. Escuchémosle. Refiere, al pie de la letra, el suceso de haberse encontrado separada de su sitio la lápida que cubría el sepulcro de los alcaldes de Valladolid, lo cual, junto con el diabólico y extraño eclipse del día anterior, probaba *demonstrativé* que aquellos cadáveres no debieron ser sepultados en sagrado.

—El sacristán que guarda el templo —añadió—, ha escuchado, durante la última noche, suspiros, sollozos y alaridos capaces de infundir pavor hasta a las ánimas del purgatorio, *quae, per misericordiam Dei, requiescant in pace*. Después de tan inusitados ruidos, oyó un estruendo tal, que no parecía sino que toda la

Catedral se hubiese desplomado. Luego que pudo, si es que pudo, se incorporó y corrió a despertar a los monaguillos y sacristanes que duermen arriba, lo cual le costó, para más señas, un trabajo indecible, porque parecían de piedra los malvados. Y sin embargo, el pobre sacristán creía que toda la ciudad estaría en pie; y he aquí, *veniam impetrantes propter digressionem*, una de las cosas que sorprenden: un estrépito tan descomunal, y ¡todos durmiendo! Por fin, a duras penas, logró despertar al sacristán mayor, y, *suspensio pede*, fueron caminando paso entre paso, *pedetemptim*, hasta que entraron en la iglesia y vieron... ¡todavía me espeluzno al referirlo! Y vieron que el sepulcro estaba abierto: sí, señor, abierto.

Todos los concurrentes se santiguaron. El deán continuó:

—Lo cual prueba, *salvo meliori iudicio*, que la explosión se verificó *motu interno*, como dicen los físicos, y sobre todo *causa superiori perefficienti*, como enseñamos nosotros los teólogos.

—¡Con que todo eso hay! —exclamó don Álvaro, pudiendo apenas contener la risa.

—Eso, y mucho más —repuso el deán—. Porque ha de saber vuestra señoría y todos los que no lo sepan, que la violación de una iglesia, tal como la que cometieron esos desventurados de ayer, induce sacrilegio y excomunión mayor *latae sententiae ipso facto incurrenda*, según lo tienen establecido muchas decretales contra los violadores; y ya habrá oído decir vuestra señoría que una excomunión de esa clase está reservada, *jure proprio*, al romano pontífice, como decimos los escolásticos, separándonos en éste y otros varios puntos, de ciertos principios laxos de los casuistas, que sienten y además sientan...

—Lo que sienten o sientan los casuistas —interrumpió un racionero que sólo había mal mascado algo del libro cuarto de Nebrija, y el tratado de *Sacramentis in genere*, lo que sienten o sientan los casuistas, pueden sostenerlo contra la caterva de probabilistas, y contra los sectarios de Pedro Lombardo, el sutil Escoto, Calepino y *Gradus ad Parnasum*, si es nombre propio el de este último.

—¡Por Dios, señor prebendado! —dijo el gobernador—. Salgamos de esas honduras, y no vaya a convertirse la tertulia en aula escolástica.

—Es que yo no soy ergotista —observó el racionero.

—De buena cosa se alaba usía —dijo a su vez el maestrescuela.

—Dejémonos de controversias —prosiguió el gobernador.

—Permítame vuestra señoría defenderme, señor gobernador —dijo el racionero; y dirigiéndose luego al maestrescuela continuó—: no es porque me alabe, no, señor, pero si algunos hacen su carrera predicando, yo he hecho la mía sirviendo al rey nuestro señor, en su real armada.

—Yo no sé quién tendrá razón —volvió a terciar el gobernador—. Lo que sé es que me aburre el ergotismo y todos sus adherentes. ¡Dios eterno! ¡Si es un campo de batalla cada acto del colegio de San Pedro y del convento de San Francisco! Todo se vuelve gritos descompasados, gesticulaciones, palmadas, golpes contusos... y qué sé yo. ¡Uf! ¡No es bueno que aún no he vuelto en mí del susto que tuve en el último acto, en que me han atornado los oídos con sus gritos y palabrotas bárbaras, dejándome la cabeza llena de viento, y vacía de cosas de provecho? Que me ahorquen en las filas del pretendiente don Carlos, si por más tarjas en raso de China que me traigan todos los actuantes del mundo, vuelvo yo a concurrir a ningún acto escolástico.

El deán y el maestrescuela, que estaban cerca el uno del otro, cambiaron una mirada que parecía decir: “¡Pobre diablo; no entiende de lo que es bueno!” El deán volvió a su cuento, con la más imperturbable sangre fría.

—Sí, señor; separándonos ahora de tales controversias, como dice muy bien el señor gobernador, es preciso convenir en que el susto que hemos llevado no es tan insignificante: quiero decir, que significa alguna cosa. El cabildo se reunió para resolver en tan delicada materia. Yo y el señor maestrescuela, que aquí está presente, opinamos por la extracción de los cadáveres, a fin de que se sepultasen en el monte, bajo un árbol cualquiera, y no permaneciesen en lugar sagrado, que en Dios y en mi ánima no

merecen. Pero, ¡cosas del mundo!, sucedió lo que sucede en todos los cuerpos colegiados, de cualquier naturaleza que sean.

—¿Y qué es lo que sucede? —preguntó medio encolerizado el racionero, que había hecho su carrera en la real armada.

—¿Qué sucede? —repuso el deán—. Una cosa muy sencilla: *videlicet*, que el mayor número de votos prevalece contra el mayor peso de las razones; es decir, que la minoría, aunque tenga sobrada justicia, pierde; y la mayoría triunfa, aunque sostenga un despropósito: *absurdum*, como decimos los que sabemos algo de dialéctica.

—¿Y todo eso que dice el señor deán, está escrito? —preguntó abriendo un palmo de boca el contador de real hacienda.

El deán se arregló el solideo, sacó la caja de polvos, abrióla muy lentamente, tomó una buena porción de tabaco entre el pulgar y el índice, sorbiólo deliciosamente, y mirando con aire de protección al que había hecho la pregunta, contestó:

—Sí, señor: todo eso está escrito, y en letra de molde.

Y guardó la caja después de haber sacudido con finura parte del polvo, que había ensuciado su sotana. Luego prosiguió.

—Si una demostración a *priori* es negada por los colegas, pésele a quien le pesare, se convertirá en demostración a *posteriori*, y aun *plus ultra*, si se ofrece. Y si no, aquí está la prueba concluyente. Yo y el señor maestrescuela somos en el cabildo los dos únicos doctores, que yo soy graduado por Orihuela, y el señor lo es por Granada...

—Yo hice mi carrera en la real armada —rezongó el racionero que ya conocemos.

—Decía, señores —prosiguió el deán, sin hacer caso de la interrupción del racionero—, que yo y el señor maestrescuela somos en el cabildo los dos únicos doctores; y sin embargo de nuestra opinión, quedó resuelto que los alcaldes de Valladolid, *pro ut nunc habentur*, es decir, en el estado de cadáveres, permaneciesen en el sitio que *physice et materialiter* ocupan en la Catedral. Y así se está ello.

—Entonces no hay más que resignarse —murmuró el gobernador.

—Y protestar, como lo hemos hecho —dijo el deán.

—¡Cuidado con las rencillas! Siempre tienen malísimo resultado —observó el provisor—. Mejor será echar tierra a todo esto, y olvidarlo. A bien que mañana tendremos hartos en que ocuparnos con el capítulo, que va a celebrarse en San Francisco.

—Dicen que el lector de *locis theologicis* se lleva la tajada —dijo un regidor pasándose la lengua sobre el bozo.

—En eso hay su más y su menos —observó el tesorero—. El padre visitador, que es perro viejo en esto de elecciones, está decidido por el maestro de novicios.

—Malas lenguas añaden que si resultase electo el maestro de novicios, partirá el provecho con el visitador —murmuró el prepósito.

Incorporóse en esto el gobernador y, pidiendo la venia, se dirigió a las habitaciones interiores. A los dos minutos volvió a la tertulia.

—Juraría —dijo— que alguien andaba en mi gabinete.

—¿Y qué novedad? —preguntaron todos.

—Nada —contestó el gobernador—, sería el viento. He registrado, y todo está en su sitio.

—¡Cuidado! —díjole el prepósito al oído—. En la tarde de hoy el padre auxiliante ha tenido una larga conferencia con ese joven que sirve a vuestra señoría de paje. Lo sé de muy buena tinta.

El reloj dio una hora. Eran las nueve de la noche; y la Catedral hizo la acostumbrada señal de *queda*.

Disolvióse la tertulia.

V

Es la hora del alba, y va amaneciendo el día 13 de mayo de mil setecientos cuatro. Toda la comunidad de San Francisco se halla reunida en el vasto salón *de profundis*, esperando que se publique la elección de provincial, que se está verificando en el refectorio, a fin de prestarle la debida obediencia. Nadie creía que pudiese variar de giro la elección, y todos buscan con respeto la mirada

del lector, esperan que se abra la puerta del refectorio, y asome el secretario de provincia para introducir al recién electo y proclamarlo jefe trienal de la orden. Pero la cosa se prolonga más de lo ordinario. El lector comienza a dudar, y el maestro de novicios se encuentra en una cruel agonía. Aunque esa puerta misteriosa está cerrada para la comunidad de San Francisco, nuestros lectores bien pueden pasar adelante. Entremos, pues.

El inmenso refectorio parece un templo en sus proporciones arquitectónicas. Elevada bóveda, pintada al óleo, cubre un espacio amplio y capaz. En la testera hay un altar en que está un crucifijo, y arriba la imagen del seráfico fundador. Doce velas de cera arden en el altar. A derecha e izquierda se extienden dos prolongadas mesas, con sus respectivos asientos o bancos, que se destinan a la comunidad cuando acude a tomar su refacción diaria. Tres ventanas y una tribuna se ven a un lado; del otro, dos puertas que guían a la cocina y repostería; pero todas estas comunicaciones están interceptadas durante el capítulo. En el centro campea una mesa redonda, y allí es donde se verifica la elección.

—Reasumiendo todo lo dicho —decía el visitador—, vosotros no podéis elegir sino al actual padre maestro de novicios. ¿Quién es nuestro más poderoso enemigo?

—Es verdad —dijo el guardián de Izamal—; ninguno lo es tanto como don Martín de Urzúa.

—¿Y qué puede herirle en lo más vivo, y perderlo?

—Es verdad —expresó el guardián de Tekax—. No hay duda que esos papeles en que se encuentra la prueba de su complicidad en los asesinatos de la villa.

—Ahora bien, el poseedor de esas pruebas es el padre maestro de novicios, quien puede hacer uso de ellas en interés de la orden.

—Pero, ¿es cierto que existen semejantes documentos? —preguntó el guardián de la Mejorada.

—Tan cierto, que aquí los tienen vuestras paternidades a la vista. Yo soy el depositario momentáneo de ellos —respondió el visitador, sacando de la manga la pequeña bolsa de que maese

Pero Lobato había despojado al cadáver de Ruiz de Ayuso, y la cual había ido a parar después a manos del gobernador.

Abierta la bolsa halláronse dentro de ella veintisiete cartas, escritas de puño y letra de don Martín de Urzúa, o de su secretario Juan de Ongay, y dirigidas todas a don Miguel Ruiz de Ayuso. Este infeliz había obrado en los sucesos de Valladolid por órdenes expresas de gobernador.

El visitador recogió los papeles con mucho cuidado, y volvió a colocarlos en la pequeña bolsa, que guardó otra vez dentro de la manga. Y dirigiéndose al cuerpo de guardianes, les dijo:

—Deliberad, pues.

A la media hora verificóse la elección, y resultó electo canónicamente el padre maestro de novicios, sin que el padre lector hubiese obtenido un solo voto, sin embargo de tener el *fiat* de todos los guardianes, hasta la hora de entrar al capítulo.

La comunidad, sorprendida, recibió sumisamente la noticia.

Todos pasaron a la iglesia, en donde se entonó el *Te Deum*, y se entregaron los sellos al recién electo. Verificábase aún la ceremonia, cuando se presentó en el templo un caballero embozado. Dirigióse, en ademán brusco, al nuevo provincial.

—¿Está refugiado en esta bendita casa un joven que pertenece a mi servidumbre? —preguntó.

—Si me permite usted, caballero, pedirle su gracia... para saber...

—Don Álvaro de Rivaguda.

—¡Ah! El señor gobernador...

—El mismo que viste y calza.

—Pues, señor gobernador, si gusta vuestra señoría, si nos hace el honor de pasar a la celda...

—No me place. Sólo deseo que vuestra paternidad se sirva responder a mi pregunta.

—Pues, señor, ese joven... Ya que usted no gusta que entremos en explicaciones... Ese joven, en efecto... Ese joven está aquí; pero no refugiado.

—Sea como fuere; yo mando que se me entregue al punto.

—¡Jesús! ¡Dios nos asista! Lo que pide Vuestra Señoría, señor vicepatrón real, es imposible. Ese joven es un novicio, y está bajo la salvaguardia de las leyes civiles y canónicas, y vuestra señoría, señor vicepatrón real...

—¡Malditos! ¡Me ganaron de la mano! —murmuró el gobernador, y se marchó sin despedirse, ni esperar que el provincial terminase la frase.

—El novicio permaneció en el convento ocho meses. Al cabo de ellos, mudó su vocación. Abjuró la vida monacal, y contrajo matrimonio *in facie Ecclesiae*, por palabras de presente, con la linda sobrina del provincial de San Francisco.

—¡Travieso! —le decía su nuevo tío—. ¡Si no hubiera sido por ti, adiós provincialato!

—Sí, mi amable y reverendo tío —respondía el ex novicio—. Gracias al *Secreto del ajusticiado*.

Julio de 1845

Don Pablo de Vergara

I

El matrimonio

Cuando gobernaba la provincia de Yucatán el conde de Peñalva, vivía en la ciudad de Mérida el señor don Pablo de Vergara. Joven de veinticinco años, gallarda presencia, modales finos, fue educado, con particular esmero, por su madre doña Mariana Pacheco Zapata; y aunque había quedado huérfano desde muy niño, nada le faltaba para ser todo un caballero del siglo XVII. Envidia de los jóvenes, admiración de las doncellas, atraía sobre sí todas las miradas cuando por las tardes salía a pasearse en su famoso caballo tordillo. Se le veía ir y venir una, dos y tres veces, por la calle en donde se hallaba la casa de doña Leonor de Ordoñez, y que de cuando en cuando asomábase a la ventana la tierna virgen, objeto de sus desvelos, a quien él saludaba con ojeadas ardientes, a quien siempre consagraba, al pasar, un amante suspiro nacido de lo más profundo de su corazón. Don Pablo poseído de las ideas caballerescas de su tiempo, contemplaba en doña Leonor una verdadera felicidad, una esperanza. El amor que ésta le tenía era un bien positivo, sublime; los deseos que le abrazaban eran también un campo de ilusiones magníficas y bellas. De lo más distinguido de la ciudad, nieta del conde de Lozada, doña Leonor por sus buenas prendas y por su extraordinaria hermosura, era digna de ser apreciada como una de las jóvenes más notables de su época. Don Pablo igualmente de origen tan noble como ella, podía aspirar a la mano encantadora

de la señorita, y dar los pasos necesarios para conseguirla. Don Guillén de Ordoñez, padre de la niña, se honraba en mucho con las visitas frecuentes del apasionado de su única hija, y había ya trazado el plan de unir estas dos almas, que parecían creadas la una para la otra. De la misma manera pensaba don Pablo, y determinó que el Ilustrísimo señor obispo Ramírez de Arellano, fuese el que hablara a don Guillén sobre el asunto. Todo quedó satisfactoriamente dispuesto, señalado el día para la boda, nombrados los padrinos, convidados los sujetos que debían concurrir, y listos los avíos de lujo indispensables para festejar el casamiento de tan altos personajes. Llegóse en fin el momento ansiado por los contrayentes, y en un domingo del mes de abril de 1651, la habitación de don Guillén ricamente adornada a las siete de la noche, y a la luz de mil bujías y de millares de velas, ostentaba el lucido concurso de la más brillante sociedad. Allí el señor obispo, allí el conde de Peñalva, allí don Juan Jiménez de Rivero, don Fernando de Aguilar, allí don Esteban de Salazar, don Enrique Dávila, allí... Cuando la voz del cura de catedral, presbítero Antonio Zurita y Montejo preguntó: ¿Doña Leonor, recibís por esposo a don Pablo de Vergara? El pudor dio el tinte del clavel a la mejilla virginal y purísima de la señorita Ordoñez, temblaba su mano entre la de don Pablo, inclinó sus ojos, y apenas pudo entreabrir sus tímidos labios para decir que *sí*. Los espectadores con un semblante de regocijo celebraban una unión tan venturosa, participaban del ardor vivísimo, de la agitación, del placer, que se descubrían en los ojos de don Pablo, y admiraban la modestia divina de la interesante esposa que le había destinado el cielo. Ya concluyeron las ceremonias del sacramento, ya va a ser el uno del otro para siempre. “¡Feliz don Pablo!” “¡Dichosa doña Leonor!”: decían los concurrentes. No hay quien no abrace a los novios, no hay pecho que no palpite de júbilo al contemplarlos. Hubo cena abundante; el señor obispo rezó algunas oraciones por la buena vida de los desposados, y todos dirigieron a Dios una humilde plegaria para que les concediera la paz de un amor casto en este mundo, y después la gloria eterna. Sale doña

Leonor con su esposo de la casa de su padre, los acompañan muchos de los que asistieron a la boda, que se han quedado despiertos, contra las costumbres de antaño, hasta las once de la noche; y al llegar al punto donde van a vivir los recién casados, otros abrazos, otros plácemes, una completa enhorabuena, se fue cada uno por su lado y concluyó la fiesta.

II El noviciado

Amar mucho, apasionarse de una mujer de veras y no tener cuidado, ansiedad, celos, tormentos, es imposible. Cuando por ventura llega a alcanzarse la posesión de un bien inestimable, cuando uno se cree en la cumbre de la prosperidad, entonces es cuando teme de un momento a otro descender rápidamente a lo más profundo del infortunio. Son tan perecederos los instantes de gozo... Don Pablo, dueño absoluto de la vida, del afecto, de la constancia de doña Leonor, empezó a alimentar en su acalorada imaginación ciertas ideas quiméricas que venían a turbarle su reposo. Si una consorte hermosa es una cadena, un martirio, don Pablo nos lo va a decir, que al poco tiempo de su enlace ya comienza a manifestarse otro hombre. Su casamiento con doña Leonor de Ordoñez causó una revolución en su espíritu, desenvolvió lo que se llama en este siglo un carácter altamente romántico. Siempre abatido, sin separarse un minuto del lado de su mujer; si algún amigo venía a visitarle, procuraba que no hablase con ella, mudaba de color, temblaba, se moría de rabia... cerró sus puertas para todo el mundo. Si la señora sale para la iglesia, que es lo único que le permite, con él ha de ir; pero ¡infeliz si levanta los ojos por el camino! Si alguno fija en ella la vista es una ofensa que no perdona jamás. Don Pablo, si por casualidad oye decir que doña Leonor es preciosa, rozagante, galana, le dan ansias de muerte. Terrible, inquieta, casi desesperada, era la situación de la pobre joven, y si su prudencia no fuera tan grande, quién sabe lo que habría sucedido. Creyó encontrar en el

espíritu de su amado una fuente inagotable de caricias, quedaron burladas sus esperanzas, y se debilitaba y consumía entre las mayores desgracias. No basta el sufrimiento, se le agota, y resuelve abandonar secretamente a don Pablo; y he aquí que una noche en que éste dormía tranquilo y muy ajeno de pensar en lo que iba a suceder, sállese ella sin dar a nadie parte de su atrevida resolución. Despierta el de Vergara, nota su falta, la busca, pregunta, examina a los criados, y como nada puede penetrar sobre el misterio de aquella fuga inesperada, lleno de zozobra y confusión determina comunicar el hecho a su suegro. No se admira menos el anciano don Guillén, que con un semblante airado está diciendo a su yerno, que su mal comportamiento ha sido la causa que obligó a su buena hija a adoptar tan escandaloso partido. Ambos se proponen solicitarla por todas partes: Don Guillén la quiere, don Pablo la adora, y si la hizo padecer mucho, es porque la idolatra y el temor de perderla, el temor de que ella no correspondiese a su excesiva pasión, fue el origen de su sobresalto y de su imprudente manejo. Vanas fueron las diligencias, inútiles las indagaciones empleadas para hallarla: ella no parece. Se pasa un día, otro y ninguno da razón, hasta que al tercero una criada de don Pablo confía a su señor un secreto: le dice que varias ocasiones su ama pensó en dirigirse a la villa de Valladolid, y ocultarse en una familia que tenía algún parentesco con la de Ordoñez. No bien lo hubo sabido, cuando arrebatado de entusiasmo y de alegría, se puso en marcha y llegó allí con una rapidez asombrosa. ¡Amargo desengaño! Doña Leonor no está en Valladolid. ¿Qué ha de hacer ahora? ¿Resistirá a la tristeza, a la soledad, al desamparo en que le ha dejado su compañera, el ídolo de su amor, la ilusión más halagüeña y encantadora de su vida? Regresó don Pablo sin expresiones para explicar su estado, sin lágrimas para mitigar su dolor. Secos los ojos, saltándose de las órbitas, frenético, no come, no duerme, ¿qué ha de hacer ahora? Los lugares en que tantas veces habló, estuvo con su esposa ¡que recuerdos!, No puede resistir este golpe: él va a morir... Lloro la pérdida de su bien que nada es capaz de reponerle, y lo ignorante

que está de su paradero, es un nuevo motivo de angustia imponderable. ¡Qué penas le agobian! ¡Qué desesperación le atormenta! ¡Cómo se arrepiente de no haber tratado con dulzura al ángel de su amor! Pero ya no hay remedio, por más que se afana, por más que averigua, siempre el mismo misterio, siempre la misma ignorancia: no hay consuelo para el infeliz. Dos meses se habían pasado cuando recibió una carta de Valladolid, y en ella le comunicaban que doña Leonor a los dos días de haberse él quitado de allí, llegó y suplicó a todos sus parientes que no escribiesen a Mérida si estaba con ellos; mas que de repente le sobrevino una calentura, que aumentándose de hora en hora, le ocasionó la muerte y que por lo que entre su delirio decía, se conoció que era víctima también de ocultos pesares. Esta funesta noticia hizo una honda herida en el corazón de don Pablo: ya murió su Leonor y no le ha visto en los últimos instantes de su vida. ¡Qué martirio para él! Si al menos hubiera estado junto a la cama de la muerta, si hubiera respirado su último aliento, recibido el último adiós, y después de besar mil y mil veces la cándida mejilla, hubiera también regado con lágrimas su sepulcro, la inquietud de su alma no fuera tan tormentosa y desesperada; pero ya se acabó todo para él, desapareció del mundo la gloria de su vida, la fuente de su placer, la luz de su esperanza. Cada día es un siglo, la existencia un peso insufrible: fúnebres reflexiones se suceden unas a otras, hasta que se resuelve a buscar en la religión un consuelo a sus penas. Habla al provincial de los padres franciscanos y consigue ser admitido en el convento, que al principio es sólo un retiro para don Pablo, después toma el hábito y entra a ser novicio.

III La difunta

Apenas falta un mes para que se reciban los votos de un nuevo hermano de la orden franciscana. En el coro, en el claustro, en la iglesia, se ve un hombre con la cabeza inclinada, ocupado a lo que parece en las meditaciones de la eternidad, y que habiendo

conocido sus culpas implora con arrepentimiento el perdón de ellas. Los reverendos padres se admiran del recogimiento del novicio, que sin duda va a ser con su vida ejemplar gran maestro de buenas costumbres, y modelo de humildad cristiana. Para que el señor de Vergara profese en la orden franciscana, se ha pedido ya a Valladolid la certificación de la muerte de doña Leonor. Se espera por instantes, y en llegando que llegue, todo estará dispuesto, y satisfechos los deseos que tuvo don Pablo para meterse a fraile. Mas a las ocho de una noche, cierta figura embozada solicita hablar con el provincial del convento, y después de dos horas que le hicieron esperar porque su reverencia estaba rezando, se le introdujo en una sala escasamente alumbrada por una lámpara que tenía traza de no haber sido atizada en todo el día. El provincial era un hombre de más de setenta años, genio apacible, calvo, ojos chicos, gordo, la garganta sumida entre los hombros; no tenía más oficio que rezar sus oraciones, dormir bien, comer mejor, estar siempre tosiendo y de rato en rato tomando un polvo. Estaba sentado en su viejo sillón cuando se le presentó la desconocida y extraña figura que no dejó de espantar un tanto a su paternidad.

—¿Y usted qué busca en mi celda? ¿Qué me queréis? ¡Dios me libre! ¡Jesús mío! ¡Hermano Andrés, hermano Andrés! —gritaba el pobre llamando a su lego para que viniese a ayudarle en tan inesperado conflicto—. ¡Cómo va a ser esto —decía muy asustado—, si usted señora ya se murió!

—Pero vengo a buscar a mi don Pablo.

—Peor; hermano Andrés, que vengan a sacar de aquí este hombre, esta mujer, este no sé qué, y que me traigan velas —y él en vano se desgañitaba porque nadie le oía.

La que se decía doña Leonor viendo la inquietud y el miedo del provincial, se salió de su cuarto, y él se quedó sudando a mares y tosiendo más que nunca.

Bajaba por una escalera oscura la de Ordoñez al mismo tiempo que subía don Pablo. ¡Qué encuentro! Le echa los brazos al cuello.

—¿Me conocéis? —le dijo.

—¡Tú eres Leonor...! —y no se habló más en esta patética escena, se quedan algún tiempo inmóviles.

—Hermano Andrés, que le digan a fray Pablo que lo está buscando la difunta su mujer —seguía gritando el provincial.

Se mezclan los suspiros y las lágrimas de don Pablo y de doña Leonor, el entusiasmo es uno mismo en ambos, el placer sin límites. Involuntariamente van bajando la escalera, llegan a la puerta, y tal es el asombro, tal el júbilo de los amantes esposos, que el de Vergara sin decir a nadie ni una sola palabra, sin desnudarse de su hábito y escapulario, se fue con el objeto de su amor y de sus halagüeñas esperanzas.

IV La dicha

Refiere doña Leonor a su amante, a su muy querido don Pablo, que ella fraguó la noticia que le habían dado de su muerte, que ella impidió que se supiese lo cierto, que ha estado en Valladolid oculta y que sabiendo su resolución había venido a estorbarla a tiempo, convencida ya de lo mucho que la quería. Así era en efecto: ahora los dos se aman, se adoran. La sombra de la desgracia ha desaparecido, se ha desarrollado ante sus ojos la verdadera felicidad. Después de una tormenta horrorosa aparece el sol más brillante.

Don Juan de Escobar

I

ERan las doce del día 15 de mayo de mil ochocientos trece, cuando aprovechando la escasa sombra que daba una de las aceras de la calle de Mesones de Puebla, caminaba por ella un anciano caballero con cuanta prisa era dable a su avanzada edad, entrada en sesenta y cinco años. Su traje, diverso del que ya se usaba generalmente en aquel tiempo, se componía de una enorme casaca, cuyos anchos faldones tocaban a la parte inferior de sus pantorrillas; de un largo chaleco de terciopelo azul con botones de concha; calzones cortos negros del mismo género; medias de seda; zapatos con hebillas doradas de un tamaño extraordinario; una blanquísima peluca llena de polvo; y un pequeño sombrero de tres picos atravesado sobre la cabeza. Llevaba, ya por necesidad, ya por autorizar su persona, un largo bastón de puño de oro, con que en otro tiempo ejerció cierto cargo público, de no poca importancia. Llamábase este buen señor, don Rodrigo Díaz de Rosales, natural de las montañas de Santander; y había venido a México muchos años antes a ejercer el empleo de alcalde mayor en una de las más pingües alcaldías en que se dividía entonces la que es hoy república. Rico, viudo y con una sola hija vivía en la ciudad de Los Ángeles, haciendo un papel distinguido; pero la revolución política que destrozaba entonces la nación, le hizo recoger velas, y adoptar un modo de vida más oscuro que el que hasta entonces había llevado. Dejó una casa que ocupaba en la primera calle de Mercaderes, y tomó otra de

menos apariencia en la plazuela de San Francisco. Cortó algunas relaciones, disminuyó su tren cuanto pudo, y así logró que, ya que no lo olvidasen del todo en las listas de contribuciones que se imponían con suma frecuencia para sostener la causa del rey contra los insurgentes, se le asignasen cuotas moderadas, no obstante lo cual no sentía que con cada una se le arrancaba el alma. En el estrecho y oscuro círculo de los amigos que conservaba, se hacía notar por su extremado apego a los usos y costumbres antiguas, su ojeriza a todo lo nuevo, y por el odio mortal que profesaba a los insurgentes.

Ya hemos dicho que caminaba a su casa con extraña prisa. Llamábale a ella un negocio importante que debía tratar con un paisano suyo, mercader, como allí dicen, de ropa de la tierra; medianamente acomodado, y con quien don Rodrigo guardaba estrechas relaciones amistosas y pecuniarias. Llegó, pues, a los umbrales de su casa acalorado y sudando, tocó dos o tres veces la puerta, subió una estrecha escalera que daba a los altos, y se entró en la sala principal.

Era esta una pieza prolongada con dos pequeños balcones a la calle, resguardados del viento, no con vidrieras, sino con unos bastidores cubiertos de lienzo, lo que la hacía un poco oscura. En el ángulo mayor de su testera, a distancia de dos varas sobre el suelo, corría horizontalmente de uno y otro lado por un buen trecho, una cornisa vieja de madera dorada, de la cual bajaba una tela carmesí no muy nueva, que servía de fondo al estrado. Componíase éste de dos canapés y algunas sillas anchas y pesadas con cojines aforrados de tripe, y una pequeña mesa rinconera, sobre la cual estaba una imagen de cera cubierta con un gran vaso de cristal. En lo alto de la pieza se veían colgados varios cuadros de santos, un retrato de un difunto, y un baldaquín de damasco con un crucifijo de marfil adornado de una cabellera postiza.

Sentábase en uno de los principales asientos una mujer como de cincuenta años de edad, pelo medio cano, recogido con tirantez a la parte posterior de la cabeza, frente estrecha, boca rasgada con los dientes fuertes y grandes, nariz chata, ojos negros

pequeños y redondos. Un coletillo blanco ajustado a la caja del cuerpo, un pañuelo de Madras al cuello, unas anchas y dilatadas enaguas de angaripola, una correa de la orden de San Juan de Dios a la cintura, y un lazo negro con una granada y una cruz de latón al pecho, formaban el completo aderezo de esta *ama de llaves*, a cuyo celo y vigilancia había fiado don Rodrigo el cuidado interior de su casa.

Nada habría aquí digno de llamar nuestra atención, si no se viera en otro de los asientos una hermosa doncella, cuyas formas delicadas contrastaban con las rígidas y varoniles facciones de la respetable matrona que acabamos de pintar. Su color tiraba un poco a trigueño; pero lo hacía resaltar el negro subido de su rizada y profusa cabellera. Sus delgadas cejas un poco unidas, sus largas pestañas, y sus ojos lánguidos daban a su rostro un tinte de dulcísima melancolía. Su voz era blanda, su mirar amable, y una casi imperceptible sonrisa que solía escapársele al dirigir la palabra, o despertaba el amor, o excitaba la ternura. Rayaba al parecer en los veintidós años, y el aseo y sencillez de su traje guardaban perfecta armonía con la elegancia de su persona.

—¿Ha venido mi amigo don Dionisio? —preguntó don Rodrigo.

—No, señor —respondió la ama de llaves—, y a fe que lo hemos aguardado con impaciencia.

—Con impaciencia por parte de usted —dijo la doncella—, no por la mía.

—Niña, niña —repuso el anciano—, ¿cuándo me darás gusto en lo que quiero? No estás en el caso de elegir (que eso me toca a mí) sino de obedecer. Es necesario que varíes de modo y no me obligues a usar de mi autoridad.

Estando en esto, se oyeron fuertes aldabadas a la puerta:

—Él es —exclamó don Rodrigo—; cierto que no se apresura mucho para un asunto de esta clase... ¡Mozo! abre al momento la puerta y di al señor don Dionisio que suba.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras estregando las manos una con otra en señal de inquietud, cuando oyó en la

escalera los pasos de uno que al parecer calzaba espuelas. Llamóle esto la atención, y más cuando también percibió que la persona que subía arrastraba un sable de vaina de acero. Sobresaltóse de pronto, y aún no podía imaginar siquiera lo que aquello sería, cuando se le puso delante un dragón que sin más ceremonia le plantó en las manos un papel. Tomóle don Rodrigo, púsose los anteojos, y no sin extrañeza vio que decía lo siguiente:

Dará V. alojamiento en su casa al capitán de caballería D. Juan de Escobar.

Iba a hacer mil preguntas sobre el caso, cuando percibió ruido de caballos en el patio, y conoció que el nuevo huésped y sus asistentes habían tomado posesión de su casa.

¡Cuánto lo sintió, y cuánto se quejó a sus solas de los insurgentes, que con motivo de la guerra que se sostenía causaban la plaga de los alojamientos, no hay para qué decirlo! Bastará saber al lector que aquel día estaba destinado a ajustar el matrimonio de la señorita Guadalupe, hija de nuestro hidalgo, con don Dionisio Cascales, de quien hemos hecho mención.

A tamaña novedad se levantó la ama de llaves toda fruncida y remilgada.

—¡Válgame Dios —dijo—, en que tiempo estamos! No había antes quien chistase en esta casa, y ahora se ha convertido en cuartel. ¡Y en qué día...! Más valiera morirse que ver tales cosas.

Guadalupe seguía cosiendo, alegre al ver que este acontecimiento imprevisto interrumpía en aquel instante el concierto de sus bodas. Guardaba a don Dionisio una mortal antipatía. Bien es verdad que ni los modales de éste, ni su aspecto, ni su conversación, eran a propósito para captarse la benevolencia de una señorita bien educada. Chocarrero más que gracioso, confundía la franqueza con la grosería, y en todo dejaba ver la tela burda de que había sido cortado. La joven sintió un alivio en la corta demora que proporcionaba este incidente. Las personas que se hallan en un estado violento, o ven muy próximo el mal, suelen

mirar la suspensión de él como el mayor de los bienes, pasando repentinamente de lo sumo del abatimiento a una loca alegría.

Ya daba orden don Rodrigo de prevenir al huésped cuarto, cama y mesa, ya encargaba se le sirviese de tal manera que estuviese confinado a un solo punto de la casa, ya trazaba el modo de ocultar a su hija de los ojos del anunciado capitán; y ya la ama diligente se aprestaba a cumplir con estas órdenes y aun a darles mayor extensión, cuando he aquí que sube la escalera y pasa precipitadamente a la sala un joven bastante gallardo. Saludó a la señorita, y sentándose a su lado, le dijo con cierto aire de confianza...

—Guadalupe, aquí estoy, vengo a cumplirte la palabra que te he dado. ¿Estás tú en disposición de cumplir la tuya por tu parte?

Fijó la doncella los ojos en él, y al punto que reconoció sus facciones algo desfiguradas con el bigote que en parte las cubría, se llenó de sobresalto. Ocuparon simultáneamente su corazón dos pasiones al parecer opuestas, el gozo y el temor. Iba a responder cuando el padre, que había visto entrar a su huésped desde el extremo opuesto de la casa, llega en aquel momento y ocupado en saludar al recién venido, cuya insinuante presencia llamó su atención, no hizo alto en la sorpresa que mostraba su hija. Olvidó por un momento su disgusto, mirando delante de sí un realista sintiendo sólo que anduviese éste vestido *a la francesa* y no con el traje grave y autorizado de que él hacía tanto alarde a despecho de la moda. Un poco más festivo le preguntó:

—¿De qué provincia es usted, paisano? Según el aspecto y el acento, me parece andaluz.

—Soy veracruzano —contestó el joven—, para servir a usted.

Esta respuesta desconcertó algún tanto al buen anciano, porque ya sea por preocupación, ya por hábito, miraba a los americanos con el mayor desafecto. No hay que fiarse en los criollos —decía con frecuencia—, porque al fin la cabra al monte tira. Ésta era la razón principal que le hacía abreviar el casamiento de su hija: temía a par de muerte que ésta llegase a enamorarse de un mexicano. Hubiera sido esto para don Rodrigo el mayor de los males con que pudiera castigarles el cielo.

Inútil sería entretener al lector con la relación de lo que pasó en esta y otras conversaciones entre don Rodrigo y el capitán, pero sí será indispensable darle noticia de quién era éste.

Había nacido en Veracruz donde recibió una educación esmerada. Estudió después en el colegio de San Ildefonso de México, latinidad y filosofía, y se nutrió, más que de los estudios, de las ideas de libertad e independencia que tanto séquito tenían entonces en los alumnos de aquel establecimiento. Se dedicó en seguida al comercio, y habiendo hecho un viaje a su patria con un convoy, demoró algunos días en Puebla. Una casualidad le hizo ver a Guadalupe en una iglesia: la siguió cuando salía, marcó su casa, y valido de diversos artificios pudo entablar con ella una correspondencia amorosa. Dos almas que se quieren por instinto o por destino, se buscan después por elección, vencen las dificultades, salvan las distancias y estrechan sus relaciones. Guadalupe confesó a su amante que lo quería; le hizo presentes las razones que podían impedir su unión; le dio noticia de los proyectos de su padre, y concluyó asegurándole que a pesar de todo era suya y jamás pasaría a poder de otro.

Había un año que don Juan estaba en México de regreso, sin que hubiese tenido noticias de él: acusábalo unas veces de olvido, otras de tibieza, y muchas lo disculpaba con que estando interceptados los caminos, no le sería fácil venir a cumplir con sus empeños.

—No es posible, —decía—, que un amor tan vivo, tan tierno, tan desinteresado como el que me mostró don Juan, sea fingido. Desde que me vio me quiso, y yo no puedo creer que haya pretendido engañarme. ¿Qué provecho sacaría de burlarse de una infeliz que no le ha hecho mal alguno, y que se halla dispuesta a sacrificarlo todo por él?

Su corazón estaba continuamente lleno de dudas y sobresaltos; y entre tanto su padre urgía para que celebrase su matrimonio con don Dionisio. Dilataba ella el plazo cuanto le era posible; pero al fin las cosas habían llegado a tal punto, que no era fácil diferirlas más. En esta sazón llegó don Juan, hecho mili-

tar, con ánimo de conseguir por este medio entrada en la casa de su querida. Fue industria suya pedir al regidor encargado de los alojamientos, boleto determinado. Consiguiólo, y se puso en contacto con el objeto de su amor.

II

Los antiguos patriotas, conocidos con el apodo de *insurgentes*, título entonces de oprobio y hoy de gloria, no sólo ocupaban los caminos, sino que formaban gruesas divisiones con que tenían al gobierno español en continua alarma. Todo el país estaba sembrado de partidas de ambos bandos, y apenas se hallará lugar que no hubiese sido durante aquella larga lucha teatro de la guerra, o sitio de alguna ejecución. Todavía se ven en los campos erigidas aquí y allá cruces toscas que dicen al pasajero cómo en aquel sitio fueron privados de la vida uno o muchos de nuestros primeros libertadores. Sólo la costumbre puede habernos hecho indiferentes a estos objetos que a cada instante se presentan a nuestros ojos.

El pueblo de Coscomatepec, situado a la falda oriental del pico de Orizaba, estaba entonces ocupado por las tropas independientes al mando del general Bravo, el cual no perdía momento en aprestarse a resistir el ataque que meditaban darle los españoles, de cuyos intentos tenía noticia repetida por medio de sus adictos y espías.

Una tarde de junio del mismo año de 1813, cuando el sol se ocultaba tras aquella elevadísima montaña, cuya cima, coronada de eternas nieves, despedía en torno de sí rayos de luz, pasaban lista las tropas independientes en la plaza que tenían cercada de foso y parapetos. A uno de ellos se presentó un joven vestido al uso del país o por mejor decir a lo *insurgente*, acompañado de otros tres que en su porte manifestaban estarle subordinados. Venía con ellos una señorita joven, a quien todos se esmeraban en servir. Pidieron permiso al comandante del puesto para pasar adelante: dióselos éste, y al punto se presentaron al general, el cual los recibió con la amabilidad que siempre lo ha caracteriza-

do. Fueron alojados con la comodidad que el lugar y las circunstancias proporcionaban. Mucho agradó a todos los presentes el garbo del mancebo; pero más se maravillaban todavía de la gala y apostura de la linda doncella.

Ya el lector habrá sospechado que éstos son don Juan y Guadalupe. Efectivamente es así. Tuvieron en Puebla lugar de hablarse a solas largamente; se dieron cuenta de sus sucesos; conocieron lo peligroso de su posición; y se resolvieron a partir de allí, aventurándolo todo antes que faltar a sus mutuos compromisos. ¿De qué arrojo no es capaz una mujer apasionada? Abandonó Guadalupe su casa, su padre y su patria: se entregó en brazos de su amante; y se expuso a todo género de contratiempos, antes que consentir en un enlace aborrecido. ¡Infeliz! Salía de un compromiso para entrar en otros, y su suerte infausta la seguía donde quiera. Es verdad que cometió un gran desacierto en dar a su padre tan grave pesar, y que antes de tomar una resolución tan arriesgada, debía haber tentado otros medios más suaves que dicta la prudencia; pero también lo es que este acto de irreflexión fue sobradamente castigado con lo que veremos después.

Don Juan se portó tan caballero, que no quiso vivir con su futura esposa en un mismo alojamiento, hasta no haber verificado su enlace. Dio los pasos necesarios al intento, y dentro de pocos días logró verse unido a la persona que más amaba sobre la tierra.

¿Quién no creería que Guadalupe gozaba entonces de las satisfacciones más puras? Había tocado al término de sus deseos, y veía reunidos en don Juan un esposo complaciente, y un amante rendido. Sin embargo, aunque estaba locamente enamorada cuando llegó a pronunciar ante el altar el *sí quiero*, recibió las arras, y dio su mano en prenda de su fe, se levantó allá en lo más íntimo de su pecho un recuerdo, una triste memoria que empañó el brillo de sus presentes alegrías. Acordóse que su madre cuando estaba para morir le había dado entre varios consejos éste muy importante:

—No causes ningún enojo a tu padre, y procura, o tomar estado a su gusto, o permanecer a su lado mientras viva.

Viniéronsele de tropel mil imágenes de la niñez, de su casa, de su reducida familia; parecióle ver a su madre que pesarosa le reconvenía de su falta; vio como en una confusa perspectiva su futuro estado, y no pudo menos de enternecerse y dejar rodar por su mejilla una silenciosa lágrima, indicio de su dolor. Sacóla el sacerdote de tan tristes reflexiones advirtiéndola que estaban concluidas las ceremonias sagradas, y ligados ambos esposos con un lazo indisoluble.

Desde este momento se aumentó en su rostro aquel dulce tinte de melancolía que la hacía tan interesante. Como todas las pasiones que excita el bello sexo vienen a refundirse en una sola que es la del amor; y como la tristeza que observamos en otros despierta nuestras simpatías, de aquí era que cuantos veían a Guadalupe percibiesen en el fondo del corazón un sentimiento vago, tierno, indefinido: una mezcla de afición y de respeto que no les era fácil explicar. La hermosa dama se granjeó muy en breve el aprecio de toda la división independiente; y no había en ella un solo soldado que no hubiera sacrificado su vida por complacerla y servirla.

Entre tanto se acercaba el momento en que la plaza debía ser embestida por los españoles. Declaróla el general en estado de sitio; tomó las precauciones necesarias para prevenir un asalto; abandonaron sus hogares la mayor parte de los vecinos, huyendo a los montes o a las poblaciones inmediatas, y sólo quedó en ella la tropa, algunos vivanderos y Guadalupe con su esposo, el cual debía recorrer el campo con una partida de caballería para hostilizar al enemigo.

Bien sabida es la gloriosa resistencia que hizo el general Bravo. Escarmentados los españoles tuvieron que retroceder avergonzados hasta poder repetir la tentativa con dobles fuerzas. Grande fue el gozo de los independientes al ver abatido el orgullo castellano. En medio de tanto regocijo había no obstante una persona que estaba herida de un vivo y agudo dolor; ésta era Guadalupe.

Su marido persiguió a los españoles en la retirada, y guiado de su arrojo penetró a sus filas. Fue herido, hecho prisionero, y llevado a merced de los vencidos. Su bella consorte quedó entregada a la desgracia, y la fortuna que hasta entonces le había mezclado dulzuras con desabrimientos, pasó en sus manos desde aquel momento el duro y ponzoñoso cáliz del dolor.

Repitieron los españoles sus ataques, y fueron rechazados con doble tesón, prolongándose el sitio por mucho tiempo. Al bullicio del día sucedía el silencio de la noche, interrumpido con el pausado estallido de la artillería, cuyos relámpagos fugitivos alumbraban momentáneamente aquella escena de terror. Las calles del pueblo estaban solitarias y cubiertas de vegetación; las casas abandonadas; aquí y allí, escombros dispersos; no se miraban más vivientes que los soldados encargados de la defensa de los parapetos; de cuando en cuando se oía el grito del centinela, los tristes alaridos de algún moribundo, o los chasquidos de las balas que venían a dar sobre las paredes. Uno que otro perro hambriento y encarnizado, familiarizado ya con el estruendo de los tiros, solía atravesar la plaza y dirigirse al cementerio a devorar los cadáveres casi insepultos.

Todo esto se presentaba a la vista de repente, a la luz de aquellos resplandores; parecía que la plaza, el campo enemigo con sus tiendas y trincheras, los bosques inmediatos y los montes vecinos salían momentáneamente del caos por un efecto mágico para volverse a perder luego en las tinieblas de la noche. Tales son muchas veces las creaciones de la fantasía, cuando abre el genio sus arcanos, o las imágenes de un cerebro entregado al delirio, en el ardor de una fiebre.

Guadalupe en medio de esta escena parecía una visión celestial. Así se presentará en el último día el ángel encargado de la custodia de nuestro globo: triste y compasivo al ver las ruinas del mundo que habitamos. Entonces fue cuando se desarrolló en el pecho de esta hermosa mujer otro sentimiento cuyo valor no había hasta allí conocido, éste era el del patriotismo. El bárbaro sistema con que en aquella época se hacía la guerra, negando

cuartel a los prisioneros insurgentes, la hacía sospechar que su esposo había muerto, y que ella quedaba desamparada sobre la tierra. ¡Cuántas veces la vieron los sitiados a su lado en el momento de mayor peligro! Cercada de una nube de humo, parecía el numen de la victoria, que bajaba a coronar las sienas de los defensores.

III

Volvamos a Puebla, y observemos lo que aconteció a don Rodrigo luego que llegó a cerciorarse de lo que había pasado con su hija. Apenas podía creer a sus ojos; y oprimido de pesar vagaba como insensato de una en otra pieza de su casa clamando:

—¿Hija mía?, ¿qué te has hecho?, ¿dónde estás, hija mía?

Unas veces lloraba amargamente, otras quedaba extático; se recostaba en el lecho y se levantaba al punto, sin hallar alivio a su dolor.

Don Rodrigo, bajo un exterior caprichoso y ridículo, ocultaba no obstante un alma sensible. El amor que profesaba a su hija era extraordinario; y si la hacía fuerza para casarse, era porque estaba persuadido de la conveniencia del partido que le presentaba.

Su empeño procedía de error y no de falta de afecto.

Pero lo que acabó de acibararlo fue el saber al cabo de algunos días, por una carta que recibió de don Juan, que éste se hallaba entre los insurgentes, casado con su hija; y todavía subió más de punto su enojo, cuando un eclesiástico que se distinguía por sus frenéticos sermones contra los *insurgentes*, le aseguró que éstos, como excomulgados, no eran capaces de recibir sacramentos. Ya no vio en su hija una muchacha incauta y seducida, sino una infame prostituta. Trocó sus lágrimas en despecho, y arrebatado de cólera la maldijo, la desheredó y otorgó testamento dejando nombrados herederos al rey y a su alma.

Don Dionisio sintió el lance, no por su prometida esposa (pues decía que no faltaban mujeres en el mundo), sino por la rica herencia que se escapó de sus manos.

La única que compadecía a la desgraciada fugitiva era la ama de llaves. Aunque impertinente y pesada, habíale cobrado cariño, pues que la crió desde pequeña. Por otra parte la afición que mostraba a don Dionisio era nacida de la esperanza que tenía de sacar de él algún provecho. Don Juan logró captarse su benevolencia con repetidas liberalidades, de modo que si no corrompió su fidelidad, adormeció su vigilancia; y hay quien diga que uno de sus asistentes vivaracho y zalamero, llegó a decirle tales cosas que la buena mujer, no obstante la cruz y la correa de que iba armada contra las tentaciones, llegó a presumir que valía algo, y que estaba muy capaz para el matrimonio. El caso es que ocupada con estos nuevos asuntos descuidó el régimen de la casa, y dejó salir, sin saber cómo, a su bella cautiva.

IV

Una tarde del mes de octubre de aquel año se dio orden por la autoridad militar de Puebla para prevenir en el cuartel de un regimiento, una pieza que sirviese de capilla a un reo condenado a muerte. Hízose así con toda diligencia y a pocas horas estaba ocupándola el desgraciado contra quien se había fulminado tan terrible sentencia. Corrió su nombre en la ciudad, ya por ser notable de suyo, ya por el empeño que tuvo el gobierno en esparcirlo, a fin de dar solemnidad a la ejecución, y contener con el terror los movimientos populares que a cada paso estaba temiendo.

Al segundo día se presentó a la puerta del cuartel una mujer, en cuyo rostro pálido y angustiado se traslucían las terribles agitaciones que atormentaban su espíritu. Pidió al oficial de guardia la dejase ver al reo, y éste, previa la licencia del fiscal, se la concedió de grado. Cundió por el cuartel la especie de que la hija de don Rodrigo había parecido, y venía a ver por última vez al que unos decían ser su amante y otros su esposo. Su fuga y sus aventuras le habían dado celebridad. Apenas pisó el cuartel, cuando soldados y oficiales, esparcidos indistintamente en diversos grupos, la miraban con atención, hablaban de ella, y la señalaban con el dedo. Pasó un

gran patio, atravesó un corredor, y llegó a un cuarto pequeño situado en un ángulo del edificio, oscuro, bajo, con una sola pequeña ventana, guarnecida de una enorme reja de hierro. Guardaban la entrada dos centinelas, quienes, mediante la orden que al intento les comunicó su cabo de escuadra, abrieron la puerta y franquearon el paso a la señorita.

Estaba en lo interior de la pieza don Juan de Escobar. Había oído la sentencia de muerte con serenidad; pero se notaba que otro objeto ocupaba su imaginación, y lo tenía en un estado continuo de angustia.

—¡Mi esposa! —exclamaba de cuando en cuando—. ¡Mi pobre esposa!

Paseábase agitado, vestido solamente de un largo pantalón azul de munición, sostenido de unos tirantes de colores, una camisa de lienzo, y una corbata negra al cuello.

Apenas lo vio Guadalupe, cuando, por un movimiento involuntario, corrió hacia él, abrazó sus rodillas, y hecha un mar de lágrimas, no pudo articular más palabra que... yo soy... lo demás lo ahogaron sus sollozos.

Difícil sería pintar las sensaciones que sintieron en aquel momento los dos desventurados. Queríanse como amantes, amábanse como esposos, y estrechaba estos lazos la común desgracia. Bien sabida es la fuerza con que obra en nuestros ánimos la identidad de situaciones.

Guadalupe, medio desfallecida, descansaba la cabeza sobre el destrozado pecho de su esposo. Pasado un rato de silencio.

—¿Para esto —le dijo—, te vuelvo a ver? ¿Es posible que vas a ser fusilado?

—Así lo quiere mi desgracia —repuso él—; pero al fin me consuelo con verte antes de mi muerte.

—¿Y lo dices con tanta serenidad? ¿No atiendes que soy tuya y que me dejas?

—No me atormentes más el corazón. No temo perder la vida, que ésa se la consagré a mi patria; sino el perderte a ti, y haber hecho tu desgracia.

—¿Pero qué, no hay remedio?

—Ninguno.

—Un indulto...

—No me hables de él, que ni me lo concederán mis enemigos, ni lo quiero.

—¡Ah! hagamos el último esfuerzo.

—Es inútil.

—¿Conque vas a morir?

—Sí, esposa mía. Acuérdate siempre de mí.

La infeliz se desprendió de los brazos de don Juan y se sentó inmóvil en una silla; sus ojos vagaban con inquietud; al fin cubrió la cabeza con sus manos y con sus ropas, prorrumpiendo en nuevos sollozos. Su esposo, parado delante de ella, no sabía lo que le pasaba; la intensidad de sus afectos absorbía su atención de tal manera que parecía una estatua. Vuelto a poco rato en sí, la dijo:

—Guadalupe, ya no hay tiempo sino para procurar que tu suerte sea menos desgraciada. Ni aun te puedo legar mis cortos bienes, porque han sido secuestrados en México: es pues preciso que veamos de que modo te reconcilias con tu padre. Tu situación lo exige así. Dentro de poco va a ser más necesaria que hoy. Ese niño que llevas en las entrañas es hijo mío, y exige tus cuidados y tus sacrificios. Críalo como conviene, y háblale continuamente de mí...

Guadalupe guardó silencio y arrojó un profundo suspiro.

En esto oyeron en la puerta una voz gruesa que dijo mesuradamente: *Deo gratias*. Era la del confesor, que venía a auxiliar al reo. Entró con el oficial de guardia y éste hizo que la esposa saliese inmediatamente de la capilla.

—Por amor de Dios —gritó ella—, señor oficial permítame usted otro rato, que tengo muchas cosas que decir.

—Sí, señora —dijo el confesor con voz reposada—. Dentro de un corto espacio volverá usted a hablar con su esposo. Voy a que acabe de disponer su alma, y asegure su salvación. El señor consuele a usted dándole valor para sufrir un golpe tan terrible.

En casos como éste vuelan las novedades, y los más pequeños incidentes pasan de boca en boca, tanto que en breves instantes se hace sabedora de ellos una ciudad entera. No faltó quien fuese de propósito a la casa de don Rodrigo y le dijese:

—Su hija de usted ha parecido, y su yerno está en capilla: ambos se hallan actualmente en el cuartel N°...

¡Qué multitud de ideas y de sensaciones tan vivas como encontradas se agolparon sobre don Rodrigo! Obró entonces en él la naturaleza, y salió de su casa como arrastrado del destino, dirigiéndose hacia el cuartel que se le había señalado. Llegó con cuanta celeridad le permitían sus años, y al pisar el patio, el primer objeto que encontró fue su hija.

La sorpresa, la vergüenza y el amor agitaron de tal modo a esta infeliz, que, trémula, desfallecida y balbuciente, apenas pudo decir:

—¡Padre mío...!

Y postrada en el suelo, pegó su rostro a los pies del anciano que enternecido la contemplaba. Levantóla, y estrechándola a su seno, la dijo:

—Todo te lo perdono, Guadalupe, con tal que, entrando en un convento, olvides para siempre a ese insurgente.

—Es mi esposo —repuso ella con viveza.

—Es un excomulgado —dijo el anciano—, incapaz de recibir sacramentos.

Un rayo que cayese a sus pies no hubiera producido en ella una sensación más terrible que estas breves palabras. Dudó de la validez de su matrimonio, presentándose de golpe a su mente todas las consecuencias de esta falta. Envilecida a sus mismos ojos, se encaminó maquinalmente a la puerta de la capilla, y dirigiendo la voz al confesor desde afuera, le decía:

—Padre, padre, cáseme usted con mi marido.

Salió el confesor a estos clamores e informado del motivo que los ocasionaba, aseguró a la desolada esposa que no había necesidad de hacer lo que ella pretendía, puesto que su matrimonio había sido válido. Se pasmó don Rodrigo al oír una opinión tan

extraña para él, y sobre todo tan contraria a las doctrinas del eclesiástico realista, de quien hemos hablado antes.

Todos quedaron en silencio. Los extraños sucesos que estaban presenciando los ocupaban de tal manera, que no observaban lo que pasaba alrededor de ellos. El patio se hallaba enteramente despejado, y los soldados que en diversos grupos lo ocupaban antes, se habían retirado a sus cuadras. Después de una pausa, dijo el sacerdote:

—Señor don Rodrigo, el reo que está en esa pieza desea que usted le perdone la ofensa que le hizo casándose violentamente con su hija.

—Es un raptor, un insurgente...

—Un hombre arrepentido, que quiere morir como cristiano.

—Es el seductor de mi hija.

—Lo fue; pero hoy es su esposo.

—No paga con que lo ahorquen.

—Señor don Rodrigo, ese joven está ligado a usted con vínculos de religión y parentesco. Por el paso en que se halla, es necesario que haga usted las paces con él. Acuérdesse que es católico cristiano, y que debe perdonar las injurias deponiendo todo odio y mala voluntad.

—Si él hubiera consultado con la mía no se viera en ese estado.

—Señor, todos cometemos desaciertos y este joven está pagando demasiado caro los suyos. No se hable más: reciba usted a los dos esposos como sus hijos, concédales su gracia, y déles su bendición. Por lo demás, el Señor obre; y yo espero que dé eficacia a mis palabras, para alcanzar del gobernador suspenda la ejecución por unos cuantos días mientras impetramos del señor virrey un indulto. Quizá la calidad de este mozo y la consideración de las causas que han influido en sus extravíos (harto disculpables a la verdad), moverán a Su Excelencia a conceder lo que se le pida. Puestas las cosas en este estado, será fácil arreglarlo todo.

—¿Padre mío —exclamó Guadalupe—, será posible lo que usted dice?

—Sí, hija mía —contestó el confesor—; confiemos en Dios que todo lo puede y pidámosle con humildad que haga de nosotros lo que fuere servido.

—¡Ah! ¡Qué agradecida viviré a usted toda mi vida si alcanza la de mi esposo! ¡Cómo procuraré recompensar a mi padre los malos ratos que le he dado! ¿Me perdonará usted, padre mío?

Colgada Guadalupe del cuello de don Rodrigo, impetraba su perdón con un acento tan expresivo, que era imposible resistirse a su demanda. Cedió por fin el anciano, y la esperanza brilló a los ojos de la angustiada esposa. Una serie de felicidades se le presentaron repentinamente con la rapidez de un relámpago.

Estaban en esto, cuando el redoble de un tambor les llamó la atención. Observaron que toda la tropa estaba formada en el segundo patio del cuartel, y que la puerta que daba paso al primero estaba llena de centinelas. Se acercó un oficial al eclesiástico y le dijo:

—Padre, ya es hora: el reo está en el suplicio, y sólo aguardamos a usted.

—¿Cómo es esto? ¿Pues no es mañana el día señalado para la ejecución?

—Sí; pero el gobernador ha mandado que se haga en este momento, y que el ayudante que trae la orden lleve la noticia de quedar ejecutada.

Y era así. Notando el gobierno que la curiosidad del pueblo se excitaba más de la que él se había propuesto, temió malos resultados, y libró la orden referida en los términos urgentes y perentorios que indicó el ayudante.

Voló el confesor a dar al reo los últimos auxilios. Don Rodrigo y su hija, agitados de encontrados afectos, no sabían qué hacer. Bien quiso ésta correr hacia el segundo patio donde estaba ya don Juan; pero la rechazaron los centinelas. Se esforzaba todavía en pasar adelante, cuando una descarga de fusiles le anunció haber quedado sin esposo. Oscureciósele la vista, faltáronle de todo punto las fuerzas, y cayó en las losas del patio sin sentido.

V

Poco sobrevivió a tan atroz espectáculo. Se apoderó de ella una fiebre voraz, y después de un violento y lastimoso delirio, murió. A los quince días de haber sido fusilado su esposo, bajó ella a acompañarlo a la triste morada de los muertos.

Índice

Introducción	7
La tía Mariana	23
Los anteojos verdes	29
Doña Felipa de Zanabria	33
Antes que te cases, mira lo que haces	47
El filibustero	57
Los bandos de Valladolid	89
El secreto del ajusticiado	121
Don Pablo de Vergara	145
Don Juan de Escobar	153

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
El filibustero y otras historias de piratas, caballeros y nobles damas
de Justo Sierra O'Reilly,
se terminó de imprimir en enero de 2007,
en Publidisa Mexicana S. A. de C. V., Calzada Chabacano 69, Planta Alta,
Col. Asturias, C. P. 06850, México, D.F.
La edición consta de 500 ejemplares más sobrantes para reposición.
Se utilizaron tipos AGaramond de 12/14 y 14 puntos.
Formación: Aída Pozos Villanueva; edición: Magdalena Cabrera Hernández
y Manuel Sol.

